



La casa
Amarilla

Meicken Chacón

Meicker Chacón

**LA CASA
AMARILLA**

La casa amarilla

© de los textos: Meicker Chacón
© de la cubierta: Meicker Chacón

Compuesto por Editorial Canaria
www.editorialcanaria.com
hola@editorialcanaria.com
672 834 398

Primera edición
Las Palmas de Gran Canaria, marzo de 2026

Queda prohibida cualquier forma de reproducción no prevista en la ley,
sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual.

CONTENIDO

PRÓLOGO

CAPÍTULO I.

CAPÍTULO II. LA SEÑORA AMILTA

CAPÍTULO III. MONTE CARMELO

CAPÍTULO IV. LA CHICA DEL PUENTE

CAPÍTULO V. CAROLINA

CAPÍTULO VI. EL CUARTO DE TAYLER

CAPÍTULO VII. LOS SUEÑOS DE ESTEPHANY

CAPÍTULO VIII. TAYLER YELLOWSTONE

CAPÍTULO IX. MANUEL YELLOWSTONE

CAPÍTULO X. LA JUSTICIA TARDA, PERO LLEGA

CAPÍTULO XI. LOS MISTERIOS DE MI TIERRA

PRÓLOGO

POR EL DR. WILMAN RUIZ

La casa amarilla es una historia que atrapa desde sus primeras páginas. El lector se ve envuelto en una atmósfera donde el suspenso y el miedo avanzan de la mano, construyendo una tensión constante que no solo inquieta, sino que invita a seguir adelante, aun cuando lo desconocido acecha.

Pero más allá del misterio que rodea a la casa y de los secretos que poco a poco salen a la luz, esta novela es también un retrato profundo del amor. El amor inmenso de unos padres dispuestos a todo por proteger a su hija, por ayudarla a cumplir sus sueños y acompañarla incluso cuando el camino se vuelve oscuro e incierto. Es en ese vínculo donde la historia encuentra uno de sus pilares más humanos y conmovedores.

La obra nos recuerda que, aunque el miedo, la pérdida o la adversidad parezcan imponerse, la vida exige continuar. Avanzar no significa olvidar, sino aprender a caminar con las heridas, con la memoria y con la esperanza intactas. En esa lucha silenciosa entre el pasado y el presente, *La casa amarilla* nos confronta con una verdad inevitable: hay historias que no descansan hasta ser escuchadas.

—¿Maravilloso, no cree?

—Es un pedazo de madera el de este armario.

—Sí, eso es cierto.

—Lo que está claro es que se ha conservado, aunque han pasado muchísimos años.

—Allí, al parecer, había un compartimiento.

—Lo cambiaron en algún momento, cuando fue reparada la casa.

—Anteriormente había otras cosas, pero las han sacado con el tiempo, y hace mucho tiempo que nadie se sentía atraído por esta vieja casa.

—Conozco la historia de la casa.

—¿Qué historia? Oh, la gente dice cosas. Usted no cree esas historias, ¿o sí?

—¿Acaso sería importante que me tenga que dar otro detalle para saber si quiero o no comprarla, señora Leticia?

—No, para nada, señora Esther. La casa tiene una mala reputación por los vecinos, también se debe al incidente del año 1982, en el que un chico fue reportado como desaparecido estando dentro de la habitación del segundo piso. Pero, como indican los resultados y los exámenes de los detectives de la familia Yellowstone, no se comprobó que el chico fuese abusado, asesinado, robado o alguna otra cosa mala como las que dicen por allí. Es como si la tierra se hubiera abierto y lo hubiera desaparecido sin dejar rastro alguno en alguna otra parte.

—¿Sabe usted cómo se llamaba el pequeño?

—En mi conocimiento, puedo decir que el hermano menor de la familia se llamaba Tayler... Tayler Yellowstone.

—Ya vimos toda la propiedad. ¿Tendrá algo más que anexar a las historias del barrio, señora Leticia?

—No, no tendría por qué mentirle. Las personas de una comunidad pequeña siempre tendrán historias magníficas y bien creadas para esas cosas. Quizás el chico se cansó de sus padres o de sus hermanos y se marchó del pueblo sin dejar rastro alguno. Quizás no quería estar más aquí. No lo sabemos, no hubo más indagaciones por el hecho. Así que usted tranquila, señora Esther, que su familia

estará maravillada con esta gran casa. Además, aprovechan bastante que el área ha sido reurbanizada y todo va mejorando. La escuela tiene la mejor selección de baloncesto, y, por lo que he visto, su pequeña podría estar en la orquesta de la ciudad, que es manejada por los profesores de música de la escuela. Quizás sea la mejor de su clase.

—Esthephany es bastante tímida, a pesar de tener 12 años. Siempre hemos tenido este problema, pero cuando se sienta mejor en esta hermosa casa, estará contenta en recibirla y contarle sobre sus maravillosos cuentos, ¿o no, Estephy?

—Eh..., claro, puede ser, señora Leticia. Lo siento por no hablar tanto, solo es que me ha aterrado un poco la desaparición del chico.

—Tú tranquila, pequeña, son historias. El caso fue cerrado, y después de ese momento nunca más hubo algún indicio que fuese verdad.

—¿Y la familia del pequeño siguió viviendo en esta casa?

—Hasta la muerte del padre. La familia se mudó a la ciudad. Luego de lo ocurrido, pensaron que el muchacho volvería a casa sin problema alguno, pero al parecer su esperanza solo evitó que cayeran en depresión, por lo que siempre mantenían las luces del porche prendidas para que el chico supiese que estaban si en algún momento deseaba volver a su hogar.

—Pero ¿nunca pasó eso?

—Claramente no, pequeña, pero quizás, siendo más positivos, tenga una mejor vida en este momento, y, al igual que ustedes, comenzó desde cero en una mejor localidad y está mucho mejor así. Lo importante es que tú te sientas a gusto en tu nuevo hogar. Así que, señora Esther, ¿quiere la casa?

—¿Tú qué opinas, Estephy?

—Claro, una casa con un misterio sería un gran premio para mi círculo de lectores. Quizás resuelva el misterio y encontremos el paradero de Tayler.

—Claro. Entonces, Leticia, es un trato. Esthephany y yo nos quedaremos con la casa.

—Estephy, escoge la alcoba que desees. Tu padre y yo tomaremos la principal del primer piso, por lo que solo tienes dos opciones: o

escoges la de huéspedes o escoges en la que «desapareció Tayler».

—Mamá, ya vi ambas habitaciones, y el estilo *country* de Tayler es mejor que la sombría habitación de huéspedes de abajo. Por lo que... espero que él y yo convivamos bien. Además, ya que nos hemos mudado por emergencia, me imagino que comenzaré a mitad de lapso, en el colegio de Zorca. Aunque ¿por qué la señora Leticia dijo solo «escuela»?

—Cuando buscamos las casas, intenté buscar una zona bastante rural. De igual manera, está en ampliación, pero igual estamos bastante lejos del centro de la ciudad. Por lo que ha de ser que, aunque sea un colegio, lo llaman también «escuela» porque tiene las aulas para eso... y te vieron cara de bebé, mi querida niña.

—Ma... ya no soy un bebé. Acabo de pasar a primer año de bachillerato, por lo que estoy en la edad adecuada. Aunque será un poco complicado que lleguen las cosas aquí si las pedimos por internet.

—Pequeña, aunque haya buen internet, el que paga es tu papá, la localidad no tiene o, más bien, no confiará mucho en pedir algo a nuestra casa. Tu papá va a querer remodelarla, y cambiaremos muchas cosas.

—¿Por qué nunca dejan las cosas como están?

—Porque para convertirla en un hogar vamos a tener que ponerle nuestro toque para que sea especial.

—Eso suena bastante convincente.

—La mudanza llegará mañana, así que las pocas cosas que trajimos en el coche deberían bastarnos mientras el camión viene con el resto. Tu padre se quedará aproximadamente tres semanas para dejar todo listo antes de comenzar la remodelación. Y tú, mi pequeña, tendrás tu habitación preparada antes de que empieces las clases, lista para afrontar todas las tareas de la vida cotidiana..., al menos hasta que obtengas un título, salgas de esta casa y te enfrentes al mundo.

—Te faltó decir algo, mamá. Que aunque no pueda culminar mis estudios, si lo que llegó a hacer es relevante, créeme que tendré también mucho dinero como papá.

—Claro, un título no hace a las personas. Aunque mamá decía... Bueno, tu abuela decía que si no teníamos un título, las puertas no se abrirían para nosotros.

—La abuela estaba aferrada a que todos tenemos que terminar los estudios. Y aunque intenté enseñarla a estudiar, no tenía paciencia, por lo que se rindió. Pero, a pesar de eso, es una señora muy ágil con el dinero.

—Claro, mamá nunca dejó que le robaran con el dinero. Su pequeño negocio de helados es el mejor de la cuadra. Así que, aunque ninguno de los siete estuvimos pendientes del todo, ella aprendió poco a poco cuánto costaban y cómo tenía que dar el vuelto.

—Esa abuela... La amo.

—Y ella también te ama bastante. Recuerda que, como estaremos un poco cerca de ellos, podremos bajar de vez en cuando para ver a la familia.

—Ay, mamá, ¿me vas a obligar a ir?

—No te voy a obligar, pero el tiempo pasa y nos cobra factura. Así que, si es que de verdad quieres a tu abuela, sin importar quién esté en la casa materna, vas a ir.

—En eso tienes razón.

—No sé de dónde saliste tan buena, pero estoy orgullosa de ti.

—Aunque me ha costado tener tu confianza. Luego de lo del incidente, es preferible hacer lo mejor posible para evitar que algo así vuelva a suceder.

—No me hables de eso. Mira, allá está el señor Roberto Arias, el mejor odontólogo del Estado. ¡Qué bueno verlo, señor!

—Hola, amor. Solo falta bajar algunas que otras cosas, pero la mayoría ya está en la sala. En cuanto puedan, se arreglan para salir a comer cerca. He oído hablar de un lugar en el que venden unas pizzas muy ricas.

—Pizzería El Punto, papá.

—Hola, hermosa. Escogiste ya tu habitación, ¿cierto...?

—Sí, dormiré con Tayler.

—Ah, ¿el chico que desapareció en 1982? ¿No te dan miedo esas cosas?

—¡Claro que no, papá! Los misterios son lo mío, y lo que ha pasado aquí no es cosa de fantasmas.

—Espero que no lo sea, porque Tayler tendrá que convivir con nosotros. Por lo que quiero recordarles, familia: estamos aquí para seguir nuestras vidas. Lo que haya pasado no fue culpa de ninguno. Lo hemos superado, y estamos renovados para caminar hacia adelante.

—Claro, señor Roberto. No importa si Tayler y su familia aún siguen aquí... Serán parte ahora de la familia Arias Navarro.

—Claro, señora Esther. Lo mejor de todo esto es que estoy junto a la mujer más sexy del planeta.

—Bueno... yo mejor me voy de aquí...

—Ay, Estephy, ¿no puedo mostrar afecto a tu madre?

—Enfrente de mí es un poco grotesco, padre. Así que prefiero ayudarte a seguir bajando lo que hace falta.

—Papá solo lanzó las cosas al coche como si estuviéramos huyendo de la policía. Está todo tirado en la maleta. Tendré que ordenarlo y entrar lo más lento posible, para que ninguna bolsa se reviente mientras subo la escalera hasta el porche delantero.

—¿Tú crees que la niña estará mejor aquí que en la capital?

—Vivíamos en la ciudad más peligrosa de toda Latinoamérica. Creo que un pueblo alejado de todo puede que nos traiga mejor suerte.

—He invertido la mitad de mis ahorros para darle a nuestra hija un respiro de lo sucedido, pero sigo estando agobiado. Es como si me persiguieran, y trato de no pensarlo. ¿Y si nos siguieron?

—¿Quién nos va a seguir, mi amor? ¿Acaso crees que un chico que intentó abusar de nuestra pequeña viajará desde Caracas hasta acá solo para culminar lo que no terminó? Aunque lo intente, perderá primero su cosita antes de que toque a nuestra pequeña.

—Pero baja ese cuchillo, amor. Las cosas son así, estamos para defenderla, pero no podemos recurrir a la violencia.

—¿Qué nos ha dado esta sociedad? ¿Entre lo marginal y la clase? Quizás también fue por nuestra culpa. Le dimos tanta confianza que

nunca le enseñamos a tener malicia con las personas. Y pensar que ese chico la engatusó hasta ese punto...

—Porque nuestra pequeña es buena, y quizás tienes razón. Pero estuvimos en terapia, los tres estuvimos en ella. Nos dieron las herramientas. Y sí, a pesar de que ella es joven, y puede que sea un dolor de cabeza ahora que empieza su pubertad, sé que es una niña buena, y hará las cosas mejor que antes.

—Es una pequeña niña buena. Ella solo fue una víctima más.

—Ya sé que están hablando de eso. Pero aquí están las cosas. Y si de algo importa mi opinión: aunque aún tenga pesadillas con eso, y aunque en algunas ocasiones me sienta como encerrada en una nevera fría mientras veo la silueta de Tobías... sé que tuvo su merecido.

—Pequeña... ¡no sabíamos que aún soñabas con eso! ¡Ven acá para abrazarte!

—Tranquilos. Son solo secuelas. La doctora lo mencionó bastante: que eso sucederá por un largo tiempo, hasta que mi mente crea que ya estoy segura.

—Lo bueno es que has sido la mejor. Y eres muy inteligente, mi niña. Lo más probable es que estando en esta nueva casa todo mejore.

—Papá, me estás apretando muy fuerte, suéltame.

—Ay, pequeña, déjate abrazar por tu padre. Cuando ya no los necesites, nosotros no estaremos. Y en ese momento, lo vas a extrañar.

—¿Acaso estás insinuando que quiero que ya pasen a mejor vida? ¡Quiero poder compartir con ustedes hasta que sean mayores! No puedo prometerles que dejaré mi vida por ustedes, pero puedo prometerles que serán parte de ella, y una parte muy importante.

—No podría ser mejor que eso, mi querida Estephy.

—¿Por qué será que papá siempre debe despertar con esa música a todo volumen?

—Cuéntenme, familia, ¿cómo amanecieron el día de hoy?

—Si eres pesado, amor. ¿No ves que la pequeña está más despeinada que la melena de un león?

—No tenía ni la menor idea de que esa era mi hija. Mi hija es guapa, y bastante elegante. ¡Oh, al parecer alguien no se ha peinado el día de hoy!

—Ja, ja, ja, papá. ¿Acaso tú amaneces afeitado todos los días?

—Oye, no reveles el secreto de tu padre a tu señora madre.

—Roberto, tus secretos me los sé. ¿O acaso has cambiado el lugar donde dejas las cremas para que tu rostro se vea así de suave y fresco?

—Ups, papá, alguien encontró tu botiquín de *skin care*.

—Lástima que solo uso la línea *for men*, así que ninguna de las dos acabará en dos días mis cosas.

—Lo mejor de estar cerca de la frontera es que podremos traer mercancía de Colombia, ¿cierto?

—Solo lo necesario, Estephy. Y antes de que comencemos con las charlas profundas, ¿qué tal el cuarto?

—La verdad, bastante bueno. Solo que amanecí con un dermatofitosis en mi piel.

—A ver, cuéntame: ¿qué fue lo que apareció escrito en tu piel, hijita?

—Bueno, papá, voltea para que solo mamá lo vea.

—A ver, pequeña, seguro dormiste con un libro pegado a tu costado anoche.

—Pero ¿está cerca de un área que no pueda ver?

—Algo, pero necesito que ella te dé el consentimiento, aunque seas tú su padre.

—Papá, voltea, observa. Esa tapa no la tiene ninguno de los libros que pude traerme en el coche. Esta tiene una parte bastante con relieve, y el título no se llega a ver. Me acosté un poco tarde intentando conciliar el sueño y leí *El príncipe azul*, pero no lo dejé cerca para que pasara eso.

—Quizás lo olvidaste, y por eso es que se te marcó en el cuerpo.

—No le prestes atención, Estephy. Seguramente no lo recuerdas, mi amor. Tal vez mientras dormías lo tomaste y lo dejaste cerquita de ti, y al moverte lo aplastaste sin darte cuenta.

—Pero lo más extraño es que no amanecí con ningún libro en la cama.

—Seguro cayó al suelo.

—Pues no lo encontré por ninguna parte.

—Seguro lo encontrarás. El colchón es nuevo, y seguro que está entre él y la cabecera.

—No revisé allí, pero es bastante extraño.

—¿Vas a empezar a creer en espíritus aunque no haya pasado ni un día en esta casa?

—No estoy insinuando eso, pero quizás Tayler se quiere comunicar.

—¡Ay, dejen sus payasadas y pónganse serios! Vamos a desayunar. Ya que ayer ninguno quiso probar mi pizza con guayaba, queso y piña.

—¡Ay, papá! Tú eres el único que come esa cosa. Aparte, te comiste solo dos trozos de tu pedazo de torta y comiste de la de mamá y de la mía.

—Es que sí es muy rica, pero me empalagó. Tenía muchos años sin comerla.

—Es que se notó, querido. Pero sí, quedó parte de la que dejaste. Así que o la comes de postre o la desayunas. Aunque hice unas arepas con el poco queso que me quedó del viaje.

—¿Dónde estuviste?

—Estoy bien, solo que la comida me cayó un poco pesada, por eso me quedé en mi cuarto.

—¿Desde cuándo las arepas te caen pesadas?

—No lo sé, justo me duele donde se me marcó ese libro.

—Quizás sea parte de que estás comenzando la pubertad. ¡Qué alegría! Mi pequeña ya será toda una mujercita.

—No te emociones, mamá. No es momento aún para que eso suceda. Falta, como máximo, un año.

—Yo, a tu edad, ya usaba toallas femeninas desde hacía dos años consecutivos. Por eso, en la familia, puede que tengamos tan buena sangre para ser fértiles.

—Ay mamá, no estoy pensando en tener hijos siendo tan pequeña. Por ahí a mis veinte pasados podría considerarlo. Aunque, de principio, no desearía quedar encinta.

—Ay, dilo sin problema. Antes, quedar embarazada a temprana edad era visto como un peligro y todo ese drama. Pero tu padre y yo también te tuvimos jóvenes, y míranos ahora, hemos madurado. Tu papá es un excelente odontólogo, y yo me dedico a crear algunos de los mejores *spots* publicitarios del país.

—Pero es un problema, madre. Las niñas no deberían permitirse salir embarazadas a tan temprana edad. Nuestros cuerpos no están preparados para eso.

—Gracias a Dios que saliste como tu padre.

—Es mejor tener un buen cerebro que un niño en brazos. Y discúlpame si te ofendo.

—No, para nada, pequeña. Fue una decisión entre tu padre y yo, así que no tengo por qué ofenderme. E incluso si hubiese sido un error o un azar del destino, estoy orgullosa de que seas mi hija. Fue duro al principio, no lo dudes. No fuimos ricos de la noche a la mañana. Yo apenas comenzaba a hacer que mi nombre sobresaliera, y tu padre estaba iniciando su primer negocio. Todos pensaban que íbamos a terminar como una pareja más de los suburbios. Pero míranos. No tenemos billones en el banco, pero podemos darnos una vida bastante cómoda.

—No sé si decir gracias o lo siento. La verdad, yo también estoy orgullosa de que ustedes sean mis padres. Sé que hablan a mis espaldas sobre que ya estoy entrando en la adolescencia, pero créanme: no seré un problema. O al menos, eso espero.

—Nosotros tampoco.

Esther, amor, llegó el camión. Bajaré las cosas con los muchachos de la mudanza y comeremos en una hamburguesería cerca de aquí.

—Perfecto, amor. Entonces, en cuanto termines nos avisas. Yo, con Stephany, terminaremos de arreglar la segunda planta para que la niña esté cómoda. Colocaré una cámara en el pasillo que va hacia su cuarto al baño. Ya sabes, para tener la zona vigilada.

—¡No hagan como si yo no estuviera en medio de los dos escuchando!

—Ja, ja, ja. Pequeña, es que a veces se nos olvida que estás, y no es porque no te veamos, sino porque somos transparentes.

—Bueno, ya comimos. Ya bebimos. Solo al burro no le dimos.

—Bueno, será a Tayler que no le dimos.

—Tú con tus cuentos, Stephany. Ya es tarde, vamos a acostarnos a dormir. Mañana comienza la semana. Aprovecharemos para dejar todo en la habitación de huéspedes para que puedan ir trabajando en lo demás. Lo primero será la sala; luego, nuestra habitación, por lo que dormiremos contigo hasta que la terminen. Después irán a la de huéspedes, y, por último, subirán a la tuya.

—¿Y la fachada, mamá?

—Eso será en la última semana. Aunque serán pocas renovaciones; la casa no lo necesita, pero tu padre y yo pensamos que es buena idea.

—Ya lo han dicho mil veces. Está bien. Está muy bien que sea así.

—¿Por qué tuvieron que poner el apagador tan lejos de la cama?

«Son las tres de la mañana. No debería sentir este dolor en el estómago. Estoy húmeda. Y para colmo dejé el móvil cargando lejos de mí. Soy tonta... cualquiera puede entrar a mi habitación y no tendría ni cómo verle la cara a quien lo hiciera», se recriminó.

—¿En serio? ¿Qué es esto?

«Oh, mierda, sabía que tenía que estar preparada para esto.

Por eso lo puse debajo de la cama», pensó. «Qué difícil la hice para que mamá no lo encontrara, pero... debería estar aquí. Espera... esto no estaba antes. No es la caja. ¡Es el libro del que les hablé la otra vez! Es un tonto diario. Seguro se coló entre las cosas de papá y, cuando colocaron las sábanas, quedó envuelto. ¿Tendré las cosas privadas de papá en mis manos? Debería echarle un ojo para saber qué es... Bueno, lo importante es que dice "Diary". Así que claramente encontraré las cosas privadas de alguno de los dos... ¡Sabía que esto sería un caso por resolver! Este es el diario de Tayler. Es claro. Tiene su nombre bien grande en la primera página».

CAPÍTULO I

—¡Estephany! Despierta, mi amor.

—Oh, pero ¿qué haces en el suelo, querida? Y aparte, ¡oh, es tu primera menstruación!

—¿Mamá?

—¿Qué pasa? ¿No te acuerdas de haber rodado de la cama e intentado ponerte una toalla con la luz encendida? Niña, te tengo que enseñar cómo se usa. En la escuela ya no les enseñan las cosas necesarias para la vida.

—¿Mamá? ¿Qué haces? Estoy toda llena de sangre. Pero ¿por qué? Si me la puse en la madrugada, cuando la sentí bajar.

—Ay, querida, ya no te acuerdas de nada. Seguro te levantaste sonámbula e intentaste ponértela, pero en lugar de usar una almohada como «almohada», pusiste *este diario* debajo de ti. Por eso tienes un libro marcado en el costado del abdomen.

—¿Libro? ¡El diario de Tayler...!

—¿Del niño desaparecido? Ay, ya estás con tus cosas, Estephy. Anda, vamos, dúchate. Y pon atención esta vez. La parte adhesiva va pegada a tu ropa interior, no a ti. Si tiene alas, las doblas por los lados para que no se mueva. Te la cambias cada cuatro o cinco horas o cuando sientas que está muy húmeda. Siempre te lavas las manos antes y después. Y si te manchas, ya sabes, ten siempre a mano toallitas húmedas.

—¡Oh, por Dios, mamá, eso es returbio!

—¿Turbio es amanecer en el suelo con un diario misterioso pegado al estómago y no acordarte de nada? Eso sí es turbio, hija. Mira... no tiene nada escrito, Estephany.

Deja tus cosas. Si vas a empezar a escribir en un diario, deberías encontrarle un buen escondite para que tu papá no lo encuentre.

Y si vas a usarlo para escribir sobre chicos, espero que al menos sean guapos

—Sí, mamá...

—Anda, niña. Ve a lavarte.

«Es extraño, no pudo ver lo que decía. Entonces, esto sí se trata de un caso que se tiene que descubrir. Los fantasmas no existen. Bueno, al menos yo nunca he visto uno. Y, según lo que sé de mis padres, no hay nada en la familia que tenga que ver con esas cosas. Aun así, lo que queda es investigar. Primero, sobre esta casa, y luego sobre el caso de Tayler Yellowstone», piensa Estephany.

—Tu papá olvidó su llave. Seguro estará tirado en el porche esperando que le abramos. Ve tú, así termino de preparar el desayuno, Estephy.

—Bueno, pero la próxima lo dejaré por fuera. Por olvidadizo. ¿Cuántas veces no tuve que quedarme con la señora Maryori cuando vivíamos en Caracas?

—Eso no tiene nada que ver, hija. Lo hacías porque te gustaba quedarte con ella.

—Bueno... es que cocinaba muy rico.

—Ja, ja, ja. ¿Quieres decir que su comida era mejor que la mía?

—Bueno, si lo colocamos de esa manera, podría ser mejor que la tuya.

—No la vuelvas a dejar. Mamá está terminando de preparar la comida.

—Pues, ¿qué esperamos? Vamos al comedor.

—Roberto, mi amor, otra vez te quedaste afuera por dejar las llaves. Aunque tu hija no iba a abrir. Dice que aunque no la dejaras entrar, la señora Maryori le daba comida. ¿Puedes creerlo?

—Lo que no puedo creer es que nadie se ocupara de mantener esta casa en perfectas condiciones. Tuvimos que llegar nosotros y comenzar los arreglos; en caso contrario, lo más probable es que la maleza de afuera se hubiera comido la casa por completo.

—¿Ha habido alguna reparación en todo este tiempo? ¿El techo, las paredes?

—Al parecer, sí han mejorado muchas cosas. Pero si llegáramos a terminar las reparaciones, podríamos venderla, si quisieras. Aunque todo depende de ti.

—No. Esta casa... Mis hijos necesitan un hogar, un lugar que sea estable para ellos. Y si la reparamos a nuestro gusto, nos quedaremos aquí, sin importar lo lejos que estemos.

—Te has encaprichado tan rápidamente de la casa... Solo ha pasado un día. ¿Es quizás un proyecto nuevo tuyo, mi amor?

—No. Y es mejor que no lo vuelvas a mencionar. Siéntense, para que coman.

—¿Por qué no buscamos un colegio mejor en el centro? He escuchado que hay muy buenos, y otros que son solo para chicas.

—Porque necesitamos enseñarte a defenderte. Además, este liceo tiene profesores excelentes, siempre que les demuestres que estás dispuesta a esforzarte.

—No quiero ser la mejor. Capaz si demuestro que soy buena, me van a tildar de sabelotodo y nadie querrá hablarme luego.

—¿A quién le importa eso? Lo importante es que eso se verá reflejado en tus notas para la universidad.

—Tienes razón. Si bajo mi promedio, quizás no sea tan bueno para mi entrada en la universidad, y quiero ser admitida en una buena.

—Eso es lo importante. Así que no te preocupes. Lo excelente es lo que haces luego con eso.

—No empieces, papá.

—No empezaré con nada. Pero sí quiero que llegues más lejos que nosotros dos.

—Lo haré. Ya lo van a ver.

—¿Y qué es lo que estás pensando buscar ahora para ti, mi pequeña?

—Quizás aprender sobre delitos, así como un detective o policía.

—Bueno, aquí policía no serviría de mucho, y estar en el CICPC sería mala idea también.

—Porque está corrompido por la corrupción del país. Pero no obstante, podría ser buena, si no me dejo manipular por las demás personas.

—Todos somos corruptibles, hija. Pero sí podrías ser una buena detective privada o trabajar para las unidades de delitos, y también podrías buscar algo como forense de delitos.

—También es una idea. Una buena idea.

—Bueno, ahora que terminaron de comer, limpiaré los platos. Luego esperen a los señores de la reparación, que me acaban de llamar hace rato para confirmar la hora. En una hora y media puede que lleguen, así que tú, pequeña, ve a tu habitación. Y nosotros estaremos aquí, mientras revisamos cómo comenzaremos todo. Gracias a Dios, tú, mi amor, arreglaste rápido la maleza de afuera, y eso nos adelanta un largo trabajo en el día.

—Todo para mi hermosa mujer. Además, por eso me levantaste a las cinco de la madrugada. Además de comenzar el día feliz, también es bueno darte una recompensa por eso.

—Ese es mi hombre. Pero esperemos a estas personas.

—Sacaré las herramientas, si es que las necesitan.

—Bueno... ¿Qué haré aquí sola en esta habitación hasta que terminen lo que tienen que hacer hoy esa gente? Buscar espíritus está tachado de mi lista, pero no puedo eliminarlo de la posibilidad. Es una casa vieja, puede guardar muchos secretos.

«Es hora de dejar que mi imaginación vuele», pensó. «¿Qué pasaría si realmente sigues aquí, Tayler? Quizás me estés oyendo ahora».

—¿Holaaa? ¿Tayler?

«Nada». «Quizás solo es parte de quedarme sola en esta habitación.» «Pero observaré, quizás así encuentre algo que nos lleve a tu paradero».

He revisado toda la habitación. Moví cada estante, escaparate, silla... cada cosa que tiene, y no he encontrado nada. Quizás a ese niño sí se lo tragó la tierra.

«¿Cómo va a desaparecer un niño sin dejar ningún rastro? Ni de sangre ni de nada.», se cuestionó.

Es hora de buscar en internet entonces: Casa Los Tejados, calle Bolívar, parroquia Zorca, estado Táchira. Debería aparecer algo. Aquí te encontré:

«Niño desaparecido en 1982. Tayler Yellowstone se encontraba jugando con sus hermanos dentro de su habitación y con algunos vecinos de la cuadra mientras su madre conversaba con personas

cercanas a la familia. Luego de una larga charla, la señora Yellowstone fue a buscar a su hijo para que terminara el juego, pero se percató de que el pequeño no se encontraba. Comenzó a gritar su nombre para llamarlo»

El barrio entero se movilizó: buscaron en escuelas, hospitales e incluso en diferentes puntos de la policía, pero nadie había visto ni reportado a un niño pequeño con las características del suyo.

Dejó muy en claro que, antes de dejarlo adentro jugando con sus hermanos y algunos amigos, Tayler llevaba una camiseta de rayas verdes con amarillo, un *jean* azul oscuro y zapatillas negras, o al menos, oscuras. El niño era rubio, de ojos claros, medía poco más de un metro y tenía contextura delgada.

La madre se presentó formalmente en la Comisaría Central del Estado para pedir ayuda con la búsqueda, pero le mencionaron que tendrían que esperar 48 horas para declararlo oficialmente como desaparecido. Por motivos burocráticos, debían esperar ese tiempo. Sin embargo, la familia y los vecinos no esperaron a la policía: comenzaron sus propias indagaciones. En cada esquina del barrio, alguien vigilaba quién salía y quién entraba.

Como todo en la vida, si una persona no tiene más de 48 horas desaparecida, la policía no la toma en serio. Qué pena, de verdad. Hay muchas cosas que deberían cambiar en nuestras leyes. Aunque en internet se dice que pueden actuar antes, quizás en ese momento no era así. Y aunque lo diga, no hay información clara sobre cómo era todo antes.

—Lo inútil a veces se hereda, incluso en la política y las leyes de un país.

—Pero esto no se trata de eso, sino de qué sucedió con Tayler.

—La información que tenemos sobre nuestro propio país es tan vaga como cualquier otra, pero es lo que hay. Tocaré preguntar a los vecinos sobre su desaparición. Aunque no hay que descartar que pudo ser algo más allá de lo humano, pudo haber desaparecido por otra cosa.

—¡Stephy, baja!

—¿Qué sucedió, papá? Hay mucho polvo.

—Es para que veas lo que haremos en la parte delantera de la casa. Sé que pudimos haber dicho otra cosa, pero el jefe de obra quiere adelantar esa parte. Será más fácil: solo hay que cambiar algunos tablones y mejorar la entrada al sótano que tiene la casa. Pero será rápido, dice que en una semana posiblemente lo tengan listo entre sus hombres. ¿Qué opinas de esta imagen que recreé para que lo hicieran?

—Me parece excelente, padre. Pero ¿no crees que deberían haber empezado con el cuarto de arriba? Quizás si abren alguna pared podamos encontrar algo sobre el paradero de Tayler.

—¿El chico? ¿Aún sigues con eso, pequeña?

—Claro, papá. Es importante, es un caso no resuelto. Quizás eso me ayude a encontrar mi verdadera vocación.

—Tranquila, pequeña. Ese chico desapareció de la faz de la tierra. Lo buscaron por mucho tiempo. Y no fue la policía, fueron los vecinos. Dijeron muchas veces que levantaron hasta el trozo de piedra más pequeño, pero no encontraron nada que los llevara a él. El chico solo desapareció.

—¿Y usted quién es, señor?

—Soy el jefe de obra de tu padre, el señor William. En todos mis años trabajando en casas hemos encontrado de todo, pero no puedo darte esperanzas de que vayamos a encontrar algo en esta casa vieja. La señora que vivió aquí antes abrió cada pared de la casa y no encontró nada.

—Pero ¿usted cree que el niño simplemente desapareció y ya?

—Quizás. Aunque también se rumoreaba que un tío de la familia, el maricón...

—Señor William, disculpe. Pero en esta casa no discriminamos a nadie por su orientación ni por lo que sea. Así que diríjase a esas personas como se debe.

—Mil disculpas, patrón. Pero el hombre era un vagabundo. Aparte, se decía que había..., sabes..., tocado a algunos niños de por aquí.

—No creo que esas historias sean verdad. Quizás el hombre era homosexual, sí, pero eso no tiene nada que ver. Son solo rumores.

—De rumor en rumor puede haber algo de verdad, patrón. Aunque lo declararon inocente, porque no había ninguna prueba. El cuerpo

del pequeño nunca apareció. Así que hay una mínima posibilidad de que el tipo lo haya asesinado para tapar su fechoría.

—No creo que sea así. Según internet, no hubo nada más.

—Pequeña, era la época de los ochenta. En este pueblo todo lo llevaban con lápiz y papel, y a la policía no le importaba lo que pasaba en un barrio como este. Es más, patrón, venga, le digo: es mejor que le ponga cámaras a esta casa, para que esté bien vigilada. Usted sabe, la gente mala.

—No se preocupe, señor William. Ya las he mandado a pedir. Mientras ustedes estén aquí, llegarán los técnicos para colocar las de la calle y las de la parte trasera de la casa.

—Solo le advierto, patrón. Pero lo importante es que cuide a su familia. Y por eso estamos aquí, para dejarle la casita bien bonita.

—Gracias, William. ¿En algo le podemos ayudar?

—Solo que la niña no se la pase por aquí. Esto es trabajo de hombres.

—Tranquilos, ella no estorbará.

—Papá, quiero ayudar en lo que pueda.

—Las niñas no están para eso, pequeña. Es mejor que vayas a jugar con tus muñecas o a ver las novelas con tu mamá.

—Lo siento, pero estamos en el siglo xxi, señor William. Muchas mujeres podrían hacer su trabajo sin ningún problema.

—No lo creo, niña. Hay muchas que a la primera semana se nos van. Es mejor tener hombres en estos gallitos, porque si no nos quedamos sin personal, y ustedes no tendrían su casita lista para estar bien cómodos.

—No puedo refutar eso, señor. Pero, en lo que pueda, sabe que puedo ayudarle.

—Sin propasarse, señor William, por favor.

—¿Cómo cree, patrón? Nunca le pondría una mano encima a su hija. Más bien, para que vea que soy bueno... Pequeña, ¿quieres traer las latas de disolvente y el agua para que ayudes a limpiar la madera del porche? ¿Crees que puedas?

—¡Claro que sí, señor William!

—Estaré vigilándote, Estephy.

—Tranquilo, papá, yo puedo.

—Te pareces tanto a mi hija...

—¡Ay, señor William, no sea modesto! ¿Acaso su hija lo ha ayudado alguna vez a limpiar madera?

—Bueno, empezó moviendo bloques y algún que otro ladrillo. Y ahora es jefa de obra, como arquitecta. Ya no mueve material, pero sí hace los planos para que yo los ejecute. Así que tienes potencial. Hoy en día, a los jóvenes no les gusta esto.

—Quizás lo tenga, pero todavía me queda tiempo para buscar la mejor carrera.

—También debes buscar lo que te apasione. Yo quería ser médico, pero estando en la facultad, me la pasé más en el edificio de arquitectura. Así que, después del primer corte del año, me cambié de carrera. No sabemos lo que prepara el camino, pero ¿sabes? Si te apasiona arriesga.

—¿Y qué opina de ser forense?

—Me imagino que lo dices por lo del pequeño Tayler, ¿no?

—¿Cómo crees? No estoy tan loca como para andar buscando información de alguien desaparecido hace casi cien años.

—Tiene más, pero no estaría mal. Fue un caso que se cerró, pero no estaría mal ver si eres capaz.

—¿Usted cree que el pequeño realmente desapareció?

—No lo creo. Por lo que le decía a tu papá, el pequeño, para mí, se lo llevó el tío.

—¿Y para qué cree usted que se lo habría llevado?

—Quizás para abusar de él, pero no lo sé. La familia tenía mucho dinero. No creo que no se hubieran dado cuenta si hubiera sido él. Puede que con dinero lo haya pagado. Pero no tengo pruebas, solo los chismes del pueblo.

—No hay nada de información en internet sobre ese señor. Puede que solo sea un rumor.

—Puede que lo sea. Pero, si estás buscando información, se dice que aquí aún vive una señora que tiene los periódicos de la época en la que el niño desapareció. Si quieres, cuando llegue a casa le paso a tu papá el contacto para que hablen con ella, si es que él está de acuerdo.

—Me parece perfecto, señor William. Pero primero deberíamos terminar esto lo antes posible, para que me puedas ayudar con la investigación.

—Oye, Esthephy, el señor William me comentó que estabas indagando sobre el paradero de los Yellowstone... ¿Por qué estás tan encaprichada en buscar a un niño que tiene tanto tiempo desaparecido?

—Porque no sabemos cómo desapareció, y tengo todo el derecho de hacerlo. Vivo en el cuarto en el que Tayler dormía, lo que me hace parte de él.

—No te hace parte de él. La familia Yellowstone vendió la vivienda hace mucho tiempo, y estuvo a nombre del banco hasta que pude comprarla. Por lo tanto, ahora es nuestra.

—Por esa misma razón debo investigar. Pero en internet no aparece nada, solo la noticia. No hay más información, ni búsqueda ni nada que indique quién raptó a Tayler. Puede que alguien sepa algo. El señor William me dijo que hay una señora en el barrio que es coleccionista de esas noticias. Seguro debe tener algo sobre el caso del chico.

—¿Y qué pasa si te ayudo a investigar?

—Serás un excelente padre.

—Eso no basta. Si en algún momento te estancas, debes prometerme que dejarás el caso y olvidarás el tema. No quiero que sigas buscando información donde no la hay. Puede que el señor William ya me haya enviado la dirección de donde vive la señora Amilta, pero solo te la diré si aceptas mis condiciones.

—Pero, pa... ¿Qué pasa si no llego a encontrar información sobre él? Puede que haya muchas casas más donde se pueda hallar algo. Si me das permiso, intentaré con todas mis fuerzas encontrarlo.

—Pero si no encuentras nada, prométeme que no te obsesionas con eso y dejarás de buscarlo.

—Lo prometo, aunque no estoy de acuerdo con que me impidas seguir una atracción natural hacia estos casos. Puede que esté perdiendo el inicio de lo que quiero hacer cuando sea grande.

—Me odiaría toda mi vida si perdieras ese deseo, pero también quiero protegerte. Por eso, sea lo que sea que hagas, quiero que me lo digas. Cuéntame lo que escuches o lo que llegues a obtener como información sobre la casa y el paradero del pequeño. Quiero estar al tanto de todo. Y tu mamá también deberá estarlo. Así que, amor, ¿espero que la tengas vigilada?

—Claro, amor. No te preocupes, que Esthephy me contará todo.

—Está bien. Entonces, papá, ¿qué te dijo el señor William?

—Me escribió que la señora Amilta vive a unas cuadas de nuestra casa, cerca del puente principal, entrando al barrio. Puede que la señora sufra un poco de sordera, pero vive con su sobrina. Tal vez ella nos ayude, pero me recomendó que fuera contigo.

—Entonces ¿qué esperamos, papá?

—¿iEstás loca, Esthephany!? Son las diez de la noche. ¿Qué vamos a estar haciendo yendo a la casa de esa señora a estas horas, y menos cerca de la principal?

—iEres un cobarde, papá!

—iSeré un cobarde por cuidar a mi familia! Pero no seré un atrevido que se arriesga y luego no lo cuenta. Así que, si quieres seguir con tu investigación, ¡me harás caso! ¡Que quede claro!

—Entiendo.

—Bueno, bájenle a la voz que vamos a comer. Les hice caldo con papas y una arepa pequeña. Si quieren, puedo hacerles café. ¿O prefieren jugo de naranja?

—Prefiero jugo, mamá. A mi papá dale café, porque es un amargado, así como le gusta el café.

—Puede que me guste así. Claro, amor. Oscuro, mejor.

—Tranquilo, ya tengo años sabiendo cómo preparártelo.

—Mañana temprano saldremos a la casa de la señora Amilta. Pero ¡compórtate! Yo hablaré con ella y tú anotas lo que deseas,

—Seremos como dos detectives.

—Me pagan poco por ser tu papá, odontólogo y, aparte, ahora investigador.

—Eso es parte de lo que es tener hijos, papá. Pero los mejores hijos se forman cuando sus padres les enseñan sobre la vida y, sobre todo, cuando apoyan sus proyectos.

—Esto me pasa por tener una hija tan inteligente.

—Y también soy bonita.

—Por bonita no nos pagan, Esthephy.

—¡Ay, mamá! Papá te paga todo porque eres bonita, alta y delgada, y además rubia.

—Bueno, no es natural, pero se hace lo que se puede.

—Por eso eres la mejor, mi amor. Humilde como siempre.

—Siempre debemos dejar un lugar para quien lo necesite. Pero tu padre tiene razón, Stephy. Si no encontramos nada sobre la casa ni sobre lo que le sucedió al pequeño Tayler, deseo de todo corazón que lo dejes hasta ahí.

—¿Cuántas veces debo decir que lo entiendo?

—Las veces que sean necesarias, para evitar que luego nos echés la culpa de que no te dejamos seguir tus sueños.

—Pero si voy contigo a ver a la señora Amilta es porque me vas a dejar hablar con ella.

—Entonces, antes de ir, quiero que escribas lo que desees preguntarle. Así no le haremos perder el tiempo a la señora. Pero antes de salir, necesito que se presente el señor William para adelantar parte del trabajo en la terraza. Para eso era la madera que estabas limpiando.

—La dejé toda acomodada donde él la pudiera ver, pero me mandó a cubrir por si llueve.

—Eso está bien, hija. Mañana ya veremos qué conseguimos sobre los Yellowstone.

CAPÍTULO II

LA SEÑORA AMILTA

—Papá, ya amaneció, despierta. Recuerda que debemos ir a ver a la señora Amilta.

—Ya escuchaste a tu hija, amor. Para las clases nunca se levantó temprano, pero para ir a buscar información sobre un chico que desapareció hace mucho tiempo, ahí sí es capaz de levantarse sola.

—¿Tú qué crees?

—¿Qué creo de qué, señora Esther?

—Amor, sabes, eso es por estar enseñándole desde pequeña esos programas de detectives, o esos donde buscan delincuentes. Puede que haya influido en lo que ahora quiere aprender.

—Pero antes de que se tope con una pared gigantesca de machismo, le enseñaré que, aunque haya muchos hombres que no le permitan obtener méritos, ella es capaz de hacerlo, sin importar quién se lo quiera impedir.

—Ya voy, Esthephy. Mamá ya se levantará.

—Bueno, estaré abajo adelantando el desayuno.

—¿Cuándo aprendió a hacer comida por sí sola?

—Bueno. ¿Recuerdas todas esas horas extras que tuve que cubrir en aquella campaña de tiendas de moda para hombres? Pues debe de ser por eso que aprendió.

—¿Y cómo tuviste que hacer publicidad para hombres?

—Ay, Roberto. A pesar de que vivimos en el siglo XXI, aún existe la sexualización. Esta vez querían vender ropa para hombres, con modelos mujeres.

—¿Eso no está mal?

—¡Claro que está mal! Pero dejó el dinero suficiente para el fondo de estudios de la niña.

—Y por esa razón es que te amo.

—¡Y yo también a ti, señor Roberto!

—Bueno, aquí está la comida. Espero que coman rápido, porque en cuanto llegue el señor William, mi papá y yo saldremos a la casa de la señora Amilta.

—Ya empezaste tan temprano, hija.

—Quedaste en un acuerdo conmigo, pa. Y yo prometí que si no había más información sobre la casa, los Yellowstone o el paradero de Tayler, dejaría de buscar. Aunque no es lo que quiero, como hice un trato contigo, lo cumpliré.

—Dale un chance a la pequeña, Roberto.

—¿Qué más quieres que diga?

—Que la apoyes.

—La estoy apoyando, Esther.

—Ustedes creen que esto es solo un juego de niños, pero lo que intento hacer es justicia. Puede que Tayler esté por ahí aún, sin ser encontrado. Solo necesito que crean en mí. Es un presentimiento.

—Está bien, Esthephy. Si dices que es un presentimiento, estaré ahí, y ya te lo dije.

Se escuchó un golpe seco en la entrada, seguido de otro más fuerte.

—¿Quién está tumbando la puerta de la casa?

—Seguro es el señor William. Recuerda que dijo que trataría de venir lo más temprano posible.

—Voy yo, papá. Así puedo hacerle una pregunta al señor William.

—Vale, Esthephy, pero primero usa la mirilla de la puerta.

—Lo sé, pa... Es peligroso abrirle la puerta a extraños, y más por estos lares.

—Ve a ver quién es, pues, deja la charla.

—No hay nadie. Qué raro. El sonido fue bastante fuerte.

—¡No hay nadie afuera! ¿Qué hago?

—Espera, ya voy yo, hija.

—¡Paaa!

—Ya estoy aquí. A ver, déjame ver.

—No hay nadie detrás de la puerta.

—Abriré yo. Ponte detrás de mí.

—Pues, por lo visto, no hay nadie.

—Espera, pa, ¿ese no es el coche del señor William?

—Sí, cierto. Pero qué raro, oye. Esos golpes estuvieron muy fuertes.

—¡Esthephy! ¡Esther, la niña se desmayó!

—¿Qué le pasó, Roberto? Sostenla aquí mientras yo le abro a William.

—¿Esperas ir a abrirle a ese hombre antes de ayudar a tu hija?

—¡Quizá nos pueda ayudar!

—¡William, apúrate, ayúdame! ¡La niña se me desmayó!

—Para su suerte, aprendí un poco de enfermería de una hermana. Déjame revisarla.

—Buen día, señora Esther. Cuénteme, ¿tiene fiebre la niña?

—No lo sé, pero al parecer no. No reacciona.

—A ver, déjame revisar la respiración, respira perfecto.

—Pero no es normal. ¡Ayúdala, William!

—Tú eres el médico aquí, patrón. Yo sé solo primeros auxilios. Traígame alcohol y una cucharada de azúcar.

—Tengo en sobre, ¿no le importa?

—¿Qué pasa, hombre? ¿Acaso no tienen azúcar normal ustedes?

—Ya va, William. Si va a criticar, mejor ni ayude.

—¡Traígala, hombre! Es para despertar a la niña.

—Aquí tiene, señor William.

—Déjame un tantito... A ver, Esthephy, respira esto.

—Ya está abriendo los ojos... ¡Ay, William, cómo le agradezco!

—¿Esthephy, estás mejor?

—Ay, mamá, las luces se apagaron.

—Cómete el azúcar, pequeña, puede que te ayude.

—Acaba de comer, William. ¿Qué pudo haberle pasado?

—¿Había pasado algo antes de que llegara?

—Bueno, la puerta sonó muy fuerte, como si la estuvieran tumbando, pero al abrir, no había nadie. Pensábamos que era usted, por eso la niña fue primero, pero no abrió la puerta. Solo miró por la mirilla y, cuando la abrí yo, pues, puff, se cayó.

—Seguro fue un mareo tonto. Puede que no sea nada. Igual, cuando tengas tiempo, chécala a ver qué puede tener.

—Ya la dejé en su cuarto, aunque dice que tiene una pregunta para usted, William.

—¿Puedo ir con la niña, patrón?

—Claro. Pero eso sí, si es sobre los Yellowstone, no se apure en contarle mentiras. Ella es muy perspicaz para notar esas cosas.

—Tranquilo, patrón.

—Roberto, amor, no te lo he dicho, pero la niña ya no es una niña.

—¿Cómo así, amor? ¿Qué le pasa a la niña? ¿Tuvo relaciones?

—La mato si es que lo hace, ipero no, tonto! Le llegó su primer periodo. Puede que las hormonas y todas esas cosas la hayan tumbado.

—He leído algo sobre eso. Puede que su cuerpo esté asimilando el cambio. Igual, la llevaré al médico antes de que comiencen las clases.

—Hazme caso, Roberto. La niña es fuerte, pero sé que esta obsesión con los Yellowstone y la casa no me parece lo mejor. Aun así, la tiene bastante contenta. Y puede que esto nos ayude a que no le afecte tanto lo que pasó en Caracas.

—No hablemos de eso, Esther. Ya pasó. El tipo ese pagó y ya. Se acabó el tema.

—¿Usted qué sabe? Puede que ese maldito ande ya por la calle.

—Y si está por aquí, pues lo mataré yo.

—No hables así, Roberto.

—Disculpa, amor.

—A ver, pequeña, ¿cómo te sientes? ¿Mejor?

—Sí, algo mejor. Pero sigo mareada.

—Eso es normal. Pudiste haber comido algo que te cayó mal.

—Bueno, quizá mi propia comida intentó matarme.

—Bueno, no creo que cocines tan mal. Lo importante es que estés bien. Mira, tu mamá me dijo que tenías algo que decirme.

—Claro. Déjame revisar mi libreta.

—Ah, ¿estás preparada para ir a casa de Amilta?

—¡Claro! Mi papá me dio una oportunidad y no la desaprovecharé. Mira, la cuestión es que en internet no conseguí nada. Investigué, pero como es un caso muy antiguo no hay registros sobre los

hechos. ¿Tú crees que si la señora Amilta no tiene más información, podría conseguir algo en otro sitio?

—Posiblemente en la biblioteca. Ahí están escritos muchos de los eventos que han pasado en la ciudad. Pero no sé si esos datos te los puedan entregar.

—¿Cómo que no pueden? ¿No son datos públicos?

—Quizás por tu edad. Fue la desaparición de un niño, hubo muchos rumores. Puede que haya información restringida o confidencial. Tú sabes cómo son las leyes.

—Claro. Por eso, si uno desaparece, nadie lo busca.

—Óyeme, las leyes se hicieron por algo.

—¡Claro! Para que los que tienen el poder siempre lo mantengan. Pero cuando una mujer alza la voz, nadie la escucha.

—Eso es muy fuerte, pequeña. Pero bueno, en mi casa, la palabra de mi esposa sí se toma en cuenta.

—Eso es parte del proceso, señor William. Y gracias por el apoyo.

—Tranquila. Espero que les vaya bien con Amilta, si es que tu papá decide llevarte.

—¡Claro que debe llevarme! Hicimos un trato.

—Claro...

—Bueno, yo iré a hacer mis cosas. Espero que todo salga bien.

—Nos vemos, señor William.

—La niña está mejor, patrón. Les diré a los muchachos que bajen para comenzar a arreglar las cosas. Créame, la casa va a quedar bien bonita cuando la terminemos.

—Eso espero, William.

—Bueno, los dejo. Iré por mis cosas. Otra cosa, patrón: llévela con Amilta. Las dudas que tiene..., puede que la vieja le ayude.

—Dale, William. Yo veré qué hago.

—Solo le aconsejo, patrón.

—Tranquilo, William.

—A ver, Esthephy. ¿Seguro que quieres ir a casa de la señora Amilta?

—Claro. Si tengo una oportunidad de conseguir aunque sea un solo detalle de la casa o de Tayler, ya es un inicio. Además, tengo el diario.

—¿Cuál diario?

—El que está allí, pa. Encima de la repisa de noche.

—Esthephany, ahí no hay nada. No empieces con tus cosas de fantasmas ahora, recuerda que no existen.

—Pero mamá sí lo vio.

—Bueno, quizá tu mamá te mintió. Pero tranquila. Mira, tu mamá y yo tomamos una decisión: iremos a verla. Pero antes debemos almorzar y revisar que todo quede bien, para que tu mamá esté pendiente de la gente en casa.

—¿Mamá sola? ¿Con tantos hombres extraños?

—Tu mamá no es solo bonita, hija. También sabe defenderse.

—¿Cómo se va a defender? ¿Con una sartén?

—Jajaja, claro que no. En su carrera ha tenido que aprender a defenderse, y los cursos de protección personal le han servido para tumbar a uno que otro paparazzi.

—Oh, mamá es genial.

—Es más que genial.

—Ya está todo arreglado, Estephy... así que arréglate para ir a casa de la señora Amilta.

—Cierto... Papá, tengo estas preguntas para ella, ¿podrías hacerlas por mí?

—Yo le preguntaré acerca de la casa, que es lo que me corresponde, y tú le haces las preguntas sobre el niño. ¿Estás de acuerdo?

—Estoy más que de acuerdo. Gracias por ayudarme, papá.

—No pasa nada. Pero ya sabes: si no hay nada de información, no insistirás, por favor.

—Haré todo lo posible para no ser grosera ni insistente.

—Eso espero. Anda, arréglate rápido.

—¡Voy...!

—Aquí es.

—¿Esta es la casa, papá?

—Es la que me mencionó el señor William, la casa amarilla de toda la esquina, a dos cuadras de la nuestra.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Bajemos y toquemos.

—No tan rápido, traje un pan de leche para regalarles por la visita inesperada.

—Bueno, tampoco tan inesperada. Seguro que todos los días la visitan para hablar de la familia Yellowstone.

—Tampoco, Estephy. Ya es una señora mayor. Habrá cosas que ya ha olvidado.

—Bueno, bájate, pa.

—¡Buenas tardes!

—¿No aprendiste a tocar el timbre?

—Es que no hay timbre. Seguro hay alguien en casa.

—Buenas tardes, ¿en qué le puedo ayudar?

—Hola, mucho gusto. Mi nombre es Roberto Arias y esta es mi hija Estephany.

—Mucho gusto. Pero dígame, ¿qué los trae por aquí?

—Ah, lo siento. Lo que sucede es que nos acabamos de mudar a dos cuadras de aquí, en la antigua casona de los Yellowstone. ¿Se encontrará la señora Amilta?

—Ay, compadre, mi tía ya tiene tiempo sin hablar sobre esa casa. Mucha gente vino cuando el chiquillo se perdió, y la historia siempre ha sido la misma.

—Pero ¿podrían darnos unos minutos para saber un poco sobre la casa?

—Y también les trajimos un pan de leche.

—Ay, pequeña, gracias. Pero déjame preguntarle a mi tía Amilta si puede recibirlos.

—Dígale que mi hija también la quiere conocer.

—Dale, está bien.

—Tía Amilta, hay un señor con su hija. Dicen que han venido para hablar sobre la casa de los Amarillos. También comentaron que acaban de acomodarse allí, por eso vienen a hablar contigo.

—¿Cuántas personas han venido a hablar sobre los Yellowstone?

—Desde hace años nadie viene a hablar sobre los Amarillos, tía, pero ¿estás segura?

—Claro, Carolina. Déjalos entrar.

—Está bien.

—Señor Roberto, mi tía me dice que sí. Deje y le abro para que pasen.

—Muchísimas gracias.

—Soy Carolina, sobrina de Amilta.

—Mucho gusto, Carolina.

—Sí, es un gusto, señora Carolina.

—El gusto es mío. De igual manera, muchas gracias por traer el pan. Pondré café para que tomen un poco mientras conversan.

—¿Conque ustedes son los nuevos visitantes de la casa amarilla?

—Sí, señora Amilta. Es un gusto conocerla, nos han hablado sobre usted.

—Aquí todos me conocen por eso. Soy la única que ha vivido tanto como para contar la historia de los Amarillos.

—¿Por qué les dice *los Amarillos*?

—Ah, porque en aquel momento se vestían siempre de colores pastel, pero la señora Yellowstone siempre cargaba un hermoso vestido amarillo. Era hermosa esa mujer. Cuando murieron, los que quedaron se fueron.

—Ay, tía, ya empezaste a decir cosas malas de ellos.

—No es malo, Carol. Cuando se fueron, dejaron la casa hecha trizas, era como si hubiesen abierto cada pared buscando quién sabe qué.

—¿Y encontraron algo?

—Pequeña, mucho gusto. ¿Y tú cómo te llamas?

—Soy Estephany.

—Un gusto, Estephany. Soy Amilta. Y sí, posiblemente lo encontraron. Cuando escuchamos el estruendo que había en el barrio, fue porque estaban como locos. Estaban tirando todos los escaparates desde las ventanas. Era como si hubiesen sabido que había algo en aquellas paredes.

—Y, cuénteme, Amilta, ¿cuándo los Yellowstone llegaron por estos lares?

—Ellos siempre estuvieron aquí, hijo. Cuando mamá vivía, que Dios la tenga en su gloria, ellos ya estaban acomodados allí. Eran ricos, eso lo sabían todos. Pero siempre ayudaron en el barrio. El chiquito siempre fue amable, inclusive teniendo tan poca edad.

—¿Habla sobre Tayler Yellowstone?

—Claro, ese. El chiquito desapareció frente a sus narices y nunca lo encontraron.

—Pero ¿usted cree en eso, señora Amilta?

—Ustedes tuvieron que haber leído un poco sobre las escrituras de esa casa antes de mudarse. No cualquiera se muda a una casa maldita.

—Con todo el respeto, no creo que esté maldita, señora Amilta. La casa sí es un poco vieja y la edificación es antigua, pero hasta ahora no ha pasado nada raro. Por lo menos, nada que nosotros hayamos visto o escuchado.

—Escúchame, Roberto, esa familia tenía cosas raras. Se decía que eran satánicos, y que la señora era bruja.

—Ay, Amilta, eso son cuentos. Puede que a un rico en esa época, si era relevante, lo tildaran de cualquier cosa.

—Pero a ellos..., ellos no eran personas normales. Yo estuve en el momento en que el pequeño desapareció.

—¿Cómo así? ¿Acaso...?

—Yo tenía unos 14 años, y el hijo mayor de los Yellowstone fue un buen amigo.

—Ay, tía, dile la verdad. Eran novios.

—Bueno, Carolina, deje la falta de respeto. Pero sí, Manuel era un buen chico. Quería muchísimo a Tayler. Pero ese día estábamos en la casa, y cuando no vimos a Tayler, fuimos con la señora Yellowstone y ella se volvió loca.

—¿Qué fue lo que sucedió antes de que eso pasara?

—Nosotros estábamos en el cuarto de abajo cuando escuchamos un grito en el cuarto de arriba. Como son tres cuartos los que tiene esa casa, Manuel tenía su propia habitación, y era la que creo que es

la de huéspedes ahora. Tengo años sin entrar a esa casa, mira cómo se me pone la piel de gallina.

—Pero Amilta... ¿qué sucedió? ¿Quién gritó?

—Ah, espera... nosotros estábamos abajo, y fue tan fuerte el ruido que escuchamos que Manuel salió corriendo arriba como una bala. Yo lo seguí como una gata en celo, pero cuando llegamos arriba, el cuarto había sido derribado por un gigante. Todas las cosas estaban invertidas: los cajones, la cama, el ropero. Todo estaba en un lugar diferente y volteado.

—No me diga que usted cree en esas cosas, Amilta.

—Te lo digo, Roberto. Cuando llegué a esa habitación, era como si el mismo diablo hubiese sido quien lo volteó. Allí encontramos a los otros tres que estaban en la habitación, arrinconados en una esquina del cuarto. Era como si hubiesen visto al mismo Lucifer.

—Pero Amilta, cuénteme, ¿usted cree que la casa tenga algo que ver?

—Bueno, allí sí pregúntale a Carolina. Ella es espiritista.

—Carolina, cuénteme, ¿usted qué sabe?

—Bueno, yo no existía cuando eso sucedió, pero cuando tuve uso de razón, esa casa siempre me dio grima. Era como si solo el hecho de pasar por allí me pusiera los pelos de punta. Pero hubo un tiempo en que la casa siempre estuvo cerrada. Años atrás, encontraron allí a un pequeño chillando como cochino. Cuando subimos a ver qué estaba pasando, al niño se le encontró en la misma habitación en la que Tayler había desaparecido. Y los muebles estaban en la misma posición que mi tía acaba de describir.

—Pero señora Carolina, ¿usted cree que de verdad la casa está embrujada?

—¿Embrujada? No lo sé. Pero esa familia tuvo que haber hecho algo. Esa casa, según lo que yo investigué, solo les pertenecía a ellos. Pero si hay algo extraño, es que su familia no siempre fue de Venezuela. Ellos huyeron de su país y llegaron aquí.

—¿De dónde eran, Carolina?

—Eran de..., como de Polonia, algo así. Pero eso fue por la época antes de que sucediera la Segunda Guerra Mundial. Se dice que la familia, bueno, los Yellowstone, llegaron como ricachones al barrio y

construyeron esa casota. Pero cuando la estaban construyendo, mucha gente murió de manera superextraña.

—¿Y usted cómo sabe eso, Carolina?

—Moví cielo y tierra cuando tía me lo contó. Busqué información en todas partes, pregunté en cada casa del barrio, y por gracia de Dios muchos tenían periódicos viejos. Y muchas de esas cosas sí las publicaban, porque era extraño que sucediera algo así en un lugar tan tranquilo en ese tiempo. Pero, como les contaba, esa casa vio morir a mucha gente allí dentro. De los cuerpos, supuestamente, fueron enterrados en el cementerio de arriba del mirador, el cementerio metropolitano.

—Allá está mamá.

—Sí, tía, pero cuéntales. Tú estabas un poco más joven cuando conociste a Manuel.

—Bueno, como les contaba, cuando llegamos a ese cuarto y vimos lo que vimos, Manuel levantó a los tres y los sacó de allí a golpes. Les preguntó dónde estaba Tayler, pero ninguno le respondió. Eran como muñecos, estaban pálidos, como si les hubieran robado todo el calor del cuerpo. Y sí, cuando llegamos allí, raramente hacía frío, pero ese frío como cuando subes al páramo La Culata.

—¿Y no les contaron qué había sucedido?

—Ninguno de los tres habló. Manuel los bajó a tropezones, arrastrándolos por la escalera.

—¿Y cuándo la señora Yellowstone se enteró?

—Bueno, fue el mismo Manuel quien corrió hasta la casa de al lado donde ella estaba, y le contó. Esa señora se volvió loca. Tiró todo y salió como alma que lleva el diablo hasta la casa, subió esa escalera como un rayo. Cuando llegó al cuarto del chico, gritó como si la estuvieran matando.

—¿Algo más dijo?

—Solo gritaba y se echaba la culpa. Se golpeaba el pecho como loca, estaba tan agitada que tuvimos que sacarla de la habitación a zancadas.

—¿Y qué pasó después de que el niño desapareció?

—Corrió como loca por todo el barrio, gritando el nombre del pequeño. Pero lo que hizo fue alborotar a todo el vecindario. Todos

salieron de sus casas para escucharla.

—¿Y qué encontraron? Me imagino que salieron a ayudarla a buscar al pequeño.

—Todos. Hasta mamá salió a buscar a Tayler.

—Los periódicos de esa época lo nombraron como un caso sin resolver.

—¿Cómo así, Carolina? Pero ¿qué más decían?

—Cuando el barrio salió en búsqueda del pequeño, no había policía alguno. Todo lo estaban pagando los Amarillos. Por eso todo el barrio se había metido en el caso, todos estaban buscando al chico. Los Yellowstone estaban por pagarle a cualquiera que supiera algo sobre el paradero de Tayler. Era como si su vida importara más que su dinero.

—Pero eso es bueno. Les importaba más el pequeño.

—No siempre fue así...

—¿De qué hablas, tía?

—No lo he contado, pero Manuel siempre me decía que a ese niño lo encerraban.

—¿Cómo que lo encerraban? ¿O sea, lo castigaban o lo maltrataban?

—No lo sé. Manuel no hablaba mucho sobre eso luego de que me lo contó. Intenté sacarle información e, inclusive, cuando mamá estaba viva, ella era amiga de la señora Yellowstone, pero cuando él me habló sobre Tayler y lo que le hacían, la mamá de él se alejó de nosotras.

—Pero ¿seguiste viéndote con Manuel?

—Cuando todo ocurrió, él decayó mucho. Era como si en su cara hubiese remordimiento.

—Pero ¿alguna vez te lo confesó?

—No lo sé, Roberto. Yo estaba enamoradísima de Manuel, pero él me dejó y siguió su vida. Al tiempo, esa casa se volvió oscura, y luego de un tiempo la pintaron de un vinotinto oscuro.

—Así fue como yo la vi. Cuando tía lo contó, yo ya le tenía miedo; pero, con eso, ya cualquier cosa que tuviera que ver con la casa de los Amarillos me hacía temblar de solo pensar en lo que pudo haberle pasado a ese pobre muchachito.

—Pero ¿los tres que estaban con él nunca dijeron más nada?

—Esos pobres chicos cuentan que crecieron con traumas y los llevaron a Peribeca.

—¿A los locos?

—Sí, al Centro Doctor Raúl Castillo. Pero la mayoría que vivía allí fueron desalojados luego de que cerraran sus puertas en 2018.

—Eso fue hace casi siete años. Pero ¿no tuvieron contacto con ellos otra vez?

—Nunca más supimos de esa pobre gente. Pero sí me acuerdo de sus nombres. El mayor era Miguelito Hernández, ese era un rufián. También estaba Joselito Párraco, y el más pequeño, que era primo mío, era Juan Saavedra. Esos tres vieron lo que le sucedió a Tayler, pero ninguno habló.

—¿Y todos pararon en el centro para trastornos?

—Mi primo fue el único a quien no metieron allí. En todas las pruebas salió negativo, no tenía nada mal en la cabeza. Pero a los otros dos no les fue tan bien.

—¿Y no volviste a hablar con él sobre eso?

—Ay, señor Roberto, el pan está muy bueno y el café te quedó muy bien, Carolina, pero no tenemos toda la tarde para algo que pasó hace muchos años atrás. Estoy vieja, y ya lo que más deseo es que ese pobre muchachito descanse en paz, dondequiera que esté.

—Eso es lo que quiero saber, señora Amilta.

—Pequeña, a veces no hay que buscar lo que no se nos ha perdido.

—Pero señora Amilta, ¿usted sabe dónde vive su primo?

—Él ya debe estar al pie del otro mundo, pero sí, sé dónde está viviendo. Pero van a tener que caminar mucho para conseguirlo.

—¿Por qué, Amilta?

—Él vive en el campo, por allá en Monte Carmelo. Cuando la familia se enteró, se lo llevaron luego de que los doctores y demás vieran a mi primo. Pero eso sí, vive con su señora por allá. Al parecer tiene como tres peladitos.

—¿Usted cree que puede decirnos bien cómo llegar hasta él?

—¿Y por qué tan apurado en saber eso, señor Roberto?

—Porque le prometí a mi hija que la ayudaría a saber qué le sucedió a ese niño.

—Usted es un buen padre, señor, pero no deberían estar jugando con los muertos.

—Puede que no sea así, señora Amilta. Y muchas gracias por la charla.

—Antes de que se vayan. ¿Ustedes creen que la casa está maldita?

—No lo creo-

—Yo tampoco pienso eso. Aunque hoy tocaron la puerta antes de que llegara el señor William, pero cuando me asomé por la mirilla no había nadie. Luego vimos el camión.

—Yo no creo que esté maldita, pero sí que hay algo que no está bien en todo eso. Aquí tienen los recortes que pude obtener de los periódicos de la gente del barrio. Quizás puedan ustedes saber qué le sucedió al chico. Pero eso sí, si encuentran algo, si solo llegan a encontrar algo, díganmelo.

—Gracias, Carolina. Bueno, señora Amilta, fue un placer y gusto haberla conocido. Espero que pronto nos volvamos a ver para conversar sobre la casa y, en lo que más pueda ayudarles, aquí estaré.

—Aquí somos humildes, Roberto. Pero cualquier mano que usted eche, así sea en el solar para quitar el monte, sería bienvenida. Aquí solo estamos Carolina y yo. Ya los hombres de esta casa se fueron. Y Carolina no quiere marido por los momentos.

—Usted es muy inteligente, Carolina.

—Hombres es lo que sobra, pero ¿quién va a cuidar a Amilta más que yo?

—Es muy buena usted, Carolina, pero no se olvide tampoco de quererse un poco más.

—Ay, Roberto, eso luego. Cualquier hombre se presenta. Igual no estoy sola.

—¿Cómo así, Carolina? ¿Usted tiene novio y no me cuenta?

—Ay, tía, eso se lo cuento luego. Bueno, chicos, fue un placer. Espero que les vaya bien en su búsqueda.

—Espérese, Amilta, ¿dónde está la casa de su primo en Monte Carmelo?

—Usted suba todas las curvas luego de la iglesia entrando al pueblo. Encontrará un desvío. Cuando llegué allí, tome por la

izquierda. La carretera no sé si estará asfaltada, pero váyase por allí. Encontrará luego otro desvío, pero siga derecho. La casa queda luego de ese tapón que hay, es como una bajada, pero luego viene otra subida y dará con la casa. Es la única allí, antes de llegar a los caseríos. Esa es la casa de mi primo.

—¿No tienen algún número que pueda llamar para poder avisar cuando esté en camino para la casa de su primo?

—Ahí, mijo. Mira, ellos tienen un teléfono bien antiguo en esa casa. A lo mejor puede que le contesten, pero no se vaya a preocupar si nadie lo coge. Carolina, busqué en mi cuaderno en mi mesa noche el que anoto los números. Esa casa nunca ha cambiado de teléfono en todos los años que lleva plantada en ese cerro.

—¿Usted cree que pueda conseguirlo realmente allí?

—Estoy más que segura. Ese bueno para nada debe de estar allí cosechando, o alguno de sus hijos puede que haya heredado las memorias de ese pobre diablo.

—¿No le tenían aprecio?

—A veces sí, a veces no. Usted sabe muy bien que la familia, aunque la odies, siempre será la familia.

—Claro, familia es familia.

—Señor Roberto, aquí tiene el número. Recuerde lo que dijo mi tía: no se vaya a preocupar si no le cogen el teléfono.

—Lo tendré presente. Bueno, no queda más nada que pedirles. Espero que tengan una buena tarde.

—Y para usted y su familia, señor Roberto. Y recuerde que hay cosas que lo mejor es dejarlas como estaban, pero ese es su problema ahora.

—¿Cómo les fue?

—Bueno... ¿Quizás la casa sí tiene un misterio sin resolver?

—Le hablaba a tu padre, hija. Roberto, ¿qué pasó?

—La señora Amilta sí cree que algo raro haya pasado. Además, cree que la familia de los Yellowstone estaba metida en alguna secta o algo parecido, pero a lo mejor son cuentos de barrio. Tú sabes cómo son esas cosas, Esther. Pero nos dio el número de su primo.

—¿Cuál primo, amor?

—Estaban tres niños cuando desapareció Tayler, y uno de esos era su primo Juan. Ella puede que tenga una leve sospecha de que su familiar sepa algo sobre el paradero del niño.

—¿Y tú, Estephy? ¿Qué crees que ha pasado?

—Creo que puede que los tres estén implicados en la desaparición de Tayler, pero no puedo pasar por alto que, si la señora Yellowstone estaba involucrada en algo de ocultismo, puede que se lo hayan llevado como parte de algún ritual o algo parecido. Pero papá, ¿qué crees tú?

—Me voy con lo más común: los tres que estaban le hicieron algo al pequeño y se encubrieron entre sí para evitar pagar por sus consecuencias. Puede que, si vamos, nos diga algo.

—A ver, ¿no creen que ha pasado mucho tiempo como para que ese tal Juan recuerde lo que le hizo al hijo de los Yellowstone?

—Algo así no se olvida, Esther.

—Y entonces ¿qué van a hacer? ¿Irán hasta la casa de ese hombre? Dios quiera que siga vivo, para que no pierdan el viaje.

—Lo meditaré y te diré qué vamos a hacer.

—Papá...

—Ya lo dije, Estephany. Es algo delicado lo que puede que descubramos, y no quiero que nadie salga lastimado, incluyendo al familiar de la señora Amilta.

—Pero ¿por qué quieres encubrir a un posible sospechoso?

—No es encubrir, hija. Es proteger a mi familia y a mi hogar de cualquier cosa.

—Tenemos todo el derecho, como dueños de esa casa, a saber qué sucedió aquí.

—Tu madre y yo somos los dueños, y decidiremos qué vamos a hacer.

—¡Papá!

—Lo meditaré y hablaremos luego, Estephany.

—Está bien, papá.

—Venga, patrón, debo enseñarle algo.

—A ver, ¿qué sucedió, William?

—Usted sabe que uno en estos trabajos se encuentra muchas cosas en lugares donde no es poco común que aparezcan cosas, pero arreglando la parte delantera del porche, cuando removí las tablas viejas que estaban comidas por el moho y las polillas, me encontré con esto.

—¿Y usted qué cree que sea eso?

—Es ropa de un niño, patrón. Puede que su hija tenga un poco de razón en querer saber qué le sucedió a Tayler.

—¿Y usted qué va a saber, William? Deme eso.

—Es ropa del niño, patrón. Usted, que es un hombre de ciencia y física, ¿qué pasaría si ve directamente algo que pudo haberle sucedido a alguien hace tanto tiempo, y más cuando no tenemos la menor idea de qué fue lo que pasó?

—El niño desapareció y nadie lo consiguió, William.

—Esa ropa lleva mucho tiempo allá, patrón. Está un poco destruida y comida por los animales, pero no puede descartar que sea una señal.

—¿Una señal, William? Usted es un hombre de hechos, por eso está trabajando aquí. Si no, estaría leyéndole las cartas a alguien.

—Mire, patrón, yo lo respeto y quiero el trabajo, pero cuando consigo esta clase de cosas, prefiero serles franco a los dueños de las casas.

—¿Qué me va a decir, William? ¿Que la casa está embrujada? ¿O que alguien la maldijo?

—No puedo constatar que tenga algo paranormal, pero tenga mucho cuidado, patrón. Aparte, su hija está bien entusiasmada con la búsqueda del pequeño. Puede que sea quien dé con el paradero del chico. Aproveche y apóyela.

—¿Cuántas veces me has dicho eso, William?

—Las suficientes veces, y las que sean necesarias mientras trabaje para usted, patrón.

—Dígame por favor Roberto, William. Seré quien te contrató, pero por Dios, ¡somos personas! Ni yo ni usted somos mejor que el otro.

—Gracias, Roberto. Pero le digo: revise la ropa. Puede que haya algo allí que pueda ayudarles.

—Lo haré. Y mire, William, el piso le quedó guapo.

—Gracias, patrón. Perdóneme usted, Roberto. Es la costumbre de llamar *patrón* a los jefes.

—Pues conmigo ya no lo haga, William.

—Para que vea que lo aprecio, Roberto: cuando necesite ayuda con esto de la investigación de su hija, para lo que sea, llámeme y le doy una mano.

—Gracias, William. Lo tendré presente.

—Hágalo, Roberto. Seguiré con los muchachos para hacer que esta casota sea otra vez la mejor de la cuadra.

—Eso espero, William. Mira que tienes cinco estrellas en internet por tus trabajos.

—Y espero la suya, Roberto.

—Claro que la pondré cuando acabes este gallito, William.

—¡Va! Bueno, Roberto, lo dejo para que revise esa ropa.

—¡Esther! Venga rápido que quiero mostrarle algo.

—Ay, doctor Roberto, espero que sea para algo bueno que me llame.

—Venga, no se ponga cariñosa, señora Esther.

—Y si no es para eso, ¿para qué me llama?

—Esto me lo entregó William. Revisé todo lo que había en la ropa y esta fue la que me llamó la atención.

—¿Eso es sangre seca? No vengas con esas cosas ahora, Roberto. No me diga que mataron a alguien en la casa.

—Es ropa de niño y está llena de sangre seca.

—Pero ya está llevada por la vida.

—Esther, si tiene el mismo tiempo desde que el niño desapareció, pues por esa razón está así de dañada.

—¿Qué podemos hacer?

—En lo que me concierne, creo que sí debemos ir a conocer a Juan Saavedra.

—¿El pariente de Amilta?

—Puede que sepa por qué esta camisa de un niño no mayor de siete años está llena de sangre.

—Roberto, ¿no crees que sea muy atrevido que vayas directamente a acusarle de un homicidio que pasó hace mucho tiempo?

—¿Quién dijo que lo voy a interrogar? Solo voy a llevarle la camisa que dejó en nuestra casa hace más de veinte años.

—¿Cree que se recuerde?

—Como te dije, Esther, esa clase de cosas nadie las olvida.

—Puede que estés metiendo las manos en fuego, Roberto, pero te apoyo.

—Nuestra hija tiene un buen presentimiento. Creo que puede que tenga razón.

—¿En que la casa está embrujada o en que esos tres niños le hicieron algo al pequeño Tayler?

—Cualquiera de las dos ahora tiene un poco de sentido, pero estoy dispuesto a llegar a una conclusión mientras las pistas estén allí y las podamos ver.

—Ahora el doctor Roberto será detective.

—Y el mejor, mi amor.

—¡Uy! ¡Así me gusta!

—¿Y si vamos mejor a la habitación?

—Claro que podemos, solo déjame que la cierre para que la niña no entre.

—Ella no se enterará.

—Señora Esther, usted es la mejor mujer del mundo.

—Y usted es el mejor padre del año, Roberto.

CAPÍTULO III

MONTE CARMELO

—Despierta, Estephy. He decidido ya algo acerca de lo que nos dijo la señora Aminta.

—¿Vamos a ir?

—Quedan ya dos semanas para que empieces clases y ya William terminó la parte delantera de la casa, por lo que le recomendé que avanzara con tu cuarto primero antes que el de huéspedes. Entonces te quedarás con nosotros.

—No sé, papá. Pensé que me ibas a decir que iríamos a donde el señor Juan para hablar con él directamente.

—Eso es otro punto que quería decirte, pero como siempre me debes interrumpir.

—Papá, dime, ¿iremos a donde Juan?

—Tu mamá me aconsejó que sí. Iremos a ver al señor Juan Saavedra.

—¿Crees que él sea el responsable de lo que le sucedió a Tayler?

—Puede que, como todas las historias, al final no todas tengan un final feliz.

—Pero si lo arrinconamos y le preguntamos sobre los hechos de ese día, ¿crees que nos dará una respuesta?

—No creo que sea la mejor manera de preguntarle a un desconocido si es responsable de una desaparición de hace veinte años.

—Claro, sería abusivo de nuestra parte. Pero volví a soñar con Tayler.

—¿Desde cuándo estás soñando con él?

—Cuando nos íbamos a mudar de Caracas para acá, empecé a ver en sueños a un niño, un pequeño, no máximo de ocho años, puede que sea menos. Pero siempre estaba en mis sueños. No creo que fuese una pesadilla.

—Pero ¿qué has soñado con él?

—Ah... Él me mira siempre mientras yo hago cualquier cosa, pero no se acerca. Solo se queda delante de mí.

—¿Y ha querido interactuar contigo en algún sueño de estos?

—¿Ayer?

—¿Qué sucedió?

—No me vas a creer, pero señaló este diario.

—¿De dónde lo sacaste?

—¡Les conté! Lo había encontrado debajo de la cama, y mamá cree que no hay nada escrito allí. Puede que no lo puedan ver los adultos.

—Déjame ver, Estephy.

—¿Tu mamá lo revisó bien?

—Solo lo vio de reojo, y yo fui quien pasó las páginas para que viera.

—No puso mucho cuidado. Quizás no tenga la menor intención de creerte. Pero algo sí está raro en este libro.

—¿Qué? ¿No fue un sueño solamente? ¿Y mi marca sí era de verdad?

—Más allá de eso, hija, sí tiene cosas escritas.

—¿iTú lo puedes ver!?

—Obvio, Estephy. Está escrito en español, pero con palabras un poco mayores para un niño de apenas siete años de edad.

—Entonces ¿no crees que sea de Tayler?

—No creo que sea del pequeño. El nombre de él está escrito de una manera diferente que la del resto, y hay cosas que no concuerdan.

—Yo pensaba que intentaba contar cosas de maneras diferentes, por eso veía la cursiva como la resaltante, pero la que sí parece de un niño pensaba que era sus comentarios respecto a la situación.

—No. Es todo lo contrario. Él escribió encima de lo que escribió otra persona. Lo raro de esto es que no tiene un título este libro.

—Pensaba que era un diario, por eso le dije a mamá.

—Es un libro. Está escrito a mano. No son cosas que se le cuentan a un diario. Es más como pasos que se deben realizar.

—Entonces...

—Puede que los Yellowstone sí tenían un pasado oculto y querían esconder la verdad.

—Entonces ¿cómo podemos descubrir que eso sea cierto?
—Iremos a ver a Juan.
—¿Cuándo? Papá, deja el misterio. Nunca has sido así, tan cerrado.
—Es que esto lo cambia todo, Estephany.
—Debemos descubrir lo que hay detrás de todo esto.
—Pararemos si no hay más pistas, como te lo dije.
—Eres tú quien ahora quiere, papá.
—Me resulta interesante que diste en el clavo.
—Supongo que gracias.
—No hay de qué, hija.

—Al final, el diario que te mostró nuestra hija sí tenía cosas escritas, Esther. ¿Cómo no fuiste capaz de prestarle atención?

—Porque pensaba que estaba solo jugando, no creía que fuese verdad.

—¡Ella te lo mostró! Quizás esto nos ayude a entender qué sucedió en nuestra casa, amor. ¿No quieres saber qué le pasó a los Yellowstone?

—¿Qué pasa si lo sabemos? ¿Qué cambiaría? Ya sucedió, pasó hace muchos años. ¿Por qué te obsesionas como Estephany? ¿Acaso te importa?

—Eres pariente lejana de los Yellowstone, Esther, por esa razón conseguimos la casa. ¡Sabíamos que vendríamos a la casa donde desapareció ese niño!

—¿Y qué quieres que haga? ¡Esa parte de la familia estaba loca! ¿Crees que mi madre estaría orgullosa de que desvelara la verdad sobre la familia?

—¿Acaso estás admitiendo que tienen que ver con la desaparición de Tayler?

—¿Por qué te obsesionas? Tayler esto, los Yellowstone lo otro... ¡La señora Amilta te dijo eso! Es una vieja loca. Ella estaba enamorada de Manuel, pero él la dejó porque se obsesionó con Tayler y su desaparición le afectó tanto como para que esté diciendo un montón de mentiras. ¿Acusar a su propio primo? ¿No crees que está buscando un culpable en alguien inocente?

—No lo sé, Esther. No me interesa en lo más mínimo, pero nos dio una pista, y nuestra hija encontró algo que nos puede guiar hasta Tayler. ¿No crees que ayudaría muchísimo a una parte de tu familia saber qué le sucedió?

—Puede que sí. Pero mi mamá, Roberto...

—Nada, Esther. Necesitamos hacer esto por nuestra familia.

—¡No tienes nada que ver con ellos!

—¡Pero tú sí! Y eres mi esposa, por lo que debo involucrarme. No es posible que haya pasado tanto tiempo esta casa sola, para que ahora venga alguien y quiera volverla a ser lo que era hace veinte años.

—¡Quizás no quiera encontrar la respuesta, Roberto!

—¿Porque sabes que encontraremos algo que dañe la reputación de la maravillosa estrella en la que te convertiste?

—No quiero que nos perjudique. Sabes cuánto me ha costado cargar con esa historia. Hasta el momento, aún siguen preguntando qué le sucedió a ese niño. ¡Pero nunca lo conocí! Mi madre se separó del apellido Yellowstone cuando se casó con mi padre. Hizo lo imposible por quitárselo, pero lo hizo después de que yo naciera, por lo que, a pesar de que me lo hayan quitado cuando ella actualizó los documentos, existió cuando yo tenía ese apellido. ¡Y por eso todos los entrevistadores conocen mi segundo apellido!

—¡Debes estar también orgullosa por eso!

—No lo estoy. Fueron una gran familia. Ayudaron mucho a esta localidad, pero, luego de que desapareciera ese niño, todo se fue a la mierda, Roberto.

—Sé lo preocupada que debes de estar.

—No quiero que nosotros suframos también ese destino.

—No lo tendremos. Solo debemos desenredar este misterio.

—No quiero que nos suceda algo, Roberto.

—¿Cuántas veces debes decir eso, Esther? No sucederá nada, lo prometo.

—Tu hija se parece tanto a ti.

—Tal palo, tal astilla.

—Iguales. Entonces ¿cuándo irán a Monte Carmelo?

—Comenzando la semana, iremos todos allí.

—Perfecto, arreglaré un poco de ropa para ir.
—Gracias, amor, por confiar en mí.
—Nunca me has defraudado, y no creo que esta sea la primera vez que lo hagas.
—Te amo.
—Yo también te amo, señor Roberto.

—Hola.
—Hola, William, ¿cómo está? Es Roberto, el de la casa amarilla en Zorca.
—¡Hola, Roberto! Todo está bien. Cuénteme, ¿ha pasado algo con el porche nuevo?
—No, no, todo está perfecto. Nos ha encantado lo que hizo usted con sus muchachos en la casa. Pero la llamada es por otra cosa.
—¿Decidió pedir ayuda por su hija?
—Esta vez soy yo el que quiere pedirle un favor.
—¿En qué le puedo ayudar, señor Roberto?
—Te dije que no me dijeras *señor*, solo Roberto está bien. La cosa es que saldremos unos días hacia Monte Carmelo y necesitaba dejarle la llave en un lugar para que pueda usted luego entrar a la casa.
—Puede que la deje con Amilta, ella me la puede dar el lunes cuando llegue al barrio.
—¿Con Amilta? ¿Usted confía en ella?
—Claro, ¿por qué no confiaría en una vieja que cuida todo el barrio?
—Entiendo, pero ¿en serio no cree que sea raro?
—¿Raro qué, Roberto?
—Ella fue la que me dijo que fuera a Monte Carmelo a buscar a Juan.
—No se crea usted cosas, Roberto. No le va a pasar nada a la casa.
—Es que no tiene sentido que usted me recomiende dejarle la llave de mi casa a una señora que me dijo que fuera a Monte Carmelo a buscar a su primo para obtener información.
—Roberto, está imaginando fantasmas donde no los hay.

—Puede que tenga razón. Está bien, le dejaré la llave allá con Amilta.

—Perfecto. ¿En algo más le puedo ayudar, Roberto?

—¿Puede cuidar mi casa mientras no estamos?

—Claro, aunque no tengo más gallitos, así que no hay problema alguno en que yo le eche un ojo a su casota, Roberto.

—Gracias, William.

—No hay de qué, patrón.

—¿Qué le dije, William?

—Espérese, Roberto, una cosa es hablar como amigos, pero esto es trabajo. Le cobraré los días que tenga que cuidar la casa.

—No esperaba menos de usted, William.

—Es un favor, pero sabe que aquí todo es dinero. Hay que buscar cómo mantener a la familia.

—En eso tiene toda la razón. Pero allá le dejo la llave. Quedamos así. Que tenga un buen día, William.

—Y para usted, Roberto.

—¿Escuchaste todo?

—Claro. Una mujer precavida vigila a su marido.

—¿Crees que sea algo extraño que me dijera que le deje la llave con Amilta?

—Puede que estemos exagerando, pero la casa tiene cámaras. Quizás no se le ocurra robarnos algo.

—No hablo de que nos roben. ¿No crees que es extraño que la señora nos haya dado indicios sobre su primo y que pueda estar involucrado en la desaparición de un menor de edad, pero William confíe en ella para tener la llave de la casa?

—Como te digo, Roberto, puede que nos estemos mentalizando algo que no es. Puede que solo sea una buena vecina y ya.

—Algo no me está cuadrando.

—A mí también me huele a algo, pero hay que darle una oportunidad.

—Quizás tengas razón, pero ¿y si te quedas?

—¿Me quieres dejar en una casa que puede que esté embrujada?

—Esther, tú no crees en fantasmas.

—Cierto, pero no quiero quedarme en casa aburrida y sola mientras ustedes se van a divertir buscando a un prófugo de la justicia.

—Puedes tomarlo como trabajo de campo.

—¿Crees que esta historia me ayude a ser reportera?

—Más allá de ser comunicadora, siempre has querido alcanzar la televisión.

—Ya he estado allí, pero quiero ser más que eso.

—Bueno, deberías documentarlo.

—¿Revisaste el carro antes de salir?

—¡Claro! ¿Qué crees tú que soy, Esther? No soy un mal padre, claro que revisé los frenos, el aceite y la gasolina antes de salir. Y todo está perfecto.

—Lo pregunto porque recuerda que la vía a veces puede estar mojada.

—Recorrimos todo el país para venir hasta aquí, y fui yo el piloto.

—Claro, señor, porque ahora como manejamos toda la carretera nacional, somos los mejores.

—¿Por qué no dejan de pelear?

—No estamos peleando, mi amor. ¡Estamos teniendo una conversación de adultos!

—Bueno, yo casi soy una adulta.

—Eres apenas una adolescente que está aprendiendo del mundo, pero ¿sabes? Esto te servirá para la vida.

—Claro, estoy taaaan emocionada de conocer lo que me depara la vida cuando crezca.

—Sonó un poco irónico como lo dijiste, Estephy.

—No lo quise decir de esa manera.

—Son cuarenta minutos desde la casa hasta allá, pero quiero conocer un poco. No hemos salido lo suficiente.

—También tomaremos un descanso de la casa. Tanto aserrín y polvo que hay puede que nos haga daño.

—Por eso tomaré la ruta de la Troncal 1. Pararemos a desayunar en Táriba y llegaremos a Palmira para estirar un poco las piernas. Allí podemos conocer un poco. Puede que haya algo bonito por ver.

—¿En Táriba podemos comer algunos pasteles y masato?

—¿Cuánto tiempo tenemos sin probar el masato, Roberto?

—Hace años. Hace muchos años dejamos de intentar hacerlo en la casa y nos rendimos.

—Entonces ¿es una oportunidad de probarlo?

—Puede que sí, Estephy.

—Pero ¿por qué salimos tan tarde?

—Porque llamé a un conocido antes de salir de casa y nos quedaremos en una posada en Palmira, en Villa Chalet.

—¿No es un poco caro eso, papá?

—Tampoco es que nos vayamos a quedar una semana. Serán solo unos días mientras Juan aparece. O lo encontramos el primer día y los demás los disfrutamos.

—Está bien, aunque me da un poco de miedo que vayamos a esas horas por allá.

—Tú tranquila, Estephy. Tu padre tiene visión nocturna.

—No la tengo, pero sí tengo buenos ojos.

—Oh, qué maravilla... ¡Nos iremos rápidamente por un desguazadero!

—No exageres, hija. Tu padre no es el peor conductor.

—Señor, ¿tiene masato?

—Claro, mijo. Tenemos agua panela, masato, tizana, refresco o café, si desean.

—A mí me puede dar una agua panela. ¿Y de qué tiene pasteles?

—Tenemos de yuca, carne mechada, arroz con carne molida, queso, queso con piña, pizza... También tenemos empanadas: de pollo, mixta, carne mechada, queso y jamón. Además, tenemos papas rellenas.

—Bueno, ¿entonces decidiste cuál quieres, hija?

—Quiero probar la papa rellena y un pastel de yuca.

—¿Cuántos?

—Ah, ¿podemos pedir varios?

—Los que desees.

—Entonces dos papas y uno de yuca.

—Señor, deme cuatro papas rellenas, dos empanadas de pollo y dos pastelitos de carne mechada para la señora.

—¿Y de tomar?

—Ah, eso: una agua panela y dos masatos.

—¿Será con efectivo o tarjeta?

—¿Recibe algún envío por pago móvil?

—Claro. Aquí quien no se actualiza, pues no vende. Aquí tiene el número para que lo haga.

—Perfecto, aquí tiene.

—Gracias. Sí, ahí le llegó, mi hija. Oígame, ¿qué hacen tan tarde por esta vía?

—Vamos a Monte Carmelo.

—Pero ¿irán directamente para allá o tienen planeado quedarse en otra parte?

—Pensamos quedarnos en Villa Chalet.

—Perfecto. Traten de no pasar tan tarde por el puente de Monte Carmelo.

—¿Acaso roban o algo por allí?

—No, no, no. Ojalá fuesen ladrones, pero es algo peor.

—¿No me diga que es por algún fantasma?

—Bueno, ustedes son de ciudad, puede que no conozcan la historia del puente de Monte Carmelo.

—Puede que haya escuchado alguna vez algo sobre la tal Hortensia. Pero, a ver, hombre, eso es puro cuento viejo.

—Mire, señor, más sabe el diablo por diablo que por viejo. De igual manera, no pasen tan tarde. A la muchacha le gusta acompañar a la gente antes de llegar a ese puente. Es mejor que no se lleven ese mal gusto visitando por primera vez el pueblo.

—Para nada, señor. Es más, queremos conocerla e invitarle un café aquí en su negocio.

—Con los muertos no se juega, señor.

—Tampoco con los clientes. Así que usted tranquilícese, que mi familia y yo estamos para decidir en qué queremos creer.

—Allá usted, señora. Es mejor que salgan de aquí. Yo solo quería ser amable.

—Tranquilo, señor. Más bien, disculpe por la molestia.

—Perdóneme usted, señora. Ha sido arrogante de mi parte, pero cuídese usted y a su hija.

—Está usted disculpado, señor. Pero para la próxima, es mejor que omita cuentos de leyendas.

—Las leyendas existen por algo. Pero como dijo su marido, ustedes decidirán si creen o no.

—Bueno, ya todos comimos, bebimos, ahora solo quedan pocos minutos para llegar a la villa.

—¿Por qué ese hombre les habló del puente? ¿Y quién es Hortensia?

—Es una leyenda del Táchira. Alguien una vez habló sobre ese cuento.

—Pero las leyendas, según dicen, son parte fundamental del folclore de los lugares. ¿Por qué no creer en algo que representa parte de la esencia de un sitio?

—Porque nuestra familia nunca ha creído en leyendas.

—Puede que sea verdad. Pero cuéntame, ¿de qué va?

—Hortensia es un fantasma, según dicen, que acompaña a muchos antes de llegar a su casa. Justamente, bajando para entrar a Monte Carmelo, existe un puente. Es de allí que nace la leyenda. Pasando el puente, aún se encuentra la casa donde ella vivía. Dicen que ella detiene los carros antes de empezar a bajar hacia allí, por lo que muchos la recogen.

—¿Y qué sucede?

—Solo los acompaña hasta pasar el puente. Usualmente, dicen que les pide que paren en esa casa y desaparece.

—¿Y cómo saben que es un fantasma?

—La mayoría ha ido luego, al otro día, cuando hay sol, a visitarla o buscarla, pero siempre alguien les cuenta la historia de la chica.

—Pero ¿qué le sucedió a Hortensia?

—No lo sé. Es solo parte del cuento. Es su alma la que pena.

—Entonces ¿es otro misterio?

—Hija, bájale..., los fantasmas son solo cuentos que se inventa la gente.

—¿Y si alguien le hizo algo a la chica y por eso su espíritu quiere volver a casa?

—Entonces la montaremos en el carro y la llevaremos hasta su casa.

—Entonces ¿podemos hacerlo?

—Es ironía, Estephy. Tu padre te está gastando una broma.

—No deberías jugar con eso, papá. Es una mujer. Puede que le hayan hecho algo y nadie ha hecho nada para ayudarla.

—Estephany, ya vamos a buscar información sobre Tayler. No vamos a ayudar a todas las almas que nos consigamos en el camino.

—¿Y si quiero hacerlo?

—Cuando seas mayor podrás hacerlo. Pero, por los momentos, estás bajo mi cuidado. Y, por lo que concierne, tu madre y yo tomamos las decisiones sobre lo que harás en este preciso instante.

—Claro, porque ustedes son adultos y yo soy una tonta adolescente.

—¡Estephy!

—Mamá, él empezó.

—Es tu padre. Quizás tengas un poco de razón, pero aún eres pequeña. Puede que cuando crezcas puedas recorrer todo lo que quieras este estado y conocer su folclore. Pero es cierto, tomamos la decisión de buscar qué le sucedió a Tayler, por lo que no vamos a tomar otro misterio para resolver.

—Me gustaría poder ayudar.

—¡Ya lo estás haciendo! Otra cosa, hija... Lo siento.

—¿Por qué, mamá?

—No te presté atención cuando me mostraste el libro. Sí tenía cosas escritas, pero pensé que estabas mintiendo.

—Tranquila. Seguro papá te contó.

—Él me pidió que te pidiera disculpas. Fue mi error no confiar en ti.

—Luego del incidente no confías en mí.

—No quiero hablar de eso, hija.

—Es que debes superarlo. Pasó hace mucho tiempo.

—Una violación no se puede superar, Estephany. Casi te perdemos.

—¡Pero no lo hicieron! No me violaron.

—Ese tipo te tenía arrinconada, mi amor. Tuvo que haber sido muy fuerte para ti.

—¡No me importa, mamá! Seguí adelante. Eso pasó hace tiempo. Ya no quiero seguir recordándolo como lo haces tú. No soy una muñeca ni tan pequeña como para no defenderme ahora.

—Entonces ¿lo permitiste?

—¿Estás queriendo decir que lo permití?

—Disculpa... disculpa...

—No, disculpa madre. No tengo la culpa de que la sociedad esté acostumbrada a hacer lo que se les plazca. Si llevo falda, si llevo pantalón corto o algo pegado, eso es *mi* problema. *Es mi cuerpo* y merezco respeto.

—Estephy... ¡baja la voz!

—¡No, papá! Los hombres están acostumbrados a exhibir su cuerpo, pero ustedes no reciben acoso por mostrar si tienen buen cuerpo o si son panzones. Pero *nosotras* no podemos mostrar las tetas porque se nos morbosea.

—Los hombres también sufrimos acoso.

—¿Qué vas a decir? ¿Que las mujeres te acosan?

—Algunos hombres lo hacen.

—Entonces ¿estás queriendo decir que los homosexuales también te acosaron en algún momento?

—Bueno, no, pero...

—¡Pero nada, papá! Que sean gais y les gusten los hombres no quiere decir que no puedan verte el cuerpo. Pero lo que trato de decir es que, sin importar eso, *las mujeres deberían ser respetadas*. ¿Por qué ustedes sí pueden ir y meterle un puñetazo a alguien y defenderse, pero nosotras no? ¿Por qué nuestro cuerpo no está hecho como el de ustedes para protegerse?

—Este...

—No, padre. No se trata de orientación ni nada. Se trata de *valores* y de cómo se educa a la gente. Estoy cansada de que nos echen la culpa. ¿Cuántos niños también han sido víctimas de abuso y qué dicen? «Es que era muy afeminado y se lo buscó». Ellos también son víctimas. *Y nuestra sociedad debería haberlos protegido*. A mí o a quien sea. Pero nadie hace nada.

—¡Estephany, ya por favor! ¡Basta!
—¡Claro! La loca se debe de callar.
—No estás loca. Pero es suficiente. Explicaste tu punto, y está bien.
—A veces me gustaría que las cosas fueran diferentes.
—Entonces estudia para que las cosas sean así.
—Eso es lo que trato de hacer.

—Mira, ya hemos llegado a la villa.
—Entonces ¿este es el chalet en el que nos quedaremos?
—Por favor, Esthephy, no hagas comentarios irónicos.
—No lo haré, madre. Ya dije todo lo que tenía que decir y me siento bien con eso.
—Eres una pequeña valiente.
—Saldré de esto, mamá, pero no lo recuerdes más.
—Trataré de no hacerlo, y discúlpame por, sin intención, querer culparte.
—No pasa nada.

—Señor Roberto, buenas tardes. Hemos recibido su llamada, y la cabaña que les corresponde es la número ocho. Síganme por aquí, señora Esther.

—¿Y mi marido no vendrá con nosotros?
—Él deberá firmar los documentos antes, por lo que le recomiendo que me siga. Luego, alguien lo traerá hasta su lugar de descanso.
—Gracias, pero ¿eso no se hace antes?
—Son nuestras normativas.
—Protocolos.
—Exacto. Y tú debes de ser Esthephy.
—Obvio que lo soy. No hay más niñas aquí.
—Pocas veces me han contestado de esa manera, pero es un placer. Soy Esteban, y seré su ayudante mientras estén en nuestra villa.
—Gracias, Esteban.
—Esta es su cabaña, señora Esther. Aquí tiene la llave. En la cocina hay un obsequio de bienvenida. El gas y la electricidad vienen

incluidos en el pago, por lo que no deberán preocuparse por eso.

—Eso espero, ya que todo está bastante caro.

—Lo importante es que les guste y se relajen. Tengo entendido que irán a Monte Carmelo.

—¿Acaso aquí indagan todo sobre nosotros?

—No todo, pero sí lo mencionó el señor Roberto cuando realizó la petición de nuestros servicios.

—Vale, pero no vaya por ahí diciéndoles a todos adónde vamos.

—Para nada, señora Esther.

—Esteban, cuéntame una cosa, ¿usted cree en fantasmas?

—Claro. En Palmira tenemos muchas leyendas de nuestro folclore y, puede que tengamos el cementerio más embrujado del estado.

—No lo creo, pero cuéntame.

—Es muy tarde para eso, Esthephy.

—Discúlpeme mi preocupación por enseñarle algo nuevo a la niña.

—Perdóneme usted, Esteban, pero preferimos esperar a mi marido aquí, nosotras solas.

—Perdón, señora. Me retiro. En la pared, junto a la cama principal, tienen un botón para llamar a recepción. Cualquier cosa, solo presionen y alguien vendrá a su servicio.

—Gracias, Esteban.

—Con permiso.

—¿Por qué tardaste tanto, Roberto? Ese Esteban me dio miedo.

—Tranquila, no pasa nada. Recuerda que en San Cristóbal es muy diferente que en Caracas. Tenía que registrarnos a los tres antes, pero no lo dejaron hacer por teléfono. Por eso fue que me tardé.

—¿Está bien? Pero mira, ¿por qué les dijiste que íbamos a Monte Carmelo?

—Ah, salió de imprevisto. Preguntó cómo llegar a la casa de Juan.

—O sea, que les dijiste por qué estábamos aquí.

—¡No! Solo estaba preguntando, como suposición, cómo llegar a esa dirección para comprar miel.

—Entonces ¿aquí hacen miel?

—Qué sé yo, Esther, pero me dijeron cómo llegar mejor de lo que nos dijo Amilta.

—Entonces mañana saldremos temprano para allá.

—Papá, el señor Esteban...

—No lo digas, Esthephy. Papá no quiere saber más sobre historias de fantasmas.

—No, Esthephany, no necesitamos más de eso por el momento. Amor, ¿podrías hacer algo de cena con lo que trajimos de la casa? Quiero comer y acostarme.

—¿Pasamos toda la tarde viendo paisajes para irnos a dormir de una vez?

—¿No estás cansada luego de caminar por ahí?

—Estuvo bonito, pero sí, los pies me duelen.

—Entonces báñate y acuéstate a dormir. La otra cama está en el cuarto al fondo.

—Este chalet es enorme, pero no más que nuestra casa.

—Así es, al parecer.

—Oye, Roberto, no me parece que ellos sepan que vamos a Monte Carmelo.

—No pasa nada, Esther. Necesitaba que nos ayudasen a conseguir bien la dirección. Además, no creo que nadie nos siga cuando vayamos para allá.

—Sí, pero si es que queríamos saber algo sobre lo que le sucedió a Tayler Yellowstone, puede que Juan no esté cuando vayamos.

—No lo pensé de esa manera.

—Ahora espera que esté el pendejo ese cuando vayamos mañana.

—No se me da bien ser detective.

—¿Y por qué no estrenamos el chalet, señor detective, ahora que la niña debe de estar bañándose?

—Uy, señora Esther, habrá que aprovechar el tiempo.

—¿No te imaginas lo desesperado que puede llegar a estar uno mismo buscando a su hijo?

—¿Por qué lo dices, amor? ¿Acaso es por lo de la búsqueda de Tayler?

—Lo que trato de decir es que si fuese Esthephy quien hubiese desaparecido, ¿no estarías así de tranquilo?

—¿De qué manera?

—Tan relajado, como si solo fuera un chiste.

—No es un chiste. Si fuera nuestra hija, claro que movería cielo y tierra para encontrarla y hacer pagar a quien sea que la tuviese.

—¡De eso hablo! Si fuera nuestra niña, hubiéramos movido mares y cielo para hallarla. Pero ellos..., ellos también lo hicieron. ¿Qué fue diferente? ¿Por qué no lograron encontrarlo?

—¿La policía en esos años no era como ahora, supongo?

—¡No, Roberto! La policía de antes, y más en esos años, hacía más que lo que ahora hacen. No creo que haya sido solo casualidad del destino que el niño desapareciera así, sin dejar ninguna pista. ¡Puede que haya pistas! Quizás las cosas extrañas que el chico escribió en ese libro tengan que ver con lo que le sucedió.

—Claro... lo dice quien no creyó en Estephy cuando le mostró el libro.

—Olvídalo, Roberto. Solo estoy preocupada.

—¿Preocupada por qué?

—Estás buscando pistas donde nadie más miró hace veinte años. ¡Puede que descubramos algo que no debía encontrarse!

—Y ahora que estoy involucrado y le creo a mi hija, ¿quieres que vaya y le diga que dejaremos todo hasta allí?

—No se trata de eso. Solo que antes no lo hubieras hecho.

—Cometí un error con Estephany hace tiempo y no permitiría volverla a dejar sola.

—¿No lo has superado? Ya ha pasado tiempo, Roberto. Ella está bien.

—Sí, pero ese maldito posiblemente ya esté en las calles.

—Ya lo hablamos, amor. Estamos a muchos kilómetros de lo que antes fue nuestra casa. Lo más probable es que, si volvió, no encuentre a nadie allí otra vez.

—Ese maldito.

—Oíste lo que dijo el juez. No podemos hacer nada más.

—Claro, porque no fue su hija la que tuvo que pasar por un trauma así en su vida.

—Pero eso es todo. Pasó, y ya está solucionado. La enviamos a los que consideramos los mejores especialistas para ayudarla a

superarlo, y lo lograron. Estuvo en tratamiento hasta que ya no fue necesario.

—Lo sé, pero no por eso dejaré de estar preocupado toda mi vida por ella.

—Y lo entiendo. Eres su padre y quieres lo mejor para ella.

—Gracias por entenderlo.

—¡Ya es de día, despierten!

Trajeron el desayuno y estuvieron tocando fuerte la puerta, así que los dejé pasar.

—¿A quién dejaste entrar, Estephy?

—Al señor Esteban. Venía acompañado de una chica, su nombre creo que era Laura.

—¿Y por qué no nos despertaste cuando entraron?

—Estuve gritando fuerte, pero ninguno se dignó a abrir la puerta, y por eso les permití entrar. ¿Acaso tenemos que desconfiar del personal de la villa?

—Pues no deberíamos, pero tenías que esperar a que nosotros nos despertáramos.

—Bueno, eso intenté hacer, pero insistieron en que era parte de la bondad de ellos ofrecer un desayuno de cortesía.

—Bueno, espero que sea algo rico.

—Arepas, refresco, café y algunos panes dejaron. Yo ya desayuné, me iré a arreglar para que ustedes puedan comer tranquilos.

—Espera, Estephy, ¿te dijeron algo más antes de irse?

—Ah, dejaron una carta para ti, papá.

—¿Una carta?

—Supuestamente alguien llamó muy temprano para dejarte un recado. Al parecer es alguien que te conoce bien.

—¿Cómo que alguien? Las únicas personas que sabrían dónde estaría son William, la señora Aminta y Carolina.

—¿No crees que esas viejas locas nos hayan enviado un recado?

—No lo creo.

—¿Acaso le dijiste algo a William?

—Él fue el que me recomendó que viniéramos a este lugar. Puede que algo se le haya pasado de la olla y se lo dijera a las Saavedra.

—No creo que un hombre como él se ponga con estos cuentos, mejor ábrela para saber qué fue lo que ocurrió.

—Vale, amor. ¿Estephy, no ibas a cambiarte?

—Si es una carta de nuestro maestro de obra hablándote para darnos alguna información acerca del niño, creo que es importante que me quede.

—Lo que quieras. Igual, cuando terminemos, saldremos hacia Monte Carmelo.

—Perfecto, entonces escucho...

«Mire, Roberto.

Lo llamé varias veces en la noche, pero nadie cogió el teléfono. Me acordé que tenía el número de Esteban, por lo que le dije que quería dejarle un mensaje. Puede que se lo escriba en una hoja o qué sé yo.

Hablé con Juan anoche, y está dispuesto a colaborar para contarles sobre lo ocurrido en la casa, pero eso sí: les comento que doña Aminta fue la que lo llamó antes para mencionarle que ustedes iban, por lo que me agarró de sorpresa la noticia.

Le comenté que ustedes eran mis patronos y que podía confiar sin ningún problema, que solo querían saber qué había pasado en la casa amarilla.

Bueno, espero que tengan un buen descanso, y no le presten atención a los espantos del pueblo. Palmira está llena de muchos misterios»

—Algo no está teniendo sentido aquí. Te lo dije, Roberto, esto es muy extraño.

—¿Pero qué querrá William de todo esto?

—¿Puede que esté ayudando a encubrir algo?

—Puede que ni tenga la menor idea de esto. Pero miren, dejen de pensar las peores cosas. Vinimos también a relajarnos.

Busqué en Google sobre Monte Carmelo y aparte de todas las cosas misteriosas que tiene Palmira, también menciona que tiene vistas muy hermosas.

—Entonces, terminen de comer y vamos hacia allá.

—Hija, calma. Tenemos todo el día para ir, y si no alcanza, tenemos cuatro días más.

—Claro, pequeña, no hay apuro por ir. Pero mejor ve a arreglarte mientras nosotros comemos.

—Está bien, me pondré el conjunto rosa.

—Ese te queda precioso, mi niña.

—Gracias, ma.

—Tomaremos la vía que nos dijo Aminta y que William me corrigió. Bajaremos hacia el puente de Hortensia y subiremos hasta llegar a la casa de Juan.

—¿Ahora le dirás puente de Hortensia?

—Bueno, es que no tiene puente, solo se llama el puente de Monte Carmelo, y es el único que conecta el pueblo con Palmira. Por eso también es importante.

—Ándale, amor, sigamos.

—Disfruten de las vistas hasta llegar.

—Desde aquí se ve el puente, pareciera que estuviese muy cerca, pero queda allá abajo, papá.

—Sí, justamente en esta entrada es que cuentan que la chica aparece en la noche y le pide un aventon a los que intentan bajar a Monte Carmelo a altas horas. Pero bueno, qué va, es de día, nos perderemos el *show*.

—¡Ja! ¡Qué gracioso! A quien le van a jalar las patas es a ti, Roberto, por cagao.

—¿Ah, me estás diciendo miedoso? Vamos a ver quién se caga más entonces.

—Entonces ¿harán un trato? Yo opino que esperemos hasta tarde para bajar de la casa de Juan al chalet y veamos qué sucede.

—Hija, la tal Hortensia se aparece en la bajada de la principal para acá, no al revés.

—¿Y tú qué sabes, miedoso? Estephy, tu papá es muy miedoso como para hacerlo. Olvídate, no lo hará.

—¿Es en serio, papá? ¿Dejarás que mamá gane?

—¿Saben qué? Para que vean que no soy ningún miedoso, lo haremos... Pero, eso sí, solo si Juan nos tiene entretenidos hasta tarde.

—De eso no te preocupes, amor, yo soy buena conversadora.

—Ja, ja, ja. La mejor.

Pasando por el puente, Esthephany miró hacia una casa que quedaba justo después. Estaba cubierta de enredaderas, bastante acabada por el tiempo y con muchos grafitis en las paredes.

—¿Por qué la gente deja perder las casas?

—¡Porque cuesta, hija!

—Ojalá esa chica un día llegue a casa de verdad.

—¿Puede que haya muerto en otro lado y por eso es que pide que se le regrese a casa?

—¿Tú lo crees? ¿En dónde estarán sus restos?

—No tengo la menor idea. Según la leyenda, no dice nada más que fue un accidente, pero lo que no se sabe es dónde quedaron sus restos.

—Pobre chica.

—Pobre de quien la montó la primera vez y fue a buscarla, como lo dice Gustavo en el relato.

—¡Válgame Dios! ¿Cómo hizo esa mujer para buscar a todas esas personas y escribir tantas historias?

—Se le llama dedicación, amor. ¡Algo que tú y yo hemos logrado con nuestros logros!

—Y estoy orgullosa de eso, pero *icónchale!*, hablamos de una señora que perdió la vista y aun así sacó muchísimos libros, aprendió braille y, con mucha fuerza, se convirtió en una de las escritoras más grandes y reconocidas en Táchira. Claro que es importante, porque cuando una mujer lo hace, los hombres tiemblan.

—Temblamos, porque ¿cómo vamos a permitir que una mujer nos supere en algo?

—¡Cállate tú antes que te meta un trancazo! Tú no le hagas caso a tu papá, solo me quiere joder porque yo soy un poco como ella.

—¿Hablas de ciega? ¿Por qué te casaste conmigo, pues?

—¿Acaso eres mocho? ¿Te falta algo? ¿Te vas a morir? ¡Deja de decir estupideces y mira el camino! Ve que viene otro carro ahí, alzando las luces. Baja la velocidad, a ver qué es lo que quiere.

—Buenas tardes, señor. ¿Es usted de por acá?

—No, para nada. Ando de visita.

—¿Y eso? ¿A quién viene a ver?

—A la familia Saavedra. ¿Los conoce?

—Juancito, ese hombre tiene más amigos que la Virgen de Coromoto. Mire, usted váyase derecho por el camino. Cuando llegue a la ye, siga derecho, y luego del hueco conseguirá la casa en toda la mitad de la carretera. Es mejor que grite para que le abran el portón. Ese lo tienen amarrado con mecate, pero antes que lo muerda Thor, mejor no entren. Bueno, los dejo para que sigan con su familia.

—Gracias, señor.

—No hay de qué.

—Bueno..., pueblo pequeño, infierno grande.

—¡Qué va! Eso es así en todas partes.

—Más en estas partes, Roberto, donde todas las personas se conocen. Le hubieses preguntado a ese señor acerca de la casa amarilla.

—Entonces ¿vamos a ir gritando por ahí qué pasó en nuestra casa?

—Bueno, tampoco así. ¿Quién va a saber que somos los dueños?

—Mamá, es bastante obvio que creerán que somos los dueños.

—En eso tienen razón. Bueno, allí está la ye, sigue derecho.

—Entonces esta es la casa de Juan Saavedra. Pues no le ha ido mal en la vida.

—O quizás le pagaron por el silencio o vendió al niño y le guardaron el dinero desde los ochenta.

—¡Cállate, Esther! Mejor quédate, iré yo a llamar.

—¡Buenas tardes!

—¿Usted debe de ser Roberto Arias?

—¿Y usted seguro que es Juan Saavedra?

—¡Claro, a su servicio! Deja que guarde al perro para que puedan entrar.

—Le espero acá.

—¡Que pase, hombre! Sáquele el amarre al portón y solo empújelo para que abra.

—Bueno, pero ¿entro el carro o lo dejo afuera?

—¿Ustedes vienen de paso o a hablar?

—Entenderé eso como un sí. Pase el carro.

—¿Qué fue lo que dijo, señor Roberto? Entre el carro antes que venga otro y no lo deje pasar.

—Claro, claro... —refunfuñó Roberto para sus adentros.

—Siéntense. ¿Quieren una taza de café? ¿Con leche? ¿Oscuro?

—A mí me das uno con leche, claro, mejor.

—Para la pequeña, como mande. Y ustedes, señores, ¿oscuro?

—Claro. Poco azúcar.

—Ya se los preparo. Mi mujer, antes de irse, dejó una jarra montada. ¿Les gusta el pan de leche? También tengo lenguas, por si quieren comer algo dulce.

—Lo que a usted le parezca, señor Juan.

Luego de servir en la mesa el café en un plato pequeño, junto a una rebanada de pan, se sentó.

—A ver, ¿qué les trae por acá?

—Bueno, señor Juan, antes que nada déjeme presentarme. Soy Roberto Arias, y ella es mi esposa, Esther Navarro.

—¿Y la pequeña?

—Ah, ella es Esthephy, nuestra hija.

—¿Cuántos años tienes, pequeña?

—Tengo doce años. Pronto cumpliré los trece.

—Mira, excelente. Bueno, cuando necesiten carne para la parrilla, en unos meses sacrificaré una res, por si quieren obtenerla a mejor precio que en el mercado.

—Gracias, Juan. Pero también lo que nos trae es hablar sobre los Amarillos, así le dice la señora Aminta a los que vivieron en la casa que ahora vivimos nosotros.

—Ah, los Yellowstone. Seguro mi prima les contó qué fue lo que pasó bajo sus ojos. Pero la verdad es que fue algo que venía de esperarse.

—¿Cómo así, Juan?

—La señora Claret era la que mandaba en esa casa. El marido, ese pobre diablo, nunca estaba en el hogar, solo aparecía cuando el dinero les llegaba. Mientras tanto, esos niños quedaban solos con esa loca.

—¿Usted sabe algo sobre el señor Yellowstone?

—Lo que sé sobre Dionisio Yellowstone fue que vino de la guerra con mucho dinero y montó esa gran casota allí. Antes de mudarse a la nueva casa, vivían en la principal, donde mi mamá. Por eso fue que me hice amigo de Tayler. Aunque también me llegó a caer bien Manuel, cuando salía con Aminta. Pero luego de que desapareció, ellos dejaron de frecuentar.

—Pero venga, Juan, ¿qué le pasó a Tayler?

—Yo era un pequeño, teníamos casi la misma edad. Los recuerdos que quedaron en mi mente son los mismos que cualquiera más pudiera tener. Tampoco es que soy un anciano, pero ha pasado muchísimo tiempo.

—Pero ¿esas cosas nunca se olvidan, señor Juan?

—Pequeña, ¿te acuerdas cuando tus padres te cambiaban los pañales?

—¡Tampoco así, Juan! No se meta con la niña. Ella fue la que encontró este cuaderno. ¿Usted tiene algún recuerdo de esto?

Le dio el libro para que lo examinara.

—Tayler siempre andaba con eso para todas partes. Cuando ellos llegaron a la casa de mi mamá, sabíamos que se mudarían a la casa que estaban construyendo cerca de Aminta. Pero no le presté atención. Era solo un pelao en ese tiempo, no tenía ni idea. Pero Tayler era muy bueno, y me llegó a mostrar justamente esta página: la ochenta y ocho.

—¿Y qué dice allí?

—Cuando él me la mostró, apenas le habían dado el libro. Pero nunca me dijo quién fue. Solo que lo sacó del cuarto de sus padres.

—¿Y por qué lo sacaría del cuarto de ellos?

—Ahí sí no sabría qué decirles... Cuando Aminta me llamó y me comentó sobre ustedes, que estaban buscando el paradero del niño, créanme: yo también hice lo que pude.

—¿Tú estuviste cuando sucedió? ¿Qué fue lo que vieron?

—La luz se apagó de repente y él desapareció.

—¿Solo eso?

—Bueno, es lo que he contado durante todos estos años. Aminta ese día se volvió loca. Ella fue la que subió desesperada, metiendo

gritos, y volteó todas las cosas buscando desesperadamente a Tayler.

—Entonces ¿las cosas no estaban ya así cuando ella entró?

—No, para nada. Las cosas estaban ordenadas. Tayler siempre intentaba mantener todo en su lugar, y justamente ese día nos estaba regañando para que no tocáramos nada, porque si no su mamá le pegaría. Por eso decidimos jugar en el suelo. Solo movimos la cama hacia la pared para poder tener espacio para jugar.

—Entonces Aminta fue quien dejó todo patas arriba el lugar.

—Empezó a gritar como loca. Nosotros gritamos cuando no encontramos a Tayler, pero en eso, ella, como alma que lleva el diablo, subió las escaleras desesperada y entró en la habitación. Yo estaba en el pasillo esperándola cuando me tiró al suelo y se metió al cuarto. Empezó a mover todo para conseguirlo, y cuando no dio con nada, salió corriendo a la casa.

—Entonces ¿tu prima fue quien avisó a la señora Claret Yellowstone?

—Fuimos los que estábamos allí. Los otros dos, José y Miguel, se quedaron paralizados. Eran los que estaban más cerca de Tayler. Yo estaba camino al baño cuando se apagaron las luces.

—Pero ¿no llegaron a escuchar nada?

—Claro, se oyó un grito. Pensamos que Tayler estaba jugando. Es algo normal que, cuando se va la luz, la gente grite, así que no nos pareció extraño. Pero sí sentí un ventarrón cuando volvió la luz.

—¿Y el niño ya no estaba?

—Lo buscamos por todas partes. Inclusive intenté hallar ese cuaderno. Pensé que Tayler lo había vuelto su diario, pero al parecer tu hija lo encontró antes que yo.

—¿Usted ha vuelto a la casa?

—Intenté hacerlo, pero mi mamá me lo prohibió. Ella creía que en esa casa estaba el diablo. A todos los que jugábamos con los Yellowstone nos alejaron de ese lugar.

—Entonces ¿creen ustedes en los fantasmas?

—Mira, Roberto... yo, de creer, creo. Puede que no tanto como otros, pero de que vuelan, vuelan.

—¿Usted llegó a tener hijos, Juan?

—Bueno, mi mujer ya tenía dos cuando yo la conocí. Les di el apellido y son como mis hijos.

—¿Hicieron todo ese trámite? Debió haber costado bastante.

—Bueno, la señora Claret se enteró por Aminta, porque estaba haciendo unas rifas para conseguir el dinero. Pero créanme, Roberto y señora Esther, después de lo que le pasó a Tayler, prometí que no perdería de vista a los míos.

—En eso tiene razón, Juan. Pero, dígame, ¿no sucedió algo más? ¿No sabe nada sobre esa Claret Yellowstone?

—Tayler nos contaba que cada jueves lo encerraban en un cuarto, pero, además de eso raro, fue una mujer perfecta hasta que falleció.

—¿Ellos siguieron viviendo en esa casa?

—Hasta que murieron ella y el señor. Me acuerdo que yo aún vivía con mi mamá. Cuando nos dieron la noticia, mi mamá me mandó para acá. Mi tío tenía esta casa abandonada desde hace tiempo y me la dio para mudarme con Teresa.

—¿Me imagino que esa es su mujer?

—Claro. Ella era del barrio. Estábamos bien. Y para terminarles de contar, la señora Yellowstone me llamó por teléfono a casa de mi mamá y me dijo que pagaría los papeles para darles mi apellido a los niños, pero que yo tenía que irme de allí si quería estar a salvo.

—¿Y eso no te dio terror o algo?

—A ver, la señora quiso ayudarme con mis hijas y me pidió solo eso: que me fuera de allí. Así que habló con mi mamá. Conversaron sobre lo que había pasado otra vez y le propuso que lo mejor era no estar allí mientras la policía buscaba el paradero del niño. Ella pensaba que los otros y yo estábamos jugando a tener escondido a Tayler. Pero cuando se demostró que no fue así, ayudó a cada uno.

—¿No cree usted que estaba intentando comprar su silencio?

—Algo cambió en ella. Nunca asistía a misa, siempre estaba en su pórtico echándose aire, como esas mujeres de alta clase, con su hermosa ropa blanca. Pero de allí a otra cosa, nunca lo vi. Puede que mi mamá sepa algo más sobre ella, pero, además, yo era un pelao cuando me fui de allí.

—¿Usted cuántos años tenía cuando se mudó para acá?

—Cuando pasó eso, yo empecé a salir con Teresa, tenía como diez años, y ella era mayor que yo, ya estaba por los dieciséis. Lo bueno es que siempre fue grande, así que le había mentado con mi edad. Cuando se enteró de que yo era menor que ella, se echó para atrás, pero logré enamorarla otra vez. En ese tiempo que íbamos y veníamos, que no sabíamos si íbamos a estar o no, salió preñada de gemelas. Y bueno, decidimos que nos iríamos con todo, porque el maldito que la preñó se desapareció.

—¿Usted lo conoció?

—Claro. Fue el estúpido de Manuel Yellowstone.

—¿No cree usted que la señora Yellowstone tenía todas las razones para alejarlo de ellos?

—Mierda. claro. Teresa había quedado embarazada de Manuel. Por esa razón nos mandó lejos. Mamá me lo dijo, pero no la creí. Pensaba que Manuel no le hubiese echado el ojo a Teresa. No es que sea fea, pero Manuel, Manuelito, sabía que estaba con Aminta, pero la dejó. Pensé que se había metido a pato. Siempre fue elegante y tenía buen físico.

—¿Y eso qué tiene que ver? Señor Juan, ya hemos tenido bastantes problemas con las conversaciones impertinentes hacia otras personas.

—Lo siento. No quise decir nada. Tengo familia que lo es y los respeto, pero hablo de que Manuel era gay. Tuve amigos que estuvieron con él en esa época.

—¿Por eso no cree que Teresa haya estado con él? Bueno, hay muchas personas que lo hacen por experimentar. Puede que haya sido solo eso.

—Vale, pero eso fue el pasado. Mis hijas ya crecieron y, bueno, ya son mujeres.

—Entonces no hay nada extraño.

—Supongo que sí. Tayler desapareció frente a nosotros y no lo encontramos. Duramos años buscándolo. Los Yellowstone perdieron parte de su dinero en eso. Le pagaron a quien fuese que supiera algo sobre el paradero del niño, pero nada. ¿Saben qué es eso?

—¿No cree que algo se lo haya llevado?

—Puede que sí, pero ¿por qué con nosotros allí? Tenía a otros tres que llevarse y no nos hizo nada.

—Puede que él era el que estaba destinado a ser buscado.

—No lo sé, Juan.

—¿Quieren quedarse un poco más?

—Ya se está oscureciendo, Juan. Mire que estas dos quieren conocer a Hortensia.

—¿La de la casa pasando el puente? ¡Roberto, no juegue con los fantasmas! Los muertos están muertos y no tienen idea de que están en otro plano. No se meta con eso, que si no los van a asustar.

—Ay, lo siento por interrumpirlos, señor Juan. Le hice un trato a mi esposo para ver lo gallina que es, y usted lo alienta para que no sea un hombre. ¿Qué cree, que mi hija vea a su padre aceptar que existen los fantasmas?

—Señora Esther, perdóneme usted a mí que no la involucremos. No sé si existen los fantasmas o esas cosas, pero no jueguen con Hortensia. Esa pobre muchacha murió trágicamente y nunca volvió a casa. No la dañen.

—No lo haremos. Solo queremos ver si es verdad.

—Pequeña, si la llegan a ver, no le hablen. Y nunca, por lo que más quieran, no le digan qué fue lo que le sucedió.

—Bueno, Juan, muchísimas gracias por compartir sus cosas. Disculpa si lo molestamos.

—Si siguen buscando el paradero de Tayler, llamen. Las puertas están abiertas para ustedes.

—Gracias, Juan. Feliz noche.

—Con cuidado cuando bajen la loma. Bajen lento, con las luces en medio.

—Perfecto.

CAPÍTULO IV

LA CHICA DEL PUENTE

Todo estaba sereno. Ya se dirigían lentamente hacia el Chalé, en Palmita, por lo que les había dicho Juan. Lo habían tomado bastante en cuenta y fueron despacio por la vía vieja para poder llegar a la principal.

El coche golpeó una piedra y se apagó en el camino luego de pasar la ye, por lo que Roberto se bajó del carro para ver qué había sucedido. Encendió las luces de emergencia que tenía cerca para esos casos y las puso encima del carro para que otros los pudieran ver. Una luz a la lejanía titilaba muy vagamente y Esther lo llamó:

—Roberto, creo que viene un carro hacia acá. ¿Ya viste qué fue lo que le sucedió al coche?

—Todo está bien... Qué cosa más extraña —respondió él.

Arrancó el coche sin ningún problema y siguió en dirección de aquella luz.

—Puede que sea una moto que viene. Normalmente esta gente de por acá tiene sus motos para movilizarse mejor.

—¡Bendecidos ellos, que viven con emoción!

—¡Yo también vivo con emoción! ¡Estamos en camino al encuentro de un espíritu!

—¡Cállate, estúpido! Que si me aparece un espanto por acá, me lanzo por la ventana.

—¿Y me vas a dejar aquí con esta gallina?

—¡Stephy, más respeto, por favor!

—Papá, la luz se apagó. ¿No crees que más bien nos van a robar?

—No creo que esta gente por acá sea de esas, Stephy.

—Bueno, entonces enciende las farolas más altas, amor.

—A ver... no veo nada.

—¡Cállate, estúpido! Me estás empezando a asustar.

—Ma —la voz le temblaba a Estephany antes de que Esther la interrumpiera.

—¿Tú también la ves?

—¡Mamáááá! —gritó Estephany hacia adentro, evitando asustar a su papá.

—Yo también la veo.

Una hermosa joven miraba directamente al coche mientras se acercaban adonde ella estaba. La luz reflejaba un cuerpo bastante delgado, con un cabello hermosamente largo que le llegaba hasta las rodillas, y se lo echó hacia atrás para decirles algo.

—Hola, buenas noches.

Esther fue la que la tenía de frente y, titubeando, le respondió:

—Hola, buenas noches, señorita.

—¿Me pueden llevar?

Esther miró a Roberto con los ojos llenos de lágrimas. Roberto no respondía, y de un salto Estephany intervino:

—Hola, Hortensia. ¡Claro que te llevamos! ¿Hacia dónde vas?

Roberto y Esther se miraron nuevamente, como si un silencio de muerte les negara pronunciar palabras.

—Hola, pequeña. Justamente voy de vuelta a casa. ¿Conocen dónde queda el puente de Monte Carmelo?

—Nosotros nos dirigimos a Palmira, podemos llevarte sin problema

—dijo Roberto, pensando que todo era una broma y decidió romper el silencio.

—Gracias, señor.

—Tranquila, sube.

Gentilmente, Estephany abrió la puerta y se movió para darle espacio a la chica para montarse. Cuando entró, les dio las gracias.

—¿Cómo conocen mi nombre? —les preguntó, con una extraña incertidumbre.

—Mucha gente te conoce, justamente estaba donde los Saavedra...

—Ah, la casa esa está abandonada.

—Bueno, ahora vive un señor allí, puede que sea familia de ellos.

—Hace tiempo que no subo hasta por allá, puede que hayan heredado o quién sabe. Tengo tanto tiempo sin salir.

—¿Y qué haces por estos lados tan tarde, Hortensia? —preguntó Estephany.

—Ah, como sabes mi nombre, ¿debo saber el tuyo?

—Soy Estephy. Él es Roberto, y la mujer asustada, Esther. Son mis padres.

—¡Estephany! Claro que no estoy asustada, solo es bastante raro que una chica tan hermosa esté sola por esos lados. —Hizo una pausa y preguntó— ¿Tenías alguna luz encendida?

—Sí, tenía un farol de aceite, pero se me acabó y, como no veía nada, se me cayó. Por eso pudieron verme.

—Claro, vimos cómo titilaba —susurró Esther para sus adentros, conteniendo sus palabras—.

—Claro, pudieron verme por eso, gracias a que ese chico...

El camino se fue volviendo cada vez más largo mientras seguían avanzando. Roberto comenzó a sudar frío; no pensaba que había subido tanto camino para llegar a donde Juan. Pensaba que sería más rápido bajando.

—Hortensia, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro, niña, dime, ¿qué sucede?

—¿Qué fue lo que te pasó?

La chica se giró hacia ella como si hubiera mencionado algo malo.

—Estephy... deja a Hortensia tranquila.

—No hay problema, puede preguntar.

—Entonces cuéntanos, Hortensia, ¿por qué estabas allí esperando?

—Venía en coche con un chico del bar, y...

Una neblina apareció tras una fuerte corriente de aire que entró por las ventanillas del coche como si lo estuvieran empujando. El vehículo inmediatamente se enfrió, como si estuvieran en una Mesa de Aura. Aunque Roberto podía ver a destellos cortos las luces del pueblo arriba, el coche, a pesar de que aceleraba, no se movía.

—Usualmente me recogen bajando hacia mi casa, pero esta vez él me dejó aquí.

—¿Quién era ese hombre?

—No recuerdo su cara, solo íbamos en el coche y un destello gigante apareció... y apareció aquí.

—¿Normalmente te sucede eso?

—Cuando me levanté estaba justamente donde me recogieron, pero antes había estado a un par de metros metida en el monte. Gracias a Dios tenía cerillos en el bolsillo.

—¿De dónde la sacaste la farola?

—¿Cuál farola?

—Tranquila, Hortensia. ¿Crees que estemos cerca de tu casa?

El coche, como si nada, siguió andando, y la chica señaló con su mano hacia una casa:

—Allí es. Es la casa que está antes del puente.

La piel de todos se erizó en ese momento, como si lo que acababa de mencionar les hubiera ruborizado todo el ser. Roberto se mordió la lengua, pero dijo:

—Tranquila, allí puedo parar y dejarte.

—Muchas gracias a todos, fue un gusto haberlos conocido.

La chica se acercó al coche luego de bajarse y le entregó los fósforos a Roberto.

—Tranquila, debes quedártelos para prender el fogón y no pases frío.

—Allí no hace frío, es cálido. Solo a veces se escucha un ruido muy estruendoso, como si dos carros colisionaran, pero por lo demás, todo está bien.

—Hortensia, tu nombre hace referencia a la flor.

—Seguro Gustavo te dijo eso.

—Él vino a buscar su chaqueta, pero no te encontró.

—¿Él está bien? jamás volvió.

—No entendió lo que quisiste decirle, pero fuiste una buena compañía ese día.

La niebla se disipó, la chica entró a la casa y pudieron seguir por el puente hasta llegar a la principal, donde se detuvieron.

Roberto y Esther se bajaron rápido del coche y vomitaron al mismo tiempo.

—No fue tan mal como pensaba. Ella debe estar en el punto donde la recogimos, puede que no esté bien ubicada por el tiempo, puede que su cuerpo se haya movido por muchas razones. ¿Podemos ver si mañana encontramos algo?

—¿Ahora quién es la gallina?

—Los dos perdieron, así que tenemos la información sobre Tayler y la chica del puente de Monte Carmelo volverá a casa.

—Allí nadie vive ya, Estephy.

—Puede que haya alguien que aún la esté esperando en algún lugar.

—Pero Roberto, si ella pide que la lleven hasta allí, es porque puede que así sea.

—Entonces mañana iremos al sitio, revisaremos, y si encontramos algo lo llevaremos hasta la casa, pero no antes de avisar a la policía sobre lo que hallamos.

—Ella estará encantada de que eso pase.

Llegando a la villa chalet, Esteban los recibió con un chocolate caliente y los acompañó a la terraza para que esperasen por la comida.

—Entonces ¿esto también viene con el pago que hice?

—Claro, señor Roberto. El desayuno y la cena sí vienen en el pago. Lo que ya no podría ofrecerle es el almuerzo.

—Tranquilo, Esteban, es molestando.

—Discúlpeme, señor.

—Va, siga haciendo lo que haga, Esteban.

—Señor, ¿pudieron conseguir lo que buscaban?

—Sí, puede que sí.

—¿Vieron a la chica del puente?

—Conocimos a Hortensia. Ella no murió donde las personas creen que sucedió.

—Entonces ¿dónde ocurrió, pequeña?

—¿Me podrían dejar de decir *pequeña*? Ya no tengo nueve años.

—Claro, entonces te llamaré Estephany. Cuéntame, ¿qué ocurrió?

—Ella apareció del otro camino. Esta vez no fue como lo cuenta la leyenda.

—Eso es nuevo.

—Quizás el cuento está mal.

—Puede que sí. Sabes que las leyendas que van de boca en boca siempre cambian... Pero sí me intriga un poco la historia. En el cementerio hay un trincho que se hizo para ella. Nadie la encontró

en ese momento y metieron un ataúd sin cuerpo, solo por respeto a la pérdida de la familia.

—¿Usted conoce a la familia de la chica, Esteban?

—No, pero puede que conozca a alguien interesado en el caso.

—¿A qué se refiere?

—La policía local... Aún ofrecen una pequeña gratificación por conseguir algo al respecto. Están cansados de recibir llamadas para hablar sobre la chica.

—Lo entiendo. Deben estar esos hombres agotados de escuchar sobre Hortensia.

—A pesar de que es una chica amable y no es hostil, ya están agotados de recibir llamadas a altas horas de la madrugada para decirles que vieron a la chica del puente y así. ¿Sabes,? es un pueblo. Lo más que puede pasar es que maten a alguien, pero ya han espantado a muchos.

—Entonces, llámelos mañana y ayudaremos en el caso.

—Perfecto. Que tengan una buena noche, señores. Descansen.

Al día siguiente, se dispusieron a ir a Monte Carmelo. Estephany deseaba el momento de volverla a encontrar y entregar sus restos en la casa. Después de un rato de camino, cruzaron el puente y se detuvieron delante de la casa donde la habían dejado la noche anterior.

—Entonces ¿son ustedes los que encontrarán a Hortensia luego de siglos?

—Sargento, buenas tardes. ¿Cómo le va?

—Señor Roberto Arias, es usted bastante reconocido ahora por estar investigando cosas paranormales.

—¿Qué le han contado?

—Bueno, nos comentaron algo. Que estaba buscando información sobre los Yellowstone, abajo en Zorca.

—Quizás esté buscando más información sobre la casa. Hemos encontrado algunas pistas que nos han llevado a una investigación familiar, para hallar qué sucedió realmente.

—Créame, a mí también me asustaría dormir en una casa encantada.

—¡La casa no está encantada!

—Claro, pequeña, solo desapareció un niño, y ya el mundo no supo nada más de él.

—A mí también me llevaron, pero aquí estoy.

—Estephany, a las personas ajenas a la familia no se les cuenta más de la cuenta.

—Claro, señora. Los problemas de la familia son de la familia. Pero si estamos hablando de desaparecidos, deberíamos ir ya al lugar y no perder más tiempo.

—Roberto, usted móntese en la patrulla y que ellas se queden aquí. Estarán seguras. Tenemos una cámara en la casa de Hortensia para cuidar el lugar. Así sabemos qué loco llama para hablarnos de que Hortensia lo asustó.

Fue rápido llegar al sitio. Roberto había anotado lo que Hortensia había mencionado.

—¿Ella dijo que había despertado a unos cuantos metros?

—Unos pocos metros, unos doscientos o trescientos o menos. Dijo que se levantó del suelo y tenía cerillos ya para encender una farola.

—¿Ustedes la vieron con una lámpara de gas?

—No sé si fuese eso. La luz se detuvo cuando estuvimos cerca del lugar.

—Las cosas de Dios son raras cuando suceden.

—¿Usted cree que los fantasmas existen?

—Bueno, hemos visto tantos videos de esa cámara. Muchos van acompañados de una chica y, cuando la dejan, desaparece en la casa. ¿Acaso usted no creería en eso?

—¿Me podría mostrar un video?

—Claro. Pero primero, lleve al lugar donde puede que hallemos el cuerpo de Hortensia...

—Ha pasado mucho tiempo, puede que haya desaparecido.

—Vinimos hasta aquí, y de aquí no me voy hasta obtener un cuerpo.

—Espera, me está llamando mi esposa. ¿Estephany quiere hablar contigo?

—Vale, pásamela. Hola, mi amor, ¿qué pasó?

—Pa, justamente donde estás parado, camina unos doscientos metros a las tres, viendo las manecillas de tu reloj.

—Perfecto, pero ¿cómo sabes dónde estoy parado?

—Estoy viendo tu ubicación por el GPS, para algo me lo colocaste. Camina y encontrarás allí lo que buscamos.

—¿Y cómo lo sabes?

—Hortensia dejó un rastro.

—Perfecto, caminaremos hasta allí. Sargento...

—Lo escuché, perfecto.

Los dos caminaron hasta el sitio y encontraron una línea negra, como si alguien hubiese quemado el terreno muy delicadamente, dejando un rastro. Llegaron hasta el lugar y había un pequeño hueco hecho a mano.

—Debe ser este lugar.

—Yo no metería la mano en un lugar como ese.

—Tranquilícese, ella ya no es parte de este mundo. Tráigame la pala que metí en el maletero.

—Aquí tiene.

El sargento Pietro abrió el canal hasta dar con un trozo firme que le llamó la atención. Metió las manos en la tierra y consiguió un cráneo.

—La hallamos.

Roberto se volteó rápidamente y vomitó.

—Usted no es médico, Roberto.

—Sí, pero no estoy preparado para estas cosas.

—Ayúdeme a recoger todo y llevémosla.

—¿Usted tiene permiso para eso?

—No voy a llamar a Delitos ni al CICPC para levantar un cadáver de hace muchísimos años atrás. Además, tiene el vestido que todos hemos visto.

—¡Ay, mierda... aquí viene otra vez!

—¡No, Roberto! No vomite más, ¡qué asco me das!

Luego de dejar los huesos en la casa, se dirigieron al coche para regresar al chalet y procesar todo. Roberto encontró unos cerillos en su asiento. Ninguno mencionó nada hasta llegar al chalet.

CAPÍTULO V

CAROLINA

—¿Deberíamos llamar al señor Roberto, tía?

—Usted lo que quiere es ir de sala en sala a contarles que les mentí cuando vinieron.

—Es que debe saber por qué actuaste de esa manera. Recuerda que Juan nos dijo que le diría la verdad a Roberto.

—No creo que le crea a ese viejo mañoso.

—¡Tía, tú eres la vieja mañosa! Ellos no son tontos. ¿O acaso esperas que realmente vengan directo a señalarte? ¡Eso te hace más culpable que Juan!

—¡Ay, moja! Ya una está vieja para esa causa. ¿Qué me van a inculpar de una desaparición?

—Pero deberías contarles por qué no les dijiste todo lo que realmente había sucedido.

—¿Crees que decirles que volteé el cuarto entero buscándolo fue porque había leído el libro ese mismo día?

—¿Qué tiene que ver el libro con la desaparición del niño?

—Hay cosas que desconocemos. Y la vieja Claret ya estaba mal de la cabeza.

—¿A qué te refieres con eso, tía?

—Mija, ¡que la loca esa fue la que le hizo algo a ese niño! El libro que llevaba para todos lados era un libro de rituales satánicos.

—¿¡Qué él haría con eso!?

—¡Venga a saber qué fue lo que hizo! Pero, siendo tan pequeño, me imagino que se lo quitó a alguien.

—¿¡Cómo cree usted!?! Los niños no andan por ahí con un libro de cómo invocar un demonio. Seguro alguien se lo dio.

—Pero ¿cuál alguien, Carolina? Todos los de la cuadra se conocen. Y los que se juntaban con ellos eran Joselito, Miguel y Juan. ¡Ellos siquiera sabían leer en ese momento!

—Porque seamos de barrio no somos tan tontos. Uno puede entender las imágenes que esos libros tienen. He escuchado que esos libros enseñan cómo conjurar entes malignos, pero también cómo dominarlos o defenderse de ellos.

—¡No se ponga a creer en cuentos, Carolina! A ese crío se lo llevaron para otra cosa. ¿Cuántos de aquí no se han ido así? ¡Para venderlos!

—En eso tiene razón, pero recuerde que también muchos fueron encontrados.

—Tarde. Y sin alguna extremidad.

—Pero a Tayler, tía, a ese nunca lo volvieron a ver.

—Carolina, déjelo así. Y no se ponga de bocona a contarle a Roberto lo que pasó; si no, me va a ver como culpable. Y lo menos que quiero es volver a recordar lo que vi en ese libro.

—Pero venga, tía... ¿qué fue lo que la alteró tanto para ponerse así de verdad?

—Usted ya ha escuchado la historia muchas veces, Carolina. ¿No está cansada?

—La verdad, cada vez que la cuenta, le agrega algo nuevo... o le quita algo. Pareciera que ni se acordara de lo que realmente pasó.

—Ay, sobrina..., a veces a los muertos hay que dejarlos descansar.

—Ese niño no está descansando todavía, entonces, porque nunca volvió a su casa. ¡Llenaron una tumba con nada! Hay lápida, pero el cuerpo nunca apareció.

—Ya pasaron muchos años, Carolina... ¡Ya ni los que lo buscaban deben acordarse de él!

—No se haga la inocente, porque yo sé que usted le reza todos los días... para que su alma esté en paz.

—Es malo andar de chismosa por ahí, Carolina. Mejor déjeme tranquila.

—Prométame que va a hablar con Roberto cuando llegue de Monte Carmelo.

—¡Deje a esa familia quieta, Carolina! Ahora lo que necesitan es tranquilidad. ¡Y no somos quiénes para quitársela!

—Será..., pero prométame que se lo dirá.

—Ay, sí, lo que usted diga, Carolina.

—Si usted no lo hace, lo haré yo.

—Haga lo que le venga en gana, sobrina. Ya estoy vieja para esas gracias.

Ese mismo día llegaron Roberto y Esther a la casa amarilla por la noche. Las luces estaban encendidas como de costumbre y todo parecía bien ordenado. Escucharon un ruido en la cocina y, al entrar rápidamente, encontraron a William comiendo en el mesón.

Roberto, buenas noches. Bienvenidos a casa.

—William, ¿qué hace aquí tan tarde?

—¿No se acuerda que me dijo que le cuidara la casita?

—Cierto, pero pensaba que ya estaría en su casa a esta hora.

—Hoy se me hizo tarde. Quise adelantar con los chicos el cuarto de su hija y ya falta poco. Puede que lo tengamos listo antes del domingo para comenzar con el otro que hay que remodelar.

—Pues gracias, William. Es usted muy amable.

—Para nada, señora Esther. Más bien gracias a ustedes por abrirme las puertas de su hogar. Ya casi nadie hace eso hoy en día.

—No hay de qué. Cuénteme, ¿lo asustaron?

—Pues antes de que llegaran se escuchó un gran golpe afuera.

Esther miró a Roberto como aquella vez con Hortensia.

—No me digan que ahora creen en espantos.

—Bueno, encontramos los restos de la chica del puente de Monte Carmelo. Si eso no nos hace creer, somos locos para no hacerlo.

—¿iQué carajos!? A ver, siéntense. Había hecho café para comer pan, pero es mejor en compañía.

Los dos, junto a su hija, le contaron la pequeña aventura que vivieron bajando de Monte Carmelo. Recalaron que el cuerpo fue llevado a la casa —tal como decía la leyenda— y que el policía que los ayudó lo llevaría luego al cementerio para darle santa sepultura.

—Gracias a Dios esa muchacha no era como La Llorona. Si no, iimagínense sus rostros!

—Yo estaba cagada de verdad.

—Yo ni sentí miedo. Horrenda se veía, pero era buena mujer. Tuvo un accidente en la vía contraria a la que suelen parar los carros para

que los lleven a casa. Esta vez fue al revés, y así fue como mi papá la encontró.

—Pero cuéntame, Esthephany, ¿cómo sabías dónde estaba el cuerpo?

—Ah, justamente cuando ella subió al carro y dijo que había usado una lámpara o algo que encendió con un fósforo me dio la impresión de que derramó parte del líquido y se encendió de alguna manera, dejando un rastro.

—¿Ella te lo dijo?

—Lo supuse, porque su vestido estaba manchado, como con aceite o algo. Olía raro, como a eso que me diste para limpiar la madera aquel día.

—Y así diste con la pista.

—Tengo buen ojo para los misterios.

—Al parecer eso es cierto. ¿Y qué descubrieron de Juan?

—Es un buen hombre, pero al parecer los Yellowstone pagaron por su silencio. ¿Usted sabía que sus hijas eran realmente de Manuel?

—¡Válgame Dios! Si Aminta llega a enterarse, se vuelve loca.

—No creo que le importe a estas alturas.

—Ella estaba profundamente enamorada de Manuel. Bueno, al menos eso es lo que Carolina cuenta.

—¿Habla usted mucho con ellas?

—Bueno, capaz muchas cosas se dicen por chisme o por saber, pero no por mala intención.

—No lo creo mala persona, William.

—Gracias a usted estuvimos en un buen lugar. Gracias por recomendarnos.

—No, patrona.

Esther lo miró mal.

—Cierto, a ustedes no les gusta que los llamen así. Pero ¿qué le vamos a hacer, señora Esther? Se nos pegan las malas mañas del oficio.

—No lo veo como una mala maña, pero sí nos incomoda que nos vean como jefes o como tiranos.

—Nunca los he visto así, señora.

—William, ¿usted cree que algo del más allá pueda hacer desaparecer a un niño de ocho años?

El celular comenzó a vibrar sobre la mesa de la cocina. Los tres miraron aquel aparato como si fuera un espanto. Era tarde. ¿Quién iba a llamar a esa hora?

Roberto cogió el teléfono. Se escuchó una voz entrecortada. Nadie habló y colgaron.

—¿Quién era, Roberto?

—No habló, solo escuché a alguien detrás de la línea, pero no dijo nada.

—¿Qué sale en el registro del número?

—Sale como «desconocido», pero con número privado.

—Quizás era para ofrecerte algo. Tú sabes que ahora llaman hasta de otros países y ni se fijan en la hora.

—Bueno, amor, no es para tanto.

—Sí, pero, Roberto, ¿por qué a tu número? ¿Te inscribiste en algo por internet?

—Ay, William, si a ti te conseguí fue por contacto.

—Leticia, ¿cierto?

—Claro. ¿Quién más me iba a recomendar? Si ya te conoce una inmobiliaria, es lógico que te busquen para ayudar con las casas que venden.

—Eso es cierto. Pero no le prestes atención, seguro fue una equivocación.

—Es extraño.

—Son cosas que pasan, pues.

—Bueno, como te decía, William, ¿usted cree que al niño realmente se lo llevó un espanto?

—Roberto, deje eso. Sé que le dije «si vuelan, vuelan», pero cónchale, va a asustar a su familia.

—¡William! ¡Vimos al mismísimo fantasma del puente de Monte Carmelo! ¿Usted qué cree? ¡Obvio que ahora creemos!

—Bueno, pero ese niño no se lo llevó La Llorona.

—No digo que ella se lo haya llevado, pero la familia Yellowstone, más bien la señora Claret Yellowstone, estaba involucrada en ocultismos o cosas satánicas.

—No sabría decirle, Roberto. Mire, sé que las cosas están bastante movidas por aquí, pero yo tengo una familia, quiero ir a verlos. Mañana nos vemos, Roberto. No se le olvide anotarme estas horas al pago.

—Tranquilo, William. Y gracias.

—Gracias a usted, Roberto.

—¡Dejen tanta cordialidad! ¡Váyase ya, William, que le va a caer un palo de agua!

—¡Cierto! Mejor me apuro. Bueno, Esthephany, que estés bien. Descansa.

—Adiós, señor William.

Salió corriendo de la casa sin mirar atrás. La noche ya se había tragado el camino, y, apenas cerró la puerta, el viento traía consigo el olor de la lluvia. Encendió las luces y arrancó a toda velocidad. Las primeras gotas comenzaron a caer sobre el parabrisas, como si el cielo estuviera llorando.

El suelo se humedecía a medida que avanzaba, y el aire se llenaba de ese aroma fresco del pasto mojado. A lo lejos, los grillos rompían el silencio de las gotas al caer. Y, justo cuando pensaban que nada más iba a pasar esa noche, vibró un teléfono otra vez.

—¿¡Ahora quién te está escribiendo tan tarde, Roberto!? ¡¿No sabes qué putas horas son!? Son las malditas tres de la mañana y se le ocurre vibrar a tu celular. ¡Por favor, apaga esa vaina y acuéstate a dormir otra vez!

Entre dormido, se removió y tomó el teléfono con los ojos entrecerrados. Se giró de costado, apoyándose con el codo en la cama para ver la pantalla.

Necesito decirte la verdad sobre lo que te han contado. Nos vemos el miércoles a las tres de la tarde en la panadería Los Calvalhos.

No puedes decir que no.

En la puerta dejé un teléfono desechable para que recibas una llamada.

—Pero ¿qué mierda...? —susurró para sí mismo.

Esa noche no pudo volver a dormir. ¿Quién había conseguido su número? ¿Quién era esa persona? La pregunta se repetía en su mente como un zumbido. Pensó en William, pero era absurdo, él

estaba presente cuando llegó la llamada. ¿Quizás Juan? ¿Aminta? ¿Carolina? ¿Quién podría gastarle una broma tan extraña?

En algún momento, entre el insomnio y las pesadillas, se rindió al sueño. Pero al amanecer se despertó antes que todos. Al abrir la puerta de casa, lo encontró: un teléfono amarillo, como de juguete, reposaba sobre el felpudo. Solo encendía. Los números eran como los de antes, esos que se marcaban con fuerza, y solo podían leerse si uno giraba un poco el aparato bajo la luz. Lo tomó con cuidado y lo guardó en su abrigo, sin decir una palabra.

Como todas las mañanas, Esther se levantó y preparó café con leche para todos. Le pareció raro no encontrar a su esposo en la cama, pero no le dio demasiada importancia. Se vistió y comenzó su rutina de madre y ama de casa.

—¿Y eso que te levantaste tan temprano, amor?

—Ah... tuve el sueño pesado, puede que no haya dormido bien.

—Dime la verdad, amor. Nos conocemos de hace mucho, no me ocultes nada.

—No tengo nada que ocultar, Esther, solo que tuve pesadillas. Me perturbó lo de la chica del puente. Solo es eso.

—No pienses más en eso, amor. Fue algo distinto, sí, pero ya pasó. Lo mejor es que lo grabé todo. Cuando te fuiste, Stephy me ayudó con su teléfono y armamos una nota sobre el encuentro con Hortensia.

—¿Tendrás que salir al centro?

—Sí. Voy a presentarla en TRT.

—¿Vas a la televisora?

—Sí, queda en La Concordia. Pero si quieres me acompañas, la cita es a las dos.

—Perfecto. Yo te llevo, sin problema.

—¡Ah, qué bien, amor! ¿Y Stephy?

—¿Se irá contigo?

—Eso es increíble. Que le muestres cómo es la televisora por dentro, cómo hacen el noticiero, todo eso.

—Bueno, aunque no estaré en esa área, creo que podrían darle un recorrido a la niña.

—Sin problema. Entonces ¡a comenzar el día!

—Bueno, chicas, aquí las dejo. Vayan con cuidado.

Un portazo interrumpió el momento. Esther se bajó del coche justo después que Esthephany, por lo que la niña cerró la puerta con fuerza. Se despidieron con un beso, y la pequeña, agitando la mano, lanzó un «nos vemos» con una sonrisa.

Roberto estacionó frente a la panadería y, tras bajar, encargó dos cafés oscuros y dos quesadillas con bocadillo y queso. Se sentó junto a la ventana, entretenido viendo pasar a la gente, mientras esperaba que el teléfono amarillo sonara.

Pasaron los minutos. El reloj marcó exactamente las 15:00 horas cuando, a lo lejos, distinguió a una mujer familiar que se acercaba saludándolo.

—¿Carolina? ¿Qué hace usted por aquí a esta hora? ¿No tendría que estar trabajando o con su tía?

—¿Qué va? A veces salgo a distraerme. Mi tía puede ser un infierno si no se le tiene paciencia, y hoy la perdí.

—¿Y eso? ¿Qué le pasó?

—Pues te cuento. —Carolina se sentó frente a él, notando el pedido en la mesa.

—Oiga, Roberto, no me diga que está esperando a alguien. ¿O la escondió para que no la vea?

—¡Para nada, Carolina! ¿Qué le pasa? No le estoy montando cachos a Esther. Además, es a otra persona a quien estoy esperando.

—A ver, ¿y a quién espera?

—Nada, nada —murmuró Roberto, apretando los dientes, sin saber cómo esquivar la verdad.

Carolina lo miró con picardía. Sin decir más, sacó un teléfono viejo de su bolso, presionó una tecla y se lo llevó al oído. En ese instante, el teléfono amarillo comenzó a sonar, estruendosamente. Roberto, desesperado, lo sacó del bolsillo, pero se le resbaló y cayó al suelo. Carolina se agachó con rapidez, lo recogió y, antes de devolvérselo, canceló la llamada.

Roberto la miró en silencio. Luego, observó el teléfono en la mesa. Marcó al primer número que aparecía en pantalla. Unos segundos antes, Carolina había tomado su propio móvil. Él la miró, lleno de intriga.

—¿Acaso una mujer no puede tener sus propios misterios? —dijo ella, sin despegar la vista de él.

—¿Cómo consiguió mi número?

—Bueno, William puede ser muy bocón.

—¿Y cómo consiguió esas cosas?

—Roberto, a ustedes les gusta hacer muchas preguntas. Pero nunca hacen las que realmente necesitan. —Carolina cogió una de las quesadillas y le dio una mordida.

—Está fría, iré a calentarla junto con el café. ¿Usted quiere algo más?

—Una manzanilla para los nervios estaría bien. —La mujer se levantó, limpiando sus amplias caderas con las manos mientras se dirigía al mostrador.

—Ahora sí —dijo con una sonrisa leve—. La vieja oculta cosas. Y cada vez que cuenta la historia cambia un detalle. Es como si cada vez fuera diferente. Ella le mintió.

—¿Me imagino que fue ella la que hizo el desastre en el cuarto?

—Me imagino que Juan, en su lucidez, le dijo la verdad. ¡Pero sí! Fue ella la que hizo todo eso. No puedo creer que fuera capaz. Tantas veces la escuché decir las mismas palabras... Pero esta vez había remordimiento en su voz.

—No creo que todo lo que diga sea mentira. A veces los viejos olvidan cosas.

—Sí, toda una creadora de *shows*. Pero la cosa es, Roberto, que eso genera más intriga. ¡La vieja mintió! ¿No será que está ocultando algo? Mira, yo tengo tiempo allí, cuidándola, y esta vez su voz era distinta. Como te digo: estaba confesando algo. ¡Agachó la cabeza cuando lo dijo! ¿No crees que podría haber algo más?

—Apenas las conozco, no sabría decirte si es verdad o mentira. Pero lo que Juan me contó no concuerda con lo que dijo tu tía. Aminta amaba a Manuel, pero puede que sintiera celos al enterarse de que había estado con otra mujer. Y por eso tenía eso guardado bajo la manga. No sé, ustedes a veces se vuelven locas por un hombre.

—¡No nos equivoquemos, Roberto! A mí no me faltes el respeto. Puede que haya una que otra, pero no todas cabemos en el mismo

saco. Puede que se haya enterado *antes* de la desaparición del niño, pero ¿por qué con él?

—¿Tú sabes en qué momento Manuel se alejó de Aminta? Porque si los tiempos coinciden, eso podría ser una pista. Podría estar involucrada, pero solo si la mujer de Juan quedó embarazada de Manuel. Eso la pondría directamente en el lío.

—Manuel la dejó como tres o seis meses después de lo de Tayler. Pero antes de eso, él ya me había dicho que estaban distanciados. Puede que eso lo empujara a buscar a otra.

—¿Tan joven, y ya teniendo hijos bastardos por ahí?

—¿Pudo haber sido por presión?

—¿Te refieres a que Manuel era homosexual?

—Sigue siéndolo. Pero fue mucho después que lo supimos. A ver, hay dos niñas, mi tía tuvo que volverse loca con esa noticia.

—¿Tanto como para desaparecer a un niño de ocho años?

—Podremos ser feroces cuando se meten con los nuestros, pero si todo eso ya venía abajo, puede que mi tía no lo haya procesado de la mejor manera. ¿Usted cree que ella pudo haberle hecho algo al chico?

—Puede ser posible, o quizás no. Estamos en una encrucijada. Yo le creí a Juan.

—Ese hombre mejoró mucho su vida cuando se fue del barrio.

—¿Y ella sabía que venías a verme aquí?

—No. Discutimos porque estaba pidiéndole respuestas sobre lo que me contaste ayer. Tantas veces oyendo el mismo discurso para que venga y cuente otra huevonada. ¿Cómo crees que suena eso, muchacho? No soy lerda ni estúpida. Eso suena a otra cosa.

Roberto cogió una servilleta y la extendió con cuidado sobre la mesa. Carolina lo observaba con curiosidad.

—Tenemos, por un lado, a Claret y a Dionisio Yellowstone. Y, por otro, a las personas que vieron por última vez a Tayler: Miguel, Joselito y Juan. Además, están tu tía Aminta y el propio hermano de la víctima, Manuel.

—Entonces, si Juan no tuvo nada que ver, podrías descartarlo, pero no olvidarlo.

—¿A qué quiere usted llegar con esto?

—Quedan tres personas más a las que podrías buscar... e interrogar.

—No creo que Manuel le haya hecho algo. Si estaba con mi tía cuando el chico desapareció, ¿por qué ella lo encubriría?

—Ahí está la cosa. ¿Y si lo encubrieron?

—¿Encubrirlo?

—Miguel y José están retenidos fuera del estado. En un centro psiquiátrico. Después de lo del niño no fueron capaces de aceptarlo. Cayeron en depresión. Dicen que comenzaron a ver cosas, y la familia decidió sacarlos de aquí.

—Entonces podríamos borrarlos de la lista.

—Eso nos deja únicamente a tu tía y a Manuel.

Roberto guardó silencio unos segundos.

—Carolina... llévese usted el teléfono —dijo con seriedad.

—No, Roberto. Quédese usted con él. Cuando encuentre algo más, lo llamo. Así nadie se entera.

—¿Cómo los consiguió, Carolina?

—Mi tía tiene cosas guardadas que a veces usan en la policía, pero ni idea de dónde los sacó. Los encontré hace mucho, pensé que nos ayudarían con este caso.

—Puede que nos sirvan para algo. ¿Tú crees que tu tía sea peligrosa?

—No lo sé, Roberto. Nunca la he visto alterada. No creo que sea un peligro. Igual, tendré tacto para hablar del tema. Y si consigo algo nuevo, le escribo o le marco.

—Está bien, Carolina. Pero no vuelva a hacer esas cosas misteriosas, porque pensaré otra cosa.

—Tranquilo usted. La próxima le mando un WhatsApp para que mi tía lo lea. Mejor aún, le pego una carta en la puerta de su casa... así todo el barrio se entera de que usted anda queriendo descubrir el misterio de la casa amarilla.

—¡Vaya con Dios, Carolina! ¡Deje la vaina!

—Usted tranquilo, Roberto. Mire. —Se pasó el dedo por los labios, de derecha a izquierda— Soy como la cédula.

Roberto la observó marcharse, con esa mezcla de incomodidad y admiración que Carolina solía provocar.

Camino a La Concordia, pensó: «¿Qué mierda está pasando? ¿Cómo es posible que esté metido en algo tan profundo, sin salida?» Todo parecía claro, pero no quería señalar a nadie sin tener certeza de lo que realmente ocurrió.

Al llegar, Esther lo saludó desde lejos, justo mientras se despedía de la mujer que la había acompañado hasta la entrada, junto a Esthephany.

—Hola, amor. Mira, te presento: ella es Rebeca. Es la encargada de recoger este tipo de noticias.

—Usted debe ser Roberto, el doctor Roberto. Es un placer conocerlo. Su esposa me contó lo valiente que fue buscando el cuerpo de Hortensia.

—Mucho gusto, Rebeca. Bueno... solo hice lo que pude. Además, todo fue gracias a mi hija. Si ella no hubiese estado, no habríamos dado con el cuerpo de la chica.

—Ella fue quien notó la pista de la quemadura en el suelo —añadió Esther.

—Bueno..., solo lo supuse —dijo Esthephany, bajando un poco la mirada.

—Pero ¿sabías que podía ser una posibilidad? —preguntó Rebeca, sin rodeos.

—No al cien por ciento. No sabía si lo que cargaba en la mano era una linterna. Pero cuando mi papá dijo que era con un líquido inflamable, pues posiblemente era una lámpara de gas o gasoil, me imaginé que, si era una aparición, pudo haberlo conseguido tirado por ahí. Y si tuvo alguna fuga, eso pudo dejar esa huella.

—¿Así que diste con la pista por pura casualidad?

—Es un misterio. Pero así es todo. Lo que pasa en nuestro mundo parece siempre un misterio, incluso cuando la ciencia intenta explicarlo.

Rebeca asintió una sola vez, seria.

—Bueno. No los entretengo más. Esther, recuerda que recibirás la respuesta en estos días. No insistas. Las cosas que valen la pena no llegan rápido.

—Seguiré investigando. Si pasa algo, te lo enviaré.

—Hazlo. Estoy pendiente. Si necesitan algo, saben cómo encontrarme. Pero no me busquen para perder el tiempo.

CAPÍTULO VI

EL CUARTO DE TAYLER

—Qué larga semana hemos pasado. Lo de Hortensia nos hizo atrasarnos con la casa. William avanzó lo que pudo con el cuarto de huéspedes, pero me dejó la tarea de recoger los escombros para que se los lleven mañana.

—¿Acaso no le estás pagando para que él haga eso?

—Claro que sí, pero decidió no cobrarme lo de cuidar la casa, y a cambio yo debía recoger el mugre por ellos.

—Ay, qué fresco él. Pero bueno, mientras ahorremos algo de dinero, mejor. Recuerda que Esthephy comienza clases la próxima semana.

—Lo bueno es que el liceo queda cerca de aquí.

—Eso es lo mejor, aunque me preocupa.

—¿Que sean del barrio?

—No te olvides que quien casi le arruinó la niñez fue un chico de un colegio reconocido de Caracas. No creo que aquí sean peores.

—No lo sé. Solo me da miedo que ocurra algo igual.

—No sucederá, mujer.

—Eso espero.

—No digan nada —interrumpió Esthephany, bajando las escaleras—. Los escuché cuando venía bajando. No deben preocuparse por mí en el colegio nuevo. Ya sé defenderme sola.

—Lo hacemos porque somos tus padres. Recuerda que retomas clases y, además, los fines de semana tendrás tu día con la psicóloga nueva.

—¿Y ahora quién me tratará? La señora Alejandra era muy buena conmigo. Me ayudó bastante.

—Pero esta vez no podrá verte. Preferimos que te atiendan aquí directamente. Por teléfono o videollamada no es lo mismo. Es mejor

que puedas interactuar cara a cara con ella.

—Lo que sea, voy a desayunar —murmuró Esthephany, sentándose sin mirar a nadie—. Mamá, me prometiste que hoy saldríamos al centro. Dijiste que compraríamos las cosas que faltaban.

—Tenemos que salir un poco más, ¿no? —añadió, mordiendo un pedazo de pan. —. Ya me siento parte de esta casa.

—Hacemos lo que podemos —respondió Esther—. Además, tú comienzas clases y tu padre empieza a trabajar ese mismo día. Ahora me toca a mí moverme. Buscar algo. O sentarme a escribir o documentar cosas raras, como siempre. Algo que valga.

—Papá está preocupado por ti —dijo la Esther—. Piensa demasiado en lo que te pasó, pero finge que no ocurrió nada. Como si el silencio borrara las cicatrices.

—Tal vez es su forma de protegerse —susurró Esthephany — O de protegerme a mí.

—Mejor así. Que no lo recuerde. Cada vez que lo cuentan, la pesadilla vuelve. Puedo sentirla de nuevo. Ustedes no tienen que cargar eso, me pasó a mí. Y yo lo estoy llevando.

—Eres más fuerte de lo que crees —le dijo su madre, sin mirarla directamente—. Pero no estás sola. Cuando caigas, ahí vamos a estar.

—Lo sé, madre.

—Te amo, mi niñita.

—Papá se levantó tan rápido... ¿Está molesto conmigo?

—No. William le dejó trabajo. Quiere terminarlo antes de que regresemos. Quiere salir esta noche, despejarse. Como todos.

—¿Despejarse o escapar?

—No lo juzgues, Esthephany. No es fácil estar del otro lado.

Ella se encogió de hombros. Se levantó.

—Entonces, ¿qué esperamos? Voy a arreglarme. A ver si encuentro algo para mí.

—Ve adelantándote —dijo Esther—. Yo le aviso a tu padre para que saque el coche y sepa que me lo llevo.

—William, ¿qué hace aquí tan tarde?

—Se me pegaron las cobijas, Roberto... Pero bueno, los muchachos al parecer llegaron antes que yo, que eso es lo bueno.

—Sí, como no habías llegado, les dije que comenzaran con el relleno que bajé del cuarto de la niña.

—Perfecto, Roberto. Como le dije, no me pague eso de haber cuidado la casa. Pero, eso sí, hoy me ayuda a quitar el tapizado de las paredes. El suelo lo retiramos todo, pero faltó la pared. Estaba muy dura para quitar, por eso la dejamos húmeda para poder retirar el papel más fácil.

—¿Esa cosa era papel tapiz?

—Usted no sabe mucho de casas viejas, ¿cierto, Roberto?

—Bueno, normalmente tú sabes que en Caracas uno vive en departamentos. No es común pensar en ponerle esas cosas a las paredes.

—La gente de esa época era bastante excéntrica.

—Esther me dijo que iría de compras con Estephy, entonces aprovechemos de adelantar el trabajo sin interrupciones.

—Déjeme que le eche un ojo a los muchachos, a ver si ya se llevaron el camión, y subimos.

William salió al porche para comprobar si se habían llevado el camión, pero los chicos aún estaban terminando de desmontar las cosas. Le dijeron que irían a dejar el escombros en el voladero y luego regresarían para ayudar.

Ambos subieron al cuarto de Estephany y se quedaron mirando el papel tapiz, viejo y desteñido, que cubría las paredes.

—Ya veo por qué la Stephy tiene tantas pesadillas con ese chico —William soltó una carcajada—. ¡Este cuarto está bien feo!

—Qué bueno que haya decidido cambiarlo por ella —dijo Roberto, mientras le daba una última mirada al empapelado—. A veces, los lugares también guardan memorias.

—¿Usted siempre habla así de profundo o es por estar a solas conmigo? —bromeó William, sonriendo.

—Depende —respondió Roberto, entrecerrando los ojos—. ¿Le molesta?

—No, solo me da curiosidad. Además, esas cosas no me incomodan.

—William, ¿usted hace ejercicio? ¿Cuántos años tiene?

—Ay, Roberto, no me diga que le tira al otro lado a veces —dijo entre risas—. Bueno, sí. Aparte del trabajo, de vez en cuando voy al *gym*. Llevo en esto desde los catorce, cuando papá me llevaba a las obras. Aprendí viendo, trabajando.

—¿Y la edad?

—No soy mayor que usted, si eso cree. Treinta y cinco. Los cumplo la próxima semana.

Roberto se quedó en silencio unos segundos. Lo observó sin disimulo: castaño, cuerpo firme, brazos marcados bajo la camiseta y esos ojos verdes claros que parecían más intensos con la luz que entraba por la ventana. Un poco bajo para alguien de los Andes, pero con ese cantado tan suave que lo hacía parecer de otra época.

—No parece tener esa edad —comentó, con una sonrisa ligera—. Se mantiene muy bien.

William se le quedó viendo por un instante, confundido, y luego bajó la mirada con una risita nerviosa.

—Gracias... supongo.

La tensión en el ambiente no era incómoda, pero sí densa. Entonces William, en un gesto inesperado, levantó la mano y le tocó la cara a Roberto, suavemente, como quien aparta un pensamiento. Le robó la mirada por unos segundos.

—¿Tiene algo en los ojos o me está evaluando como si fuera parte del mobiliario?

—Solo estaba pensando. —respondió Roberto, recuperando la compostura—. Que hay cosas que uno no espera encontrar en casas viejas.

William se echó a reír.

—Ya. deje de mirarme así y ayúdeme a quitar este horror de la pared!

—William, solo estaba admirando su cuerpo... Ojalá pudiera mantenerme así como usted.

—Eso se llama paciencia y compromiso. A muchos les pasa que empiezan, lo dejan y luego lo retoman. Puede que su vida sea algo movida y tenga que pausar sus planes de vez en cuando, pero si mejora la alimentación, eso ya es un buen inicio.

—Puede que sirva.

Prosiguieron a jalar parte del papel que colgaba, ya reblandecido por el agua. Se sentía la humedad en el aire, espesa, casi pegajosa. La luz amarilla de la bombilla apenas iluminaba, lo que, sumado al horrible tapiz, daba al cuarto una atmósfera apagada, casi lúgubre.

En silencio, ambos tiraron de la primera lona de papel y se detuvieron al instante. La pared detrás estaba manchada. Tinta. Roja, quizás. Se miraron desconcertados. No dijeron nada. Solo comenzaron a jalar el resto, con más urgencia. Uno tras otro, los fragmentos caían al suelo hasta que quitaron la última capa.

Y entonces lo vieron.

Una oración estaba escrita con letras grandes y desiguales en las cuatro paredes del cuarto, cubriéndolo todo como un rezo macabro:

El niño es nuestro. Él lo quiere. No escapará. No habrá luz que lo pueda salvar

William alcanzó a sostener a Roberto justo a tiempo, antes de que se desplomara. El cuerpo de este temblaba y sus labios balbuceaban palabras inconexas.

—Ella tiene razón, pero no son reales, se lo llevaron.

—Roberto, no me haga esto. Son solo cosas pintadas en la pared. No les preste atención.

—¿No ves que tienen razón? Puede que esta casa esté maldita. No quiero que le pase nada a mi hija.

—No le va a pasar nada. Son cuentos viejos. Esa pared lleva así quién sabe cuánto tiempo. Puede que haya sido una broma, una mala broma cuando el chico desapareció.

—Pero ¿quién lo escribió?

Sin decir más, Roberto se levantó de golpe y salió corriendo. Bajó las escaleras y regresó al poco tiempo con el viejo cuaderno que Estephany había encontrado días atrás. Entró agitado, como si estuviera a punto de encajar una pieza clave en un rompecabezas.

—¡Esto tiene que darnos una pista de quién lo escribió! —exclamó, hojeando las páginas con torpeza—. Cuando estuve revisando este libro, noté algo. No solo hay dos tipos de letra. Una parece de un niño, claramente, y otra podría ser de alguien mayor, quizás una mujer. Pero hay una tercera diferente a las otras dos.

William se acercó, curioso, aunque escéptico.

—¿Una tercera?

—Sí. Es más recta, más dura, sin estilo. Como si la hubiera escrito un hombre sin educación, alguien que no se preocupa por las formas, solo por lo que quiere decir.

—¿Y si fue él quien escribió eso en la pared?

Roberto levantó la mirada. Por primera vez desde que se conocían, William lo vio realmente asustado.

—Entonces ¿vas a clasificar letras por clases sociales ahora? —dijo William con una media sonrisa, intentando quitarle peso al asunto.

—No es eso, William. Mire esta letra, y mire la de la pared — Roberto sostuvo el cuaderno junto a la inscripción pintada, con el ceño fruncido—.

—¿Son un poco parecidas?

—Claramente son *muy* parecidas. La persona que escribió esto es la misma que escribió en el libro de Tayler.

—¿El libro de Tayler?

—¡Sí! Nos dijeron que este libro lo tomó del cuarto de Claret... ide su madre! Puede que eso signifique algo.

—Pero si él lo había tomado, ¿quién más iba a escribir en ese libro?

—No lo sé, William —respondió Roberto, pensativo, como si estuviera armando una teoría en su cabeza—. Pero voy a tomarle fotos a la pared. Luego la pintamos. O la lavamos. Tenemos que quitar *esa cosa* de allí.

—Como usted mande, patrón.

Roberto se giró lentamente hacia él, entre divertido y serio.

—¿Qué le he dicho con eso, William?

—Nada. Solo que usted haga lo que tenga que hacer para proteger a su familia... —respondió William encogiéndose de hombros—. Y si quiere dar con el paradero del chico..., bueno, yo no soy nadie para juzgarlo.

Costó mucho quitarla, pero valió la pena.

—Oiga, William, los muchachos, ¿a qué hora van a venir?

—Ah, déjame llamarlos a ver.

Una corneta sonó desde afuera, y ambos se asomaron a la ventana.

—Ah, llegaron. Bueno, ayúdeme a bajar esto, Roberto, y ya mañana terminamos con el piso. Para el fin de semana le culmino el cuarto de la niña.

—Es un alivio ver esas paredes libres de esa pintura, ¿cierto?

—No sé qué es peor —dijo Roberto, mientras observaba la pared ahora desnuda—, si saber que el niño desapareció en circunstancias bastante sospechosas y extrañas y que nadie se diera cuenta o que nada de lo que han dicho las personas de aquí concuerde con lo que realmente le sucedió al niño.

—Pero hay mejores cosas que seguir dándole vueltas a eso, Roberto. Mire, relájese. Yo bajo las cosas con los muchachos. Usted tómese un descanso. Cuando esté todo abajo, lo llamo y usted cierra el portón cuando me vaya, ¿le parece?

—Está bien, pero si ve algo que no debería estar ahí, mejor dígamelo. Dígamelo, William. ¡Por favor!

—Tranquilo, hombre.

Roberto bajó a la cocina para tomarse un calmante. Se dejó caer en una de las sillas, intentando liberar el torbellino de pensamientos que lo invadía. Justo en ese momento, Esther estacionó el coche detrás del camión de William y subió las escaleras junto a Estephany. Ambas entraron haciendo algo de ruido, cargadas de bolsas. Estephany tenía el rostro encendido por el sol, y Esther, bajo un sombrero que casi le tapaba la cara, se dirigió directa a la cocina en busca de algo para beber. Al llegar, se llevó un buen susto al ver a Roberto, pálido y con la mirada perdida en el vacío.

—¿Qué te pasó, amor? ¿Estás bien? Pareciera que hubieras visto a la propia Llorona.

Roberto apenas reaccionó. Salió de su estado de abstracción, pestañeó y la miró sin comprender del todo lo que ella le decía.

—¡Oye, despierta! ¿Estás bien?

—Sí, sí... —dijo llevándose las manos a la cara—. ¿La niña está contigo?

—No. Se fue directo al baño. Venía con urgencias por los cólicos.

Roberto suspiró hondo. Luego, con tono serio, le contó lo que habían encontrado en la habitación de Estephany. Trató de no

exagerar, pero sí fue claro y preciso. Le mostró las fotos de la pared y el libro, para que ella entendiera el punto al que quería llegar.

Esther se llevó las manos a la cabeza, en un gesto de impotencia, y suspiró profundamente.

—¿Qué vamos a hacer?

—Si conseguimos ejemplos de cómo escribían algunas de las personas involucradas en la desaparición de Tayler, tal vez podamos descubrir quién fue que dejó ese mensaje.

—¿Dónde podríamos conseguirlo?

—El Ateneo del Táchira. Puede que allí haya escritos de esa época. Alguna carta o alguna firma de los papeles de la propiedad entregados al estado, qué sé yo. Pero es el único lugar donde podría haber algo que nos sirva para comparar la letra del libro con la de la pared y descubrir de quién pudo haber sido.

—¿Y eso lo podríamos hacer la próxima semana?

—¿No quieres saber qué le pasó al chico, amor?

—Claro que quiero —respondió Esther bajando la voz—. Pero también quiero seguir mi vida, sin tantas cosas extrañas.

—¿No crees que podrías sacarle provecho a esto? Quizás te ayude a convertirte en una gran reportera, o en algo incluso mejor que eso.

—¿Tener mi propio programa?

—Quizás..., de cosas paranormales. Algo así como *Voces del más allá*.

Esther rio entre dientes, como si la sola mención del programa le removiera un recuerdo nostálgico.

—Ese era el mejor programa de misterio que había. Tenía algo que enganchaba.

—Pues imagina que tú lo estés haciendo ahora —dijo Roberto, mientras tomaba otro sorbo de agua—. Pero esta vez, con un caso real. Con una historia que te tocó la puerta.

Ella se quedó pensativa por un momento, mirando las fotos de la pared en el móvil de Roberto.

—No sé si estoy preparada para eso.

—Nadie lo está, hasta que se mete de lleno.

—¿Colocar a mi propia familia frente a las cámaras?! —Esther se mordió el labio, dudando—. Jamás lo había hecho. Puede que sea bueno, pero sabes que, si lo encontramos, tendremos aquí a todas las cámaras del estado, y muchas más fuera de nuestra casa, queriendo obtener toda la información de primera mano. Van a querer fotografiar todo lo que tenemos.

—¿Queremos eso? Quizá sea un poco menos fuerte de lo que imaginamos.

—Si conseguimos al chico, muchas personas vendrán solo por morbo, por saber dónde ocurrieron los hechos. Pero ¿podríamos sacarle provecho a todo eso?

—¿Dinero? ¿Acaso quieres?

—No es lo que estoy proponiendo. Solo digo que, si eso llegase a suceder, deberíamos tomarlo en cuenta. Podría ser beneficioso para nosotros. y para otros también.

—Quiero encontrar al niño. No por fama. Sino porque. Estephany tenía razón.

La voz de Esther fue interrumpida por la misma niña, que apareció en la cocina, alzando la ceja con aire triunfal.

—¡Yo tenía razón! ¿Con lo de Tayler? ¡Claro que sí! Siempre estuve en lo correcto. Yo nunca me equivoco.

—Esta vez sí que la tienes, pequeña —dijo Roberto, acercándose—. Pero oye, lo que sea que encontremos aquí, quiero que lo mantengas en secreto, ¿vale?

—Está bien, pero mamá está grabando todo, ¿lo sabías?

—¡Estephany! ¿Qué te dije?

Roberto miró a Esther. En su rostro no había enojo, solo una mezcla de resignación y cierto alivio.

—¿Has estado grabando todo a escondidas desde que llegamos?

—Lo siento, Roberto. Es algo que no puedo evitar. Cuando huelo que algo puede salir excelente, que tiene valor, lo hago. Y esta vez es en nuestra propia casa. Pensé que no estarías de acuerdo, por eso lo hice a tus espaldas. Perdón, amor.

—Es lo mejor que me has ocultado, mujer —dijo él con una sonrisa leve—. Pero me parece perfecto que lo hayas hecho. Puede que eso

sirva incluso para que el estado logre desentrañar lo que ocurrió aquí.

—¿Están pensando en hacer una nota?

—Sí, pero esta es secreta. Nadie debe saber que la estamos haciendo.

—Me parece bien.

—Roberto, venga para acá. Es mejor que venga conmigo —dijo William, asomando la cabeza por la puerta del salón.

—Ya vuelvo. Voy a ver qué pasa.

—Te esperamos —dijo Esther mientras cruzaba una mirada seria con su hija.

Roberto salió al porche, donde William lo esperaba con unos papeles en la mano.

—¿Qué pasa, William?

—Me dijiste que te comentara si encontraba algo más. Revisé lo que pude en el papel tapiz que retiramos, pero no solo la pared estaba rayada con esas frases. También el papel tenía algo por detrás.

—¿Algo por detrás?

—Sí. Estas letras aparecieron ahora. Seguro fue al secarse la tinta, o quizás reaccionó con la humedad, no lo sé. Nunca había visto algo así.

—Déjame tomarle fotos a eso —dijo Roberto, sacando el móvil mientras William separaba con cuidado unas hojas.

—¿Usted qué cree que sean?

—Bueno, no soy conocedor de la Biblia, pero sé que los salmos y los versículos suelen escribirse así. Puede que lo que hayan puesto allí fuera algún tipo de protección. O todo lo contrario: una forma de reforzar lo que estaban ocultando.

—No podía colocarse de una peor manera esto.

—Lo vamos a descubrir, Roberto. No se eche para atrás. Estamos muy cerca.

—Oye, amor, ¿escuchas eso?

Esther no respondió. Se había aplicado su habitual mascarilla de lavanda con aloe vera, esa que tanto le gustaba. Aunque su mente seguía revuelta con las imágenes que Roberto le había mostrado, pensaba que desconectarse del todo —gracias a su método de relajación— calmaría las cosas al menos por esta noche.

Roberto, en cambio, daba vueltas en la cama. No lograba conciliar el sueño. Fue entonces cuando un destello lo sacó de su ensimismamiento. Se incorporó lentamente, caminó hasta la escalera y vio, a lo lejos, salir chispas del cuarto de Estephany.

—¿Qué carajos fue eso?

Tomó su teléfono y, con manos firmes, agarró el bate metálico que siempre dejaba cerca de la escalera por si acaso. Por si alguien entraba. «No creo en espantos», pensó, «pero después de lo de Monte Carmelo, mejor no dejarlo pasar por alto».

Bate en mano, subió despacio los escalones. Cada crujido de la madera se sentía. Avanzó con cautela hasta el cuarto de su hija. Oprimió el interruptor de la luz, pero apenas hubo un chisporroteo, seguido de un apagón repentino.

—Mierda, se quemó la pendejada esa —murmuró, con tono contenido, cuidando de no despertar a nadie en casa.

Miró a su alrededor.

—Este cuarto nunca me pareció tan atroz como ahora.

La pintura. Las letras negras y torcidas que habían estado allí, cubriendo las paredes, ya no estaban.

Ni una línea. Ni una sombra.

Solo la pared desnuda. Impecable.

Como si jamás se hubiera escrito nada.

Roberto dio un paso atrás. La oscuridad lo envolvió por completo. Tropezó con el marco de la puerta y jadeó, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza. Apretó el móvil en la mano, pero algo lo detuvo antes de encender la linterna. Un murmullo. Venía del fondo del pasillo. No era un ruido normal. Era una voz

—Duérmete, mi niño, duérmete ya, si no viene el coco, y te comerá.

La voz arrastraba las palabras como si vinieran desde un rincón húmedo y vacío. Retrocedió de inmediato. Cerró la puerta sin hacer

ruido y, por primera vez desde que habían llegado a esa casa, sintió miedo. Bajó lentamente las escaleras. Esther estaba en el descanso, con la linterna del móvil encendida, visiblemente alterada.

—¿Estás loco? ¡Me acabas de meter un susto de mierda!

—No tenía sueño, escuché un ruido. Lo siento, amor.

—¿Cómo que «lo siento»? ¡Te escuché cantar! Pensé que estabas arrullando a la niña, como cuando era pequeña. Me levanté a buscarte y no estabas aquí. ¡Me diste un gran susto, carajo! No vuelvas a hacer eso.

—Estaba aquí arriba, Esther. Yo también escuché a alguien susurrar una canción.

Roberto miró hacia la habitación de Estephany. Luego le hizo una seña para que subiera con él. Esther dudó unos segundos, pero finalmente aceptó. Se tomaron de las manos, con fuerza, entrelazando los dedos como si eso los protegiera de lo desconocido.

Cuando llegaron al cuarto al final del pasillo, Roberto oprimió el interruptor de la luz. La bombilla estalló en un destello tan potente que ambos retrocedieron, girando el rostro para no quedar encandilados.

—¿Qué mierdas? —alcanzó a decir Esther.

—¿Me has despertado para mostrarme la nueva bombilla que colocaste?

—¡Esa cosa había explotado hace un momento! La apreté un montón de veces, solo sacaba chispas.

—Estabas soñando, Roberto.

—¿¡Cómo no me vas a creer, Esther!? Nunca te he mentado con estas cosas. No estoy jugando. ¡La bombilla explotó! Por eso subí al escuchar el ruido.

—Bajemos, Roberto. Ya empezó a hacer frío aquí arriba. ¡Vámonos!

Roberto apagó la luz del cuarto. Bajaron en silencio hasta la cocina, donde se sirvieron algo caliente para calmarse.

—Créeme, Esther, el puto bombillo estalló. Y, además, esa canción de cuna.

Hizo una pausa.

—Tenía años sin escucharla, pero te juro que..., te juro que escuché tu voz cantándola dentro del cuarto.

Esther lo miró en silencio, sin saber qué responder.

La noche transcurrió en una calma engañosa. Afuera, el viento jugaba con las ramas de los árboles, pero dentro de la casa todo parecía haberse *¿calmado?* por esa noche.

El sol comenzó a filtrarse por la ventana de la habitación. El sonido del teléfono no dejaba de hacer ruido en la mesita de noche junto a Roberto. Él, todavía con la tensión de lo vivido la noche anterior, se incorporó bruscamente y alcanzó el teléfono que vibraba.

—¿Aló? —contestó, con la voz todavía ronca.

—Roberto, ya estoy afuera de su casa, ábrame. Los muchachos vienen cargados y ya bajamos la mitad del material. Hoy frizamos la pared y ponemos el yeso, para pintar todo mañana y dejar lista la cerámica nueva del piso.

—¿William? —Roberto parpadeó un par de veces, intentando ubicar la voz—. Buenos días. Ya voy, espérame ahí.

Esther, medio adormilada, se giró hacia él.

—¿Quién era? —preguntó con un hilo de voz.

—William. Ya está aquí con el equipo para empezar a trabajar. —Roberto se puso de pie y comenzó a vestirse rápidamente.

—¿Tan temprano? —murmuró ella, intentando volver a cerrar los ojos.

—Entre más rápido terminen, mejor, mujer.

Se calzó los zapatos, cogió las llaves y bajó las escaleras. Roberto abrió la puerta y se encontró con William y dos hombres más, cada uno cargando bolsas de cemento y tablas de yeso.

—Pásenle —dijo, apartándose para que entraran.

Mientras los trabajadores avanzaban hacia la zona del pasillo, Roberto sintió un escalofrío al mirar de reojo la puerta cerrada del cuarto de Estephany.

—Tengo que contarle, Roberto, que uní los fragmentos del papel tapiz de la habitación.

CAPÍTULO VII

LOS SUEÑOS DE ESTEPHANY

—No hay manera de demostrar científicamente que los sueños sean premonitorios —leyó Esther en voz alta desde la pantalla del celular—. Pero también se sabe que pueden sentirse muy reales, con una nitidez que asusta, y que, mientras más se repiten, más intensidad emocional y sensación de lucidez pueden generar. Muchas personas que los experimentan... —se interrumpió al ver a su hija sentada en el borde de la cama, con la mirada perdida—. ¿Qué estás viendo, Stephy?

—Ma, ¿tú crees que los sueños puedan ser premoniciones?

—¿Y ahora por qué me preguntas eso?

—Tuve una pesadilla... Soñé con Leonardo otra vez.

Esther sintió un nudo en el estómago.

—¿Desde hace cuánto tiempo los vuelves a tener? ¿O es la primera vez desde lo que te ocurrió?

—No es la primera. Cuando llegamos, recordé lo parecida que era esta casa a la que él me llevó—hizo una pausa, mordiéndose el labio—. ¿Fui yo la culpable? ¿Fue porque fui atenta con él?

—No debes culparte, mi amor. Ya pasó. Deberías dejarlo allí. Pensé que habías avanzado con tu psicóloga.

—Eso creía —dijo Estephany con un suspiro—. Pensaba que podía luchar contra esos pensamientos.

—¿Cuáles pensamientos, hija?

—¡Los de sentirme triste por lo que pasó!. A veces la tristeza llega así, como si fuera lluvia en mi mente. No te lo había dicho. Y puede

que me haya obsesionado con lo de Tayler, porque creo que a él le hicieron lo mismo que a mí.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Esther, intentando que su voz no temblara.

—Él estaba en el sueño, y Leonardo le hizo lo mismo que a mí. Solo que a él, a él sí lo... —bajó la voz, tragando saliva—. Lo abusaron.

—Hija, eso solo fue una pesadilla. No creas que sea verdad. La mente inventa cosas, a veces tan reales que parecen recuerdos.

—Pero es que, mamá, yo lo vi. Leonardo entraba a la casa, subía a mi habitación. Tayler estaba allí. El bombillo explotó, él lo agarró del cuello y le bajó la ropa.

—¡Ya, ya, Estephany! Trata de olvidarlo. Fue solo un sueño. Es más, te voy a mostrar la cámara de seguridad de ayer. —Abrió la aplicación en el teléfono, pero se detuvo con un sobresalto—. Mierda.

—¡Mamá! ¿El vocabulario?

—Es que —su voz se volvió un susurro—. Ayer se quemó el bombillo de tu cuarto.

—¿Viste? Es verdad —sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Leonardo estuvo aquí! Y ya no estoy tan segura de que fuera solo un sueño.

—¡Roberto! —gritó Esther desde la ventana del segundo piso, haciendo que él levantara la vista hacia el sonido. Roberto encogió los hombros y levantó las manos en señal de pregunta. Ella lo miró con seriedad y, moviendo las manos con insistencia, le indicó que subiera rápido. Él dejó las cosas en manos de William y subió a toda prisa.

—Estephany volvió a soñar con Leonardo, y lo que pasó ayer... Cree que fue él, que entró a la casa.

—No lo había pensado así. Lo del bombillo tendría explicación, pero en las cámaras no apareció nada. ¿Ella lo vio?

—No, dice que fue en su sueño. No quiero que entres y le digas nada. Solo apóyala y llama a la nueva psicóloga para que la atienda hoy mismo. ¡No quiero volver a pasar por esto otra vez!

—Basta, Esther. Amor, no debemos ponernos así ahora, hagámoslo por la niña. ¿Qué te dijo la psiquiatra aquella vez?

—Que no soy culpable de lo que sucedió, que le di todas las herramientas para que no pasara, pero la obligaron. Y si lo tuviera ahora de frente, lo haría pedacitos por haberse metido con mi pequeña. ¿Acaso no vas a decir nada, Roberto? —lo empujó con rabia contenida.

—Yo... —tartamudeó— yo también le haría lo mismo. Pero dejamos claro en el tribunal que no queríamos que se nos acercara otra vez. Nos mudamos, viajamos lejos de la capital hasta llegar a este pueblo para empezar desde cero. Y puede que exista la mínima posibilidad de que ese desgraciado haya llegado hasta aquí para seguir jodiéndonos la vida.

—Stephy... —su voz fue baja—. ¿Estás bien?

Ella levantó la cabeza despacio. Tenía los ojos hinchados.

—Papá, soñé otra vez con él.

—¿Con él, con Leonardo?.

Roberto sintió un nudo apretarse en su estómago.

—¿Qué pasó en el sueño?

Estephany tragó saliva, como si las palabras fueran cuchillas.

—Entró a mi cuarto, igual que antes. Y el bombillo explotó, papá. Vi las chispas, escuché el zumbido, y después lo vi sujetando a Tayler —se interrumpió, tapándose la boca con una mano.

Roberto se sentó a su lado, intentando mantener la calma, aunque el corazón le latía como un tambor.

—Hija, fue un sueño. Nada más.

Ella negó con la cabeza, con los ojos llenos de miedo.

—No, papá. Ayer se quemó ese bombillo de verdad, ¿o no? Mama me lo dijo. ¡Tú lo viste!

Roberto apretó los labios. Sí, lo había visto. Pero decirlo en voz alta sería como abrir una puerta que no estaba seguro de querer cruzar.

—Stephy, lo que pasó... —Hizo una pausa—. A veces la mente mezcla recuerdos y miedos, y los convierte en algo que parece real.

Ella lo miró fijo, como si quisiera atravesarlo con la mirada.

—¿Y si no es mi mente, papá? ¿Y si él está cerca?

Un silencio pesado cayó entre ellos. Afuera, un leve crujido en la madera del pasillo hizo que Roberto girara la cabeza.

—¡Coño, Esther! No te escondas detrás de la puerta, que sabes que el suelo del pasillo rechina.

—Perdón, amor, solo que... yo también estoy preocupada. Sé que tenemos cámaras en la casa, pero ya es hora de ponerlas afuera y en la entrada. No quiero creer que el sueño de Estephany sea cierto. Han pasado cosas extrañas, puede que no sea nada, pero prefiero prevenir que lamentar.

—Eso lo entiendo, mujer. Ya será el lunes que lo hagamos. William terminará nuestro cuarto la semana que viene, así que tenemos que arreglar esta situación antes de que Estephany entre a clases.

—Me olvidaba que la otra semana ya comienzo clases. Tendrán que darme algo para defenderme. Puede que el colegio quede cerca, pero lo que necesito es alguien que me proteja. O al menos un gas pimienta.

—No nos alarmemos. Dejemos que pase el fin de semana y pensemos con la cabeza fría, sin hablar de espantos ni del desgraciado aquel.

—¿Por qué siempre, cuando todo parece estar bien, todo tiene que cambiar, papá?

—No todo puede salir como planeamos, hija. A veces no podemos ser responsables de las acciones que otras personas tienen hacia nosotros, pero lo que sí podemos hacer es mejorar la forma en que actuamos frente a lo que ocurre a nuestro alrededor.

—Entonces, ¿qué pasa cuando hemos hecho todo para que todo esté bien, pero aun así no es suficiente?

—No sabría decirte, hija. El mundo nos exige más empatía, pero al mismo tiempo jode a quien está detrás del mostrador, aguantando a un jefe de pacotilla que solo ve valor en la empresa, no en las personas.

—Somos un número más en este gigantesco engranaje que llamamos vida.

—Qué profundo, pequeña. Pero sí, somos como una oveja que sigue a los lobos. Y si decidimos salir del rebaño, tenemos que correr muy rápido, porque si no, lo más probable es que esos lobos nos alcancen y nos destrocen. Es más duro cuando destruyen nuestros sueños, aspiraciones y creencias. A veces pensamos que nuestra

moral debe ser tan alta que nada nos afecte. Y lo malo es que la moral tiene estándares, y no siempre nos va a respaldar, incluso si tenemos las mejores intenciones.

—¿Por qué lo dices, padre?

—Muchas veces, tus abuelas nos dijeron que no fuéramos a juicio por lo que te sucedió. «¿Qué va a pensar la gente?», fue lo primero que nos dijeron. Pero tu mamá me obligó a firmar los documentos y realizar la denuncia.

—Me acuerdo de eso. Mi mamá empezó a gritar como loca.

—Es porque te ama. Y porque, a pesar de que muchos nos dijeron que estábamos haciendo un escándalo por algo que «les pasa a muchos» y que debíamos bajar la cabeza y dejarlo atrás, ¿sabes qué hicimos?

—¿Les dieron la espalda a quienes les dijeron que estaban errados?

—No. Les enseñamos que vale la pena luchar por lo que creemos que es justo. Creímos que era lo mejor: protegerte, cuidarte y hacer pagar a quien te hizo eso. Y, como te dije antes, la moral y la justicia comparten algo, dependen de los ojos que las miren.

—Vivimos en un mundo que cada vez se vuelve peor.

—Hemos tenido las peores olas de calor en toda nuestra existencia y, aun así, el ser humano sigue haciendo lo mismo.

—Destruir todo lo que considera feo.

—Hemos hecho que muchos animales se extingan; hemos creado comida artificial. Muchas fábricas destruyen el poco agua que podemos beber, y para de contar las cosas horribles que le hacemos a la Tierra. Aun así, seguimos aquí.

—Sí, pa, pero la Tierra no es para siempre.

—En eso tienes razón, pero, por este momento, quiero que recuerdes que vales demasiado. Eres mi hija, y te hemos criado de la mejor manera posible. Lo que te sucedió no define lo que pasará de aquí a unos años, a unos meses... o quién sabe cuándo. Eso no cambia lo que serás ni lo que eres ahora.

—Papá, no llores.

—Es que no sabes lo mucho que me duele.

—Sé que duele, papá, yo trato de no recordarlo.

—Trato de ser fuerte, Estephany, pero me afecta. Me rompe el corazón cada vez que recuerdo lo que pasó.

—¿Cómo supiste dónde estaba ese día?

—Lo presentí. No llegabas a casa y tu mamá estaba como loca buscándote, y, de la nada, te encontré en esa vieja casa.

—Papá, no llores. Yo estoy bien.

—¡Eres fuerte, hija!

—Ustedes me enseñaron a serlo.

—Eres lo máspreciado que tenemos. Tu madre y yo haremos lo que sea para que estés feliz y a salvo, pero también tenemos que enseñarte a defenderte de este mundo tan estúpido en el que vivimos. Así como hay personas malas, también hay buenas, peores, y otras que merecen el cielo. Puede que te haya sucedido algo terrible, pero eso no cambia nada. No cambia lo que eres para mí: eres Estephany, eres mi hija, eres mi sol, eres mi niña, eres mi todo, carajita sabelotodo.

—No soy Megamente, pero trato de aprender. Tampoco es que sea la mejor, pero trato de hacerlo.

—Para nosotros, siempre serás la mejor.

—Ay, papá, ¿cómo puedes hacerme sentir así y luego alegrarme?

—Porque soy tu padre y nadie va a decir lo contrario de mi niña.

—Entonces ¿qué haremos con lo de Leonardo?

—Primero lo primero.

—¿Y eso es?

—Que terminen de arreglar lo que queda de esta semana. Antes de que comiences clases, resolveremos este embrollo. Además, ¿no estabas entusiasmada porque estamos a punto de averiguar qué le pasó a Tayler?

Así transcurrió la semana. William terminó el último cuarto y se marchó, pero antes de irse dejó un recado a Roberto.

—No sé si puedan encontrar al niño. Puede que jamás lo encontremos. Al parecer, quien lo hizo desaparecer se aseguró de borrar cualquier rastro.

Después de eso, William no volvió a llamar a la familia Arias. Ni un saludo ni una palabra más.

—Estephy, mañana empiezas clases. ¿Ya tienes todo listo? —preguntó Roberto mientras revisaba unos papeles sobre la mesa.

—Creo que sí. Papá, ¿me planchas el uniforme? Los cuadernos ya los guardé en el bolso. Además, no creo que sea tan pesado; apenas es el primer día. Es imposible que nos llenen de tarea.

—Bueno, por la situación que ya sabes, nos pasaron un comunicado —dijo él. Solo asistirás tres o cuatro días a la semana. Pero esta semana tendrán que ir todos los días para conocer a los profesores. Mañana mismo les darán los horarios nuevos.

—¿Y qué es peor? —replicó ella, arrugando el ceño—. ¿Que el país se vaya al desagüe o que tengamos que dejar de aprender porque la gente no tiene ni para pagar un pasaje?

Roberto guardó silencio unos segundos antes de responder:

—Son las dos cosas, hija, y ninguna debería pasar.

—Entonces ¿por qué nosotros no nos vamos también?

—Porque hemos invertido mucho en este lugar —respondió él, con un tono más bajo, como si hablara consigo mismo—. Tu madre, mal o bien, tiene un buen trabajo, y yo no gano mal. Podemos seguir llevando una vida digna aquí, por ahora.

—Pero todos se van —murmuró ella.

—Sí, y duele. Duele ver cómo se va la gente que uno quiere. Duele ver casas cerradas, calles vacías como si cada día se apagara un pedacito del país. Pero todavía creo que podemos resistir. Aunque a veces —miró hacia la ventana—, a veces no sé si estoy haciendo lo correcto. Estamos en medio de una búsqueda, tratando de sanar lo que sucedió contigo hace tiempo y no sé que puedo hacer.

—Ma.

Esther se acercó a la puerta y, recostándose en el marco, la miró mientras alzaba una mano en señal de atención.

—¿Qué sucede, amor?

—Los sueños se han vuelto más intensos —dijo ella, jugando con la sábana entre sus dedos.

—Ay, pequeña —dijo Esther, entrando en la habitación y sentándose junto a ella en la cama—. ¿No le explicaste a la psicóloga lo que pasó?

—Sí, pero me dijo que es algo normal, que esos recuerdos pueden seguir por un tiempo, hasta que acepte lo que sucedió.

—Entonces, ¿por qué no intentas enfrentarlos dentro de tus propios sueños? —sugirió, inclinando la cabeza.

—¿Acaso se puede hacer eso?

—Hace unos años —como si contara un secreto—, alguien de la familia de tu padre intentó volverme loca. Aunque no éramos creyentes de la brujería, mi familia buscó un brujo para entender qué pasaba. Yo no podía dormir, gritaba por las noches. Resultó que me habían hecho un trabajo.

—¿Y qué pasó? —acercándose un poco—. Con el tiempo, alguien me dijo que debía enfrentar en mis sueños a esas cosas que querían hacerme daño. Y lo intenté. No fue fácil. Me costó tener un sueño lúcido para tomar el control, pero poco a poco logré hacerlo.

—¿Y pudiste vencerlos?

—Digamos que aprendí a no dejar que me dominaran. El brujo me ayudó, sí, pero también fue mi parte la que hizo la diferencia. Me llené de fuerza y, en vez de despertar asustada, intentaba quedarme dormida y luchar allí mismo. Tú también puedes hacerlo, pero en tu próxima cita con la psicóloga, pídele que te enseñe. Lo que me funcionó a mí puede no ser lo mismo que necesitas tú.

—Lo intentaré, mamá, pero mañana empiezo clases —dijo con un suspiro.

—Cierto. Mira, voy a enviarle un mensaje a la doctora, y si me confirma, este fin de semana volvemos con ella. ¿Te parece?

—Si a ti te parece bien, para mí también.

—Tu padre mañana saldrá temprano para el trabajo. Ya sabes, tres semanas sin asistir nos están costando bastante.

—Es mejor que empiece cuanto antes —asintió—. Trataré de no molestar tanto con mis cosas.

—No digas eso, pequeña. Tus cosas siempre serán importantes.

Esa misma noche cayó una lluvia torrencial que rompió el silencio con el aplauso constante de las gotas danzantes al chocar contra el asfalto y las hojas de los árboles. El viento soplaba con fuerza, haciendo que las ramas golpearan el tejado y arañaran las ventanas con un sonido áspero, casi como uñas rascando un cristal.

Esther y Roberto dormían profundamente, atrapados en la fase REM, ajenos al mundo exterior. Sus respiraciones acompasadas se mezclaban con el murmullo de la tormenta, y ningún ruido parecía capaz de despertarlos hasta que un relámpago, como un látigo de luz, cayó sobre la antena eléctrica del pueblo.

El estruendo que siguió fue tan violento que pareció sacudir los cimientos de la casa. La descarga provocó un apagón instantáneo. En medio de aquel trueno ensordecedor, todos se levantaron de sus camas, envueltos en una oscuridad espesa, casi palpable, hasta que un golpeteo seco comenzó a repetirse desde el piso superior.

Roberto, aún somnoliento, pensó que era el viento. Pero pronto se dio cuenta de que no eran ramas. Era un golpeteo rítmico, pausado, como pasos.

El sonido se detuvo.

Un susurro, casi imperceptible, rompió el aire:

—Papá, alguien entró a la casa.

Roberto se incorporó de golpe, tomó a Estephany por el brazo y la empujó suavemente hacia Esther. Ella, sentada en medio de la cama, parecía aún atrapada entre el sueño y la vigilia, con la mirada perdida en la ventana.

De pronto, una leve luz recorrió la habitación, como si alguien intentara desgarrar la oscuridad con una linterna. Esther abrió la boca para gritar, y su voz se mezcló con el alarido de su hija, resonando al unísono.

—¡Shhh! —Roberto les tapó la boca a ambas—.

Cerró la puerta con el cerrojo, asegurándose de que lo que estuviera afuera, o quien fuera, no pudiera entrar. Aun así, su respiración era tan agitada como la de ellas. Entre suspiros cortos, intentaron calmarse. Los pasos habían cesado.

—¡Les dije que Leonardo estaba aquí! ¡No me creyeron! —susurró Estephany, temblando.

—Cállate, hija. Si es ese hijo de puta, lo voy a matar.

—¡Roberto! ¡Esa boca! —lo reprendió Esther, sin dejar de vigilar la puerta.

—¡Esther! —susurró él—. Alguien está en la casa.

Roberto recordó que había dejado el bate en su cuarto, siempre al alcance para tomarlo lo más rápido posible en caso de necesidad. Encendió la linterna del móvil y comenzó a buscar en su clóset.

—¿Qué buscas ahí? —preguntó Esther, sin apartar la vista de la puerta.

—El arma.

—¿Cuál arma, Roberto?!

—La que le pedí a tu primo “el matón”. Cuando pasó lo de Estephy, le pedí a Ramón que me consiguiera una.

—¡Por Dios, Roberto! ¿Cómo se te ocurre pedirle algo así a Ramón? ¡Sabes que lo busca la policía!

—En este momento, créeme que era necesario.

Sus dedos encontraron una caja en el fondo del estante. La arrastró hacia él, la abrió con rapidez y tomó el arma, sujetándola con fuerza por la empuñadura. Revisó el cargador, montó el gatillo y miró a Esther y a Estephany con seriedad.

—Quiero que se pongan detrás de mí.

Pegó la oreja a la puerta. Nada. Ni un paso, ni un roce. Quitó el pestillo lentamente y la abrió, iluminando con la escasa luz del móvil. Los tres avanzaron en fila hacia la escalera.

Un tenue destello provenía del piso superior. Roberto se detuvo, giró la cabeza hacia Esther.

—¿Quieres venir conmigo o se quedan aquí abajo?

Ambas se miraron y, sin soltarse de la mano, siguieron tras él. Subieron cada peldaño con lentitud, el crujido de la madera marcaba el ritmo de su corazón acelerado.

Llegaron al pasillo. La oscuridad lo devoraba todo, salvo por un destello débil, casi imperceptible, que titilaba frente a ellos.

—¿Qué crees que sea? —susurró Esther.

—No lo sé, pero si es una persona —Roberto apretó el arma— entró en la casa equivocada.

Roberto caminó con paso firme, empuñando el arma. El dedo, ligeramente tembloroso, rozaba el gatillo. Prosiguió hasta doblar hacia el cuarto de su hija. La luz provenía del foco del techo, un remanente de electricidad que aún chisporroteaba, pero justo cuando cruzaron el umbral, se apagó por completo.

—Pero ¿qué mierda...? —murmuró—. William acaba de cambiar todos los circuitos de este cuarto, ahora me tocará volverlo a llamar.

—Roberto —la voz de Esther se quebró— ¿Qué? ¡el niño?!

Él se volteó y lo vio. En la puerta, inmóvil, había una silueta pequeña. Un niño. Esther, con el rostro desencajado, tapaba la boca de Estephany, que señalaba con el dedo a la sombra.

El sonido seco de un disparo reventó el aire. La bala salió y, al mismo tiempo, el ruido de cristales rompiéndose llenó la habitación. El grito ahogado de las dos mujeres se mezcló con el eco del arma.

El niño desapareció.

Y, como si nada hubiera pasado, la luz volvió a encenderse en toda la casa.

Roberto se dejó caer sentado sobre la cama de su hija, con la respiración agitada. Esther se arrodilló, sosteniendo a Estephany entre sus brazos.

—¡Yo les dije que él seguía aquí! —gritó la niña, con lágrimas en los ojos—. ¡En alguna parte de la casa debe estar! ¡Ese era Tayler, y le disparaste, papá!

Roberto soltó el arma, pero no sin antes ponerle el seguro. La miró. Una lágrima le recorrió el rostro entero.

—No puede ser que, después de tantos años, ese niño no haya alcanzado el descanso eterno.

Esther lo observó con un gesto que nunca antes había mostrado hacia él. Por primera vez, veía a Roberto creyendo por completo en lo que habían presenciado. El sonido del disparo todavía resonaba en su cabeza.

—Aunque tengamos que sacar todos los ladrillos de esta casa —murmuró con rabia—, quiero a ese niño fuera de mi hogar. ¡Y esa arma se va a la calle! No me importa cómo, pero quiero que te deshagas de ella.

Más tarde, Roberto acomodó el cuarto de abajo para que los tres pudieran dormir juntos. Con las manos todavía temblorosas, tomó el teléfono y marcó el número de William. El pitido de la llamada le pareció eterno, hasta que, finalmente, alguien contestó.

—Roberto, ¿qué pasó? Son casi las tres de la mañana. Espero que sea importante.

—Acabamos de ver al niño frente al cuarto de mi hija, y le disparé.

—¿Usted tiene un arma? ¿Y el niño está bien?

—William... ¡le acabo de disparar a un fantasma! ¿Cómo va a estar bien si lleva años muerto?

—¿Cómo están tan seguros de que era un fantasma? —replicó William, con un tono de escepticismo—. ¿Revisaron si había sangre o algo?

—Nada, William —Roberto apretó los dientes—. Necesito que venga cuando pueda. Yo le pago lo que sea, pero necesitamos revisar la casa otra vez. En alguna parte, ese niño debe estar, y quiero sacarlo de aquí. Si no lo hacemos, las cosas se van a poner peor.

Pasaron tres días antes de que William se acercara a la casa. Durante ese tiempo, los tres evitaron hablar sobre lo ocurrido, como si el silencio pudiera enterrar el recuerdo.

Estephany volvió a clases, aunque con el presentimiento constante de que Leonardo la seguía a todas partes. Por eso siempre llevaba consigo el gas pimienta y el táser que su padre le había conseguido.

Esther continuaba en contacto con TRT para cumplir con sus pautas informativas sobre los sucesos extraños de la ciudad, mientras Roberto atendía con normalidad a sus clientes en la clínica, fingiendo que todo estaba bien.

Aquella tarde, William llegó. El ceño fruncido delataba que no quería estar allí, pero había aceptado después de varios mensajes de Roberto, quien le suplicaba que no lo dejara solo en esa situación. Aunque William no sabía quién lo recibiría en la casa amarilla.

Un golpe seco resonó en la puerta principal, haciendo que Esther —que estaba sola— se pusiera alerta. No era un golpeteo cualquiera,

sino ese toque firme que anuncia la llegada de alguien. Abrió la puerta sin miedo y vio el camión de William acercarse.

Desde la distancia, él levantó una mano a modo de saludo antes de estacionar. Carolina y Aminta observaban desde la esquina, ocultas parcialmente por el sol inclemente que caía sobre el barrio. El resplandor cegó un instante a Esther pero, cuando logró enfocar, confirmó que era él.

William se bajó del camión, la saludó con un beso en la mejilla y le tomó la mano con un aprecio que desentonaba con su rostro serio.

—¿En cuánto tiempo llega Roberto? —preguntó.

—No creo que tarde mucho, pero es mejor que entres antes de que alguien te vea.

—Esther, todos conocen mi camión. Claro que la gente va a hablar —respondió con una media sonrisa irónica.

—Eso es cierto —suspiró ella—. Mejor entra y veamos qué podemos hacer.

—¿Dónde vieron al niño? —preguntó William.

—Vimos una sombra en el marco de la puerta del cuarto de la niña, pero en el momento que Roberto disparó, la sombra desapareció, y lo único que se escuchó fue el golpe de un cristal al romperse.

—¿No cree que puede que realmente sí fuera alguien?

—Pero, William, no vimos a nadie. Usted sabe cómo es Roberto: revisó la casa de arriba abajo y no encontró nada. Ni un vidrio roto ni un rastro de sangre, si es que de verdad le disparó a alguien.

—¿Ya revisaron el sótano?

—¿Tenemos sótano?

—¿Roberto no te contó? Bueno, tampoco es que esté apto para entrar. Es un antiguo sótano que rellenamos con escombros que sacamos, lo tapamos para que nadie pudiera ingresar allí.

William la acompañó hasta la puerta tapiada que daba al sótano. Golpeó la dura pared para que Esther escuchara. Al oír que no había hueco, entendió que nadie podría estar allí ni usarlo para esconderse.

—No es posible que alguien haya entrado sin tener que tirar una pared al suelo. ¡Es imposible! Ni siquiera la pequeña ventana que da a la parte trasera de la casa.

—¿La quitó?

—No, la dejé por estética de la casa, aunque...

—¿Aunque? —preguntó ella, inclinando la cabeza.

—Puede que hayan roto esa misma ventana.

—Sígame, William.

—Esther, ¿no cree que estamos exagerando un poco con esto? Mejor espere a Roberto, así él la acompaña. Una mujer como usted no debería estar a solas con alguien como yo.

—¿A qué quiere referirse, William? Usted se ha ganado mi confianza, por eso Roberto lo llamó, para que nos ayude a descubrir qué sucede en esta casa.

—Esther, hay cosas que es mejor no saber —dijo William con un tono seco.

—¿Me quiere usted decir por qué está evitando que vayamos a ver qué hay allí? —lo interrumpió ella, clavándole la mirada.

—No, señora, solo que...

—¿Solo que qué, William? ¡Estoy cansada de huir! Cansada de lidiar con toda esta mierda, de tener que ser cobarde y dejar todo atrás para empezar desde cero. ¡Esta vez no lo voy a hacer! Quiero sacar adelante a mi hija y enfrentarme a lo que sea que esté ocurriendo. Así que póngase los pantalones bien puestos y acompáñeme. Mi esposo quedó en pagarle por esto que está haciendo por nosotros, tampoco es gratis.

—Como usted mande, señora —dijo él, sin mirarla—, pero le advierto algo: lo que sea que haya allí, va a ser problema suyo, ¿oyó?

—En eso tiene toda la razón, William. Pero hágale, sígame.

William la siguió con el rostro tenso, arrastrando los pies como si lo llevaran al matadero. En cambio, Esther caminaba decidida, con esa misma determinación que tuvo la vez que entregó a Leonardo en la policía.

Al llegar a la ventana que daba al antiguo sótano —un espacio pequeño tapiado—, notaron que el cristal estaba roto y manchado con sangre coagulada.

—¡Alguien salió por esta ventana, William!

—Espérese, Esther, ¿quién dice que es sangre de una persona? Puede que algún animal se haya metido y, asustado por el rayo que cayó ayer, se estrelló contra el cristal.

—¿Usted cree que fue un animal?

—Asómese, tiene toda una pared de frente. Mírela.

Esther retiró algunos trozos de vidrio y, con un golpe seco de su tacón, desprendió los que quedaban. Se inclinó hacia el hueco y, con la linterna del teléfono, alumbró el interior.

—William, sujétame las piernas —dijo, ya medio metida en la abertura—. Hay una masa oscura ahí y la luz no la atraviesa. Quiero alcanzarla.

Unos segundos después, su voz se escuchó más tensa:

—¡William, esto es un hueco! ¡La maldita casa tiene un hueco allí! Sáqueme de aquí.

William tiró de ella con fuerza hasta que cayó al suelo. Esther se levantó de golpe y, sin pensarlo, lo agarró por el cuello de la camisa.

—El único que sabía sobre este sótano era usted y los que lo ayudaron. ¿Quién fue?!

—Cálmese, Esther. Yo no tengo nada que ver con eso, y menos mis muchachos.

—¡Usted debe saber, William, no se haga!

—¿No me haga qué, Esther? ¿Insinuar que alguien lo suficientemente delgado como usted entró por ahí? Ese agujero debieron abrirlo desde adentro, pero yo cerré la entrada al sótano por completo.

—A no ser que alguien que conozca la casa quiera obtener algo de nosotros —murmuró ella.

Lo miró fijo y soltó la pregunta como una daga:

—¿Usted conoce a un tal Leonardo Carrascal?

—¿Quién es ese, Esther? —respondió él, con el ceño fruncido.

—No se haga el cabrón, William, ¡usted lo conoce! —escupió Esther, con el rostro encendido—. Si tiene algo que ver con ese desgraciado, créame que lo voy a meter preso a usted y a él en la misma celda, para que se pudran juntos en la cárcel.

—¡Cálmese, señora! —replicó él, retrocediendo un paso—. Le estoy diciendo la verdad: no conozco a nadie con ese nombre. Y le voy a

decir algo más. Ningún dinero va a pagar esto. Yo mejor me voy. Esto ya está turbio y lo más sano para mí es alejarme. Dígale a Roberto que vine y que llame a otra persona, porque yo no quiero tener nada más que ver con ustedes. La Casa Amarilla y lo que pasó aquí... —su voz se volvió más grave—, esta casa está maldita. Si quiere a su familia, haga lo mismo: váyanse.

Esther comenzó a gritar como loca. Afuera, se escuchó el motor del auto de Roberto. Frenó bruscamente y salió corriendo hacia el ruido, encontrando a su esposa tirada en el suelo, sujetándose de William como si no quisiera que se marchara.

—Pero ¿qué está pasando aquí?! —exclamó Roberto—. ¡William, explíqueme!

—La ventana del sótano está rota —respondió él—. Esther encontró un agujero en la pared que yo levanté para que nadie pudiera entrar. Ella cree que alguien lo hizo a propósito, pero, Roberto... ¿quién en su sano juicio se metería en un espacio tan reducido solo para derribar una pared? ¿Qué esperan sacar de eso? ¡Ni que fueran ustedes millonarios!

—¡William, por favor! —replicó Roberto, apretando los puños—. Estamos preocupados porque el tipo que casi viola a nuestra hija puede que esté por aquí y usted sale con esa payasada. No sea imprudente.

—¡Esther, levántate!

—¡William, no nos deje en este momento! ¡Ayúdenos! Hágalo por la niña, por Estephy —suplicó Esther, aferrándose a su brazo.

William miró a ambos, negando con la cabeza, pero en su mente se cruzó la imagen de lo que sería si le pasara algo a esa niña.

—Miren, ustedes no van a dar con el paradero ni de ese cabrón ni de Tayler. Deben dejarlo todo así como está. Yo puedo ayudar a revisar el barrio si encuentran al malnacido ese, pero prométanme que no seguirán buscando al niño.

—¿Cómo quiere que lo hagamos si lo hemos tenido de frente?! —replicó Roberto, con rabia.

—Hay cosas que deben seguir ocultas para preservar la integridad de la gente, del pueblo, de nosotros mismos.

—¿Quiere que me quede tranquilo sabiendo que me abrieron una pared en mi casa y que alguien claramente salió de allí? ¡Quien sea que haya estado adentro, salió por esa ventana!

—Sí, pero la pared fue tirada desde adentro, Roberto.

—¡Coño e' la madre, William! ¿Quién carajos va a estar dentro de mi casa que no seamos nosotros?

—¡Qué sé yo, Roberto! Para eso tienen cámaras de seguridad. ¿Acaso no las revisaron?

—Pues no, no lo hicimos.

—Entonces, antes de venir a echarme la culpa a mí, deberían hacerlo. Revisen las cámaras y veamos qué es lo que realmente pasó.

Entraron a la casa y encendieron el ordenador. Roberto abrió la aplicación de las cámaras de seguridad y revisó los archivos guardados de los días anteriores. Justo quedaban pocas horas para que se borrara el del tercer día hacia atrás, el correspondiente a la noche del accidente.

Reprodujeron el video. Primero, el destello iluminó el cielo, seguido por el parpadeo de las cuchillas de luz antes del apagón en todo el pueblo. Luego, la imagen mostró una sombra subiendo hacia la habitación de Estephany.

Minutos después, la misma sombra salió del cuarto y bajó las escaleras después de bajar estephany cuando fue a avisarles que alguien había entrado a la casa, pero entonces, cuando subieron las escaleras hacia el cuarto de estephy, apareció otra: una segunda figura, más alta, detrás de ellos, más densa que la primera.

Los tres contuvieron la respiración mientras la grabación avanzaba. El video comenzó a ponerse borroso, aunque todavía era visible la figura grande acechando desde el pasillo. La sombra más pequeña desapareció al cruzarse con la más alta, y en ese instante se vio claramente el fogonazo del disparo. El proyectil impactó en la figura alta, que retrocedió tambaleante, bajó las escaleras a toda velocidad y se desvaneció a mitad del camino.

Esther se cubrió la boca con las manos y miró a Roberto con los ojos desorbitados.

—¡La niña tenía razón! ¡Hay alguien más en esta maldita casa, Roberto! ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué crees tú? —respondió él, serio—. Poner cámaras en todas partes. Controlar todo. Estephany estará en clases mientras nosotros estemos fuera, y cuando yo llegue cerraremos todas las puertas. Quien entre otra vez no saldrá sin que lo atrapemos.

—¿Estamos en condiciones de hacerlo? —preguntó Esther, dudosa.

—Ustedes no, pero yo sí estoy dispuesto a ayudar —intervino William, poniendo una mano en el hombro de Roberto.

—William, ¿no era que quería irse de aquí? —lo increpó Esther.

—Antes de ver que sí es una persona la que está detrás de todo esto, no puedo irme —contestó él—. No hasta atrapar al cabrón que quiere hacerle daño a tu hija.

—¿Por qué no llamamos a la policía? —sugirió ella.

—No tenemos pruebas sólidas, Esther. Tal vez vengan, pero no harán nada. Necesitamos una imagen clara, una prueba real de quién demonios es.

—¿Con la sangre no podemos hacer una prueba de ADN o algo? —preguntó Esther.

—Esther, estamos en Venezuela, en Táchira. ¿Tú crees que tenemos esa tecnología? —respondió Roberto, con una mezcla de ironía y cansancio.

—Creo que no, pero ¿debe haber huellas o algo, no?

—¡Coño que no! —soltó él, perdiendo la paciencia—. No somos familia de ese tipo que está en el poder ni de nadie de la mafia de ellos. Por eso no van a mover ni un dedo para saber quién carajos entró en nuestra casa.

—William, ¿qué plan tienes en mente? —preguntó Roberto.

—En casa tengo unas cámaras que todavía funcionan. Podemos colocar unas de trescientos sesenta grados para vigilar cada frontal de la casa y poner otra apuntando a la ventana que da al sótano —respondió él con seguridad.

—¿Cuándo podrías traer eso, William?

—Máximo mañana en la tarde. Tengo un compromiso y, después de eso, puedo venir a instalarlas. Haría un circuito cerrado para que puedan ver todo desde tu aplicación.

—Eso estaría perfecto, así podríamos vigilar todo lo que ocurre en la casa. Pero ¿y hoy? —preguntó Esther, inquieta.

—Esther, lo que debemos pensar es en cómo evitar que pase lo mismo que ayer —replicó William.

—No creo que vuelva hoy. Si lo heriste, es probable que no aparezca.

—Es una posibilidad, pero no vamos a bajar la guardia.

—Entonces los veo mañana. Te llamo, Roberto.

—Vale, William —dijo Roberto, cerrando la puerta principal.

—¿Y ahora? —preguntó Esther en voz baja.

—Pues lo de siempre: proteger a nuestra familia.

Esa noche fue igual que la anterior: comenzó con una lluvia ligera que, poco a poco, se convirtió en un aguacero capaz de desbordar la quebrada que cruzaba la calle principal del barrio. El clima era frío y húmedo; la madera de la casa desprendía un aroma dulce y profundo, un petricor que impregnaba cada rincón. La luz no se había ido, pero los bombillos titilaban con cada trueno lejano.

Estephy seguía durmiendo entre Roberto y Esther. Mientras ellos roncaban plácidamente, ella se movía en la cama, murmurando palabras inconexas que apenas podían comprenderse. Esther se despertó por los leves murmullos de su hija, la observaba con atención, esperando que alguna frase tuviera sentido. Durante un rato permaneció así, en silencio, siguiendo los movimientos de la niña. Entonces, ella se levantó de la cama, descalza sobre el frío suelo.

—¿Adónde vas, hija? —preguntó Esther, con un hilo de preocupación en la voz.

La niña no respondió. Caminó hasta la escalera, y Esther, cogiendo el bate, la siguió rápidamente. Subieron hasta la segunda planta, cruzaron el umbral y llegaron al cuarto de Estephy. La habitación parecía envuelta en una claridad constante gracias a los destellos de los relámpagos que iluminaban el cielo, proyectando sombras inquietantes sobre el rostro de ambas.

Estephy se plantó frente al antiguo armario de la casa y se arrodilló.

—Sé que estás solo... ¿Cuánto tiempo llevas aquí escondido? —preguntó suavemente.

Nadie respondió. Sin embargo, Esther observó cómo su hija asentía, como si alguien invisible le contestara.

—¿Crees que podríamos encontrarte? —insistió Esthephy.

El mismo silencio persistió, pero un trueno repentino hizo que la niña se sobresaltara y Esther del mismo susto dejó caer su celular al suelo. Aun así, la niña no se inmutó por el golpe del aparato contra la madera.

—Mi mamá está aquí, ella quiere encontrarte. Pero no sabemos dónde estás. Es un poco amargada, pero es una buena mujer —dijo Esthephy, dirigiéndose al armario con una naturalidad desconcertante.

Resultaba extraño escuchar a su hija hablarle al ropero como si fuera una persona real.

—¿Crees que Leonardo está aquí? —preguntó luego, con temor.

—iYo te dije que él me hizo daño! i¿Por qué no me crees?!

Un portazo resonó en la puerta principal, pero las dos continuaron mirando el ropero, como esperando que alguien apareciera de él.

—iNo tuve nada que ver con lo que me sucedió! Él se lo buscó. No puede andar por ahí metiéndose con cada una de las niñas que le hablan bonito —dijo ella enojada

—Claro que no. Él no tiene nada que ver con lo ocurrido. Yo fui la que lo llevó hasta allí.

De repente, el closet se abrió de par en par, y ambas cayeron al suelo, apartándose del ropero como si algo pesado hubiera caído frente a ellas.

Un grito despertó a Roberto. Antes de levantarse, notó que ninguna de las dos estaba en la cama. Su respiración se agitó al instante. Tomó el celular y revisó la cámara de seguridad que apuntaba al cuarto de arriba. Afuera, el viento y la lluvia seguían golpeando sin piedad, creando un ambiente lúgubre. Con manos torpes, dejó caer el teléfono; al recogerlo, la imagen mostró la habitación iluminada, pero no veía a las chicas.

—iEsther! iEsthephy! —gritó con todas sus fuerzas.

Nadie respondió. Subió las escaleras a toda prisa. Al llegar a la puerta, se llevó la mano a la boca para contener un grito: a los pies de su esposa e hija yacía el cuerpo de un niño, aplastado bajo el doble fondo del viejo armario.

Temblando, llamó a la policía. Horas después, la cuadra entera estaba rodeada de patrullas. Las luces azules y rojas giraban entre la lluvia, bañando las fachadas cercanas con destellos. Los vecinos, intrigados, se acercaban al cordón policial, pero ninguno sabía con certeza lo que había sido encontrado.

Carolina y Aminta estaban en primera fila, esperando ver algo o que Roberto saliera para explicar lo ocurrido. Lo que vieron fue una camilla cubierta por una sábana blanca.

—Parece un cuerpo pequeño —susurró Aminta, persignándose hacia el cielo.

—¡Ese es Tayler! ¡Lo lograron encontrar!

—Gracias a Dios, tía... Ahora podrá descansar en paz, como siempre quisimos —Carolina sonrió con alivio—. Lo hallaron al fin.

Hubo una pausa. La lluvia caía más fuerte.

—¿Qué pasará con Manuel? —preguntó Carolina en voz baja.

—Debes decirles la verdad, Aminta. Es justo que lo sepan.

—No sería prudente ahora mismo. Dejemos que pase el tiempo... Te prometo que se los diré.

—Tía, es necesario. Para cerrar ese ciclo que te ha consumido, debes dejarlo marchar.

—Carolina, deja la vaina. Nunca abandonaré a Manuel. Y si él va a la cárcel, me voy con él.

—Aminta...

—Niña, ya estás grande. Podrás seguir sin mí.

CAPÍTULO VIII

TAYLER YELLOWSTONE

La lluvia golpeaba con insistencia el techo de lámina de la pequeña comisaría. Afuera, las luces azules de una patrulla parpadeaban contra los charcos. El coronel estaba de espaldas, observando por la ventana.

—Coronel... —la voz del inspector se hizo grave al carraspear—. Hemos encontrado el cadáver de un infante, en avanzado estado de descomposición, ya en un estado ya calaverico. Aproximadamente... unos ocho años de edad.

—¿Dónde?

—En la casa amarilla. La de los actuales propietarios: Roberto Arias y Esther Navarro. Viven allí con su hija, Estephany.

El coronel soltó un suspiro y se volvió lentamente, con las manos en la cintura.

—¿Cómo apareció?

—Según la señora Navarro, estaban en el segundo piso, en la habitación de la niña. Del armario cayó una tabla que ocultaba un doble fondo, y, con ella, el cuerpo del pequeño. Todavía vestía ropa, pero estaba destrozada por el tiempo.

—¿Cuánto tiempo lleva allí?

—El forense hará un análisis de carbono, pero, extraoficialmente, podría ser el niño que vivía en esa casa y desapareció en 1982.

Un trueno retumbó en el techo, haciendo vibrar los vidrios de la ventana.

—¿Relación confirmada? —preguntó el coronel, con la mirada fija en el inspector.

—Posible, pero nada seguro todavía.

El coronel caminó hasta su escritorio. Abrió un viejo archivador y, tras hurgar unos segundos, sacó una carpeta gastada. La colocó

sobre la mesa y la abrió. Dentro, una fotografía en blanco y negro mostraba el rostro sonriente de un niño.

Sus dedos permanecieron sobre la imagen.

—Entonces, ¿qué esperamos? —dijo, apenas alzando la voz—. Tenemos un caso viejo, un cuerpo sin nombre... y alguien, en algún lugar, que merece saber la verdad.

Del otro lado de la comisaría, Esther sostenía con fuerza la mano de su hija, mientras Roberto, aferrado a la otra, intentaba llamar a William. El tono de llamada sonaba una y otra vez, pero nadie contestaba. Afuera, la lluvia golpeaba los ventanales, difuminando las luces rojas y azules de las patrullas.

Un comisario se acercó a ellos con paso firme.

—Pasen, por favor. Debemos levantar el acta de defunción en su presencia.

Se sentaron frente a un escritorio abarrotado de carpetas y papeles húmedos, con el olor a café rancio impregnando el aire. El comisario los miró fijamente, con un gesto grave.

—Saben por qué están aquí. Lamentablemente, fueron ustedes quienes encontraron el cuerpo. Es doloroso hallar a un niño de esta edad en estas condiciones, y más después de tantos años. Pero les tocó.

Esther apretó los labios, conteniendo las lágrimas.

—¿Podemos saber qué le ocurrió? —preguntó, con la voz temblorosa.

El comisario suspiró.

—Aún el forense está revisando el cadáver. No puedo darles indicios de nada. Lo que tenemos es solo un esqueleto. Será necesario examinarlo meticulosamente para determinar la causa de muerte.

Un trueno retumbó a lo lejos y, por un instante, el silencio llenó la sala.

—Pobre niño...

—Es un milagro que después de tanto tiempo lo hayan encontrado. Según el registro de la propiedad, no hubo más personas que quisieran vivir allí, pero una familia se dedicó a cuidar el aparatoso mantenimiento de la casa. La casa amarilla sobrevivió gracias a los hermanos Hernández.

—¿Quiénes son ellos, coronel?

—Al parecer, son una especie de restauradores de interiores que se dedican a mantener las casas en pie. La familia Yellowstone, hace ya muchos años, dejó una pequeña herencia a esta familia para preservar la casa, luego de la pronta desaparición del menor. Quedó por escrito en un acta de defunción, cuando se declaró la pérdida total de la búsqueda del niño. Sin embargo, el padre de los Hernández fue el único que firmó por todos los trabajadores. Algo extraño, pero no extraordinario.

—¿Y quiénes mantienen esa casa ahora?

—La señora Leticia Parra y el señor William Hernández son la pareja que la conserva en pie. Según los expedientes del estado, cuando la casa fue vendida a ustedes, la ofrecía un tal Manuel Y.

—Espere... Leticia fue la que me mostró la casa en primer lugar. La contacté por internet.

—Sí, al parecer la señora se dedica al negocio inmobiliario, pero su esposo, William, es quien se encarga de mantener la casa.

—¿William? —murmuró Roberto, mirando a Esther.

—Creo que sí, amor, pero ¿por qué nos ocultaron esa información? ¿Qué tiene que ver eso con lo del cadáver?

—William nos ayudó a reformar la casa y hubo muchos cambios. Nunca llegamos a ver eso. Él mismo se encargó de remodelar la habitación en la que se encontró al niño.

—Entonces tendremos que traerlos aquí —dijo él, cortante.

—Mi hija tiene clases mañana, coronel —preguntó Esther.

—Lástima, pequeña... —respondió el coronel—. Pero por reglamento, las personas que encuentran un cadáver deben permanecer aquí hasta que obtengamos las respuestas necesarias.

—Coronel, pero según la ley, ya informamos. Es un cadáver del ochenta y dos, debería dejarnos ir.

—Señor Roberto, a ver si me entiende. Aunque las entidades competentes darán el veredicto sobre el cuerpo, fue hallado en su casa. Y hay dos sospechosos relacionados con el cuidado de la propiedad. Por lo cual, debemos interrogarlos para saber si tenían conocimiento de su existencia.

—No creo que ellos sepan sobre eso.

El coronel lo miró fijo.

—¿Acaso está seguro de que las personas que fueron capaces de venderle una propiedad con un cuerpo escondido en un armario viejo, hecho con madera de alta calidad, no sabían lo que había ahí?

Roberto bajó la mirada.

—No, no creo que no lo supieran.

—Entonces, lo mejor será que se queden y esperen a saber qué sucedió.

—Mamá, me quiero ir... —susurró Esthephy, apretando la mano de Esther.

—Esthephy, hija, debemos tener calma. La policía hará lo mejor que pueda.

—Te prometo, niña, que todo terminará lo antes posible —dijo el coronel.

Esthephy lo miró a los ojos.

—¿Así como dejaron salir a quien intentó violarme?

El coronel quedó paralizado por un segundo.

—No le preste atención, coronel —intervino Esther rápidamente—. Ella aún tiene secuelas de lo que pasó... Puede que encontrar al niño la haya afectado.

—¿Sufrió algún accidente anteriormente? —preguntó el coronel, con tono más bajo.

Esther respiró hondo.

—Fue sometida por un chico un poco mayor que ella. Quisimos hacer la denuncia por violación, pero no había evidencias de forcejeo ni daño alguno en su área íntima. Por eso, la pena no prosperó, aunque le dieron unos años por tentativa.

—¿Fue aquí o en otra parte? —preguntó el coronel.

—Lo hicimos en Caracas, pero nos mudamos para estar lejos del agresor.

—¿Hicieron el acta de alejamiento hacia ella o con él?

—Sí, sí, si lo llegamos a encontrar cerca deberíamos notificarlo a las autoridades. Pero... —Esther bajó la mirada, apretando las manos.

—Olvídelo, coronel. En ese caso, todo está bien.

—Si necesitan algo, no duden en llamarme. Seguiré el procedimiento para que puedan irse de aquí rápidamente. —El coronel giró la cabeza hacia Roberto—. Alcánceme el número del señor William. Sabemos que usted lo tiene, y antes de entrar estaba intentando localizarlo. Cuénteme sobre su relación con él.

—William es quien ha cuidado la casa, la ha cambiado, reformado. Le tuvimos bastante confianza. Nunca pensé que había contratos con los Yellowstone. Creí que era solo un hombre que Leticia contrataba para recomendar y arreglar cosas.

—Bueno, al parecer le mintieron en eso —replicó el coronel—. Pero dígame, ¿por qué escogieron una casa de la que había desaparecido un niño de ocho años?

—Queríamos salir rápidamente de Caracas por lo que le pasó a mi hija. Encontramos esa casa por internet. Leticia fue muy amable en las llamadas, nos la mostró de arriba a abajo, con todos los arreglos, nunca ocultó lo del niño. Fue transparente en eso. Pero jamás pensé que William formara parte de un contrato de familia. No sabía que tuviera algo que ver con los Yellowstone.

El coronel se recargó en la silla, cruzando los brazos.

—En ciudades pequeñas o barrios donde todos se miran de reojo, basta con interesarse un poco para que, tarde o temprano, todos se conozcan.

—Roberto, ¿ese no es el camión de William?

—Y viene con Leticia, al parecer —hizo Esther, apretando los ojos para poder descifrar la otra figura.

Venían con la cara estirada y a medio vestir. Al parecer los buscaron directamente en su casa, porque tampoco les cogieron el teléfono a los policías. William saludó a Roberto con el rabillo del ojo

y medio moviendo la mano detrás de la espalda, pero Leticia lanzó una mirada fulminante a Esther.

—¿Y a esa vieja bruja qué le pasa? Ellos fueron los que nos dieron una casa con un cuerpo dentro de un escaparate.

—Ya, Esther, no compliques las cosas.

Duraron un buen rato ambos dentro de la comisaría, pero sin ninguna notificación de que podían volver a ingresar para ya irse. A las horas vieron salir a Leticia y William con un montón de papeles encima. William se acercó a ellos, pero Leticia hizo todo lo contrario: insultó a William antes de dar un portazo al camión.

—¡Eres un cabrón, William! Ese dinero ahora se irá a la mierda.

William la miró, pero no le hizo caso. Prosiguió a dar un suspiro antes de disculparse con Roberto.

—Lo siento, Roberto. Hice todo lo que mi padre me encargó. Solo cumplí el recado que fue pagado hace muchos años, y ese era mi trabajo.

—Pero ¿por qué, William? ¿Por qué no me contó sobre el cuerpo?

—El señor Manuel se comunicó con mi padre en su juventud y acordaron un trato para ocultar al niño.

—Pero ¿acaso usted sabe lo que le ocurrió al niño?

—No se me proporcionó esa información y, claramente, en los documentos que mi padre me entregó acerca del trato nunca se habló sobre eso. Solo hacía referencia al armario antiguo que había en la casa, el primero que vio su mujer: una madera perfecta, rústica, pero con muchas modificaciones con el tiempo. Siempre tuvo doble fondo. Era gente antigua y guardaba las cosas muy bien. Al parecer, al chico lo metieron allí, o él mismo entró, pero no tengo idea, Roberto. Tanto barniz, tanto cuidado a esa hermosa pieza de roble, hizo que el cuerpo del niño se mantuviera en óptimas condiciones sin oler.

—Pero William...

—Roberto, eso es lo único que sé. No queríamos contarle sobre eso porque era algo bastante antiguo... ¿Cómo íbamos a saber que el niño estaba en el clóset del cuarto de su hija?

—Pero su padre, en algún momento, tuvo que haberle contado sobre eso.

—Pues nunca lo hizo, Roberto. A quien deberían buscar realmente es a Manuel Yellowstone, que fue el que hizo el trato con mi padre para mantener la casa en óptimas condiciones, especificando bien ese armario.

—Pues ¿cómo lo conseguimos?

—La policía ya tiene toda la información sobre él.

—Entonces ¿qué esperamos? ¡Debemos buscarlo!

—Usted ya no debe hacer nada, Roberto, ni su esposa ni su hija. Ya hicieron lo suficiente. Encontraron el cuerpo por casualidad, eso es suficiente. Hicieron lo que nadie hizo hace muchos años, deberían estar orgullosos por eso.

—Pero no sabemos qué le sucedió al niño.

—¿Por qué tanto interés en eso, pequeña?

—Porque, al parecer, al niño le hicieron lo que a mí no me pudieron hacer.

—Eso no podría saberlo, Estephany... ya es solo hueso, no hay pruebas para explicar tantas cosas. Pudo haber sido muchas cosas. Pero esperen. Manuel no está lejos; quizás puedan hablar con el último familiar de los Yellowstone que guarda el silencio de Tayler.

—William, discúlpeme por desconfiar de usted.

—Más bien, Roberto, gracias por abrir las puertas de su casa. Pero esta vez, ahora sí tendré que marcharme de la casa amarilla. Fueron años cuidándola y, luego de saber que de alguna manera oculté un cadáver, no me lo podré perdonar. Por eso, no dejaré mi trabajo, pero sí revisaré los contratos que mi padre tiene aún con diferentes propietarios de casonas de la zona, no vaya a ser que esté ocultando otro asesinato y, por torpe, me metan a mí en la cárcel por culpa de otro cabrón.

—En eso tiene usted bastante razón, William. Fue un gusto conocerle.

—De igual manera. Siempre podrá llamarme, pero dele un tiempo al tiempo para poder hacerlo.

—Gracias, William.

—Bueno, pequeña, contraste al niño. Debes estar orgullosa.

—No siento haber ganado, señor William, aún no sabemos qué sucedió.

—Pero lo encontraste, ¿eso es lo importante!

—Vaya, William, su mujer tiene una cara...

—Ella está solo decepcionada.

William se montó en la camioneta y se marchó, mientras que, dentro de la comisaría, algunas voces alzadas se escuchaban en la distancia.

El coronel salió llamando a Roberto fuertemente.

—Venga para acá, hombre.

—Váyanse a casa, pero cualquier cosa que vean me llaman a este número —dijo, pasándole una tarjeta a Roberto—. No hemos encontrado a Manuel Yellowstone, pero como en todo caso de asesinatos, el asesino nunca se aleja tanto del lugar de los hechos. Así que les recomiendo que, bien sea que se queden en otra parte o si se van a quedar en la casa amarilla, me lo digan para mandar una patrulla, y si se aparece lo podemos apresar.

—¿Usted cree que se aparece por la casa?

—Es lo más probable, hombre, era su hermano. Según el informe, los presentes en ese día fueron los chicos que eran amigos del niño, pero de ellos no se encontró nada; y los otros dos que eran demasiado buenos como para inculparlos eran su propio hermano y una tal Aminta.

—Sí, conocemos a Aminta, pero ella ya no nos habla.

—Es mejor que no se metan en eso. Dejen que aparezca y nosotros hacemos el resto.

—Vale, coronel. Carlos Serrano.

—A su servicio. Ya saben, llámenme y Rafael los llevará escoltados a su casa, detrás de su camioneta, Roberto. Cualquier cosa, acudan a él.

Así fue. Se fueron a la casa amarilla, su hogar. Nunca la casa se había visto tan iluminada como esa madrugada.

Parecía como si la atmósfera oscura que rodeaba la casa se hubiera esfumado. Quizás la sombra que la envolvía desde la desaparición del niño ayudó a aclarar el área para encontrar la verdad. Se veía la hermosa fachada que William había arreglado, las flores de Esther

brillaban con un rojo intenso y los árboles parecían más verdes que nunca. El olor a tierra mojada hizo que los tres quisieran llorar al entrar a la casa. Esther agarró a Roberto del cuello y lo besó, abrazándolo fuerte.

—Estoy feliz por haberlo encontrado.

Esthephy los abrazó, rodeándolos con su pequeño cuerpo.

—Pero es como sentirse que gané, algo aún no tiene sentido, cómo llegó allí el cuerpo de Tayler.

—Lo importante es que lo encontramos y podemos ayudarle a darle una digna sepultura —respondió Roberto, apretando los hombros de ambos.

Al entrar a la casa, un estruendo gigantesco retumbó como si alguien intentara derrumbar una pared. Roberto cogió el bate que estaba junto a la escalera y Esther tomó un cuchillo de la despensa. A Esthephy la dejaron escondida en su cuarto, en el piso de abajo. Avanzaron en dirección al sonido, que parecía provenir de la pared contigua al sótano.

—¿Cómo alguien encontró ese espacio? —dijo Esther, mirando la puerta del sótano.

—Sigue tapado, como William lo dejó. Pero ¿de dónde viene el golpeteo? —respondió Roberto, con el ceño fruncido.

Caminaron por toda la casa, buscando el origen del ruido, y se detuvieron frente a la pared que daba al sótano desde la sala. Se escuchaba claramente un martilleo: alguien golpeaba con fuerza una porra contra la madera.

—¡Ahí está el maldito! ¡Sea quien sea, lo vamos a atrapar! —gritó Roberto.

—Llama al coronel Carlos, Esther, y dile que tenemos a alguien aquí en la casa. Igual, sal a buscar a Rafael, que está afuera en la patrulla.

Roberto salió hacia la ventana trasera que conectaba con el sótano y encontró el marco tirado en el pasto. Cada golpe levantaba polvo por el agujero de la ventana, haciendo que la tensión aumentará.

—¿Quién anda allí?! —gritó Roberto, dando un batazo contra la pared de madera de la casa.

El golpeteo cesó de inmediato, y se escuchó a alguien correr entre los escombros hacia alguna parte.

Estephany estaba escondida en el armario del cuarto de sus padres, en la planta inferior, pero un sonido la sacó de allí. Alguien había entrado en la habitación. El ruido era diferente. Entre los pequeños agujeros del armario pudo ver cómo se abría una pared de la habitación y salía un hombre, de apariencia de unos cincuenta y pico de años, calculó la niña.

Se tapó la boca como pudo, pero el hombre comenzó a revisar toda la habitación. Cuando llegó al armario, se detuvo en seco.

—Sé que estás aquí, pequeña. No te voy a hacer daño, pero te recomiendo que salgas —dijo con voz profunda.

Ella no respondió. Se tapó más la boca y cerró los ojos con fuerza. De repente, la puerta del armario se abrió de golpe, de par en par.

—Vamos a ver qué hace tu padre, sabiendo que fui yo quien desapareció a su propio hermano —amenazó el hombre.

Esthephy mordió con fuerza la mano del hombre, y él la lanzó contra la pared. Roberto escuchó el golpe desde la casa y corrió rápidamente hacia su hija. Lo que vio lo dejó paralizado: la escena estaba pintada de sangre, y la niña, desmayada en una esquina, tenía la boca cubierta de fluido sanguíneo.

Sin decir una palabra, Roberto tomó el bate con todas sus fuerzas y se dirigió hacia el hombre, golpeándolo con brutalidad en la cabeza y dejándolo inconsciente en el suelo.

CAPÍTULO IX

MANUEL YELLOWSTONE

Cuando Manuel despertó, luego del batazo que logró darle Roberto en toda la cabeza, el coronel ya lo tenía amarrado unas cuantas horas después de lo ocurrido en la casa.

Abrió los ojos y estaba amordazado en una vieja silla del cuarto de entrevistas. Lo único que había allí era un espejo bastante alargado y una cámara de seguridad en una esquina. Al frente de él, una pequeña mesa con un fierro atravesado desde la mitad hasta unos cuantos centímetros al otro lado, quizás para colocar las esposas de las personas que llevaban allí, pensó.

Al poco rato escuchó murmullos detrás de la puerta, hasta que la abrieron de golpe, azotándola contra la pared. El coronel Serrano entró y se presentó ante Manuel. Luego le leyó los derechos que tenía como ciudadano, pero también los hechos en los que estaba implicado. Manuel escuchó detenidamente todo lo que Carlos le decía, pero no vociferó nada. Lo miró fijamente, como intentando entender qué era lo que estaba ocurriendo.

—¿Usted sabe por qué está aquí, señor Yellowstone?

Un murmullo ininteligible se escuchó, a lo que el coronel azotó un golpe sobre la mesa.

—¿Acaso está sordo o no me escuchó? ¡¿Qué hacía usted en la casa amarilla?!

Manuel echó la cabeza hacia atrás, intentando zafarse con las manos de las mordazas que tenía, sin ningún resultado.

—Esa... —repitió varias veces—, esa era la casa de mis padres.

—¡Era! —dijo el coronel—, en tiempo pasado. Leticia vendió la casa a los Arias. ¿Por qué estaba usted en la casa de la familia Arias ahora?

—¡Ellos no tenían que encontrar a mi hermano!

—Pero lastimosamente, el cuerpo fue hallado. ¿Por qué no cuenta la historia de cómo llegó allí?

—Aminta me avisó que los nuevos propietarios estaban haciendo muchas preguntas sobre la casa y el paradero de mi hermano. No creí que realmente lo estaban haciendo, pero ella me envió algunos audios que grabó cuando Roberto fue a preguntarle sobre mí y mi familia.

—Entonces ¿por qué fue tan estúpido usted? El caso fue de hace muchos años atrás. Si no quería que nada apareciera, no tenía que volver a esa casa.

—El caso fue cerrado porque no hallaron a mi hermano. Moví cielo y tierra para que no se encontrara.

—Entonces ¿usted está declarando que fue quien le hizo algo a su propio hermano?

—Nooo, no, no —tartamudeó Manuel—. Cuando desapareció Tayler, Aminta se desesperó por completo, pero nosotros estábamos también arriba cuando eso sucedió.

—¿Por qué ahora cambia la versión, Manuel? Sabe que Aminta no dijo eso cuando ocurrió la desaparición. Ella declaró que ustedes estaban en la habitación de abajo y que subieron al escuchar los gritos de los niños. Cuando llegaron arriba, su hermano ya no estaba allí.

—Con el tiempo la memoria se nubla, pero sí, estábamos abajo.

—¿Cómo que abajo, Manuel? Dígame la verdad. ¿Qué le pasó a Tayler? ¿Por qué estaban arriba con los niños? Tú y Aminta ya eran grandes para andar jugando con menores.

—Ah... —sonrió— ¿quiere que le cuente la verdad, coronel?

—Pues hasta que no me la cuente no lo dejaré ir. Y que yo sepa, ahora usted tiene una familia y tres hijas con su señora Paola Vera. ¿Por qué hacerla preocupar?

—¡No sea tan hijueputa, Carlos! ¡No meta a mi mujer en esto!

El coronel golpeó la mesa con el puño nuevamente, pero esta vez hundió con fuerza el anillo de promoción del mil novecientos ochenta y cinco contra la fina capa de plástico que recubría la antigua mesa.

—¡Usted no sea tan toche, Manuel, falta de respeto! ¿No tiene la menor idea de con quién está hablando? No se haga el huevón y

cuénteme qué fue lo que ocurrió en esa casa, en ese año en que su hermano desapareció.

Manuel se rio a carcajadas, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Mamá estaba metida en muchas cosas extrañas y...

—¿Y qué, Manuel? Claramente, en el barrio decían que su mamá estaba metida en una secta, ¿y por eso Tayler desapareció? ¿Acaso lo dieron como ofrenda o qué?

—Mamá se negó a darles a mi hermano.

—¿Cómo así? —dijo el coronel, cruzando los brazos y poniendo cara de incredulidad.

—Mamá se negó a entregar a Tayler como sacrificio. Mi papá había perdido todo el dinero en el casino contra unos gringos y le quitaron todo lo que teníamos. Mi mamá recurrió a todos los familiares que teníamos cerca, pero ninguno quiso ayudarnos, por habernos marchado de nuestro país en tiempos difíciles. ¿Sabía usted que mi padre no sirvió en la milicia de mi país para evitar que quedáramos huérfanos?

—No lo puedo imaginar, se me prohíbe en esta vocación. Entonces ¿qué pasó con Tayler, Manuel? ¡Deje el rollo y vaya directo a lo que le ocurrió!

—Las historias deben ser contadas como son, para evitar que el cuento de boca en boca haga que la verdad se esconda. Le sigo contando, pero con una condición.

—Aparte de cabrón salió pidiendo. ¿Qué condición, Manuel? ¡Ya me está cansando!

—Quiero que, luego de contarles lo que le sucedió a mi hermano, traigan también a Aminta acá.

—Depende de lo que usted me cuente, Manuel.

—Aquí todos perdemos algo cuando se dice la verdad. Yo ya perdí a un hermano, ya perdí a mis padres... ¿qué me falta perder? ¿Al amor de mi vida?

—Qué sé yo, Manuel. A ver, suelte la sopa ya.

—Mamá se enteró de que habíamos caído en bancarrota, y para ese entonces ya estaba metida en la secta. Pero nunca habían pedido algo tan brutal como entregar a su último hijo como ofrenda.

Le prometieron una cantidad de dinero por dar el cuerpo de mi hermano, pero ella se negó a hacerlo.

—¿Quiere entonces que yo crea que su familia era satánica y que mataron a su hermano para obtener dinero? ¡Eso se llama trata de niños, Manuel!

—No, Carlos. Cuando asesiné a mi hermano, esa misma noche recibimos la visita de algunas personas a altas horas de la madrugada, me acuerdo que el cielo estaba oscuro. Ellos vinieron y le sacaron varios órganos al cadáver. Los guardaron en recipientes con hielo. Me acuerdo de que mamá me había comentado que «tenían que hacerlo», y pero yo me adelanté. No sabía lo que estaba haciendo, pero Aminta me ayudó a alcanzar lo necesario cuando salió corriendo, buscó todo el hielo que pudo y lo trajo en la madrugada.

—Ahí entra Aminta... Entonces ¿usted asesinó a su hermano por problemas de dinero familiares? Si su mamá se negó a hacerlo, ¿por qué lo hizo usted?

—Cuando supe que no había dinero en casa, yo estaba saliendo con Aminta, pero también le estaba tirando los perros a otra muchachita del barrio donde vivíamos antes, cuando llegaron mis padres de nuestro país. Ella quedó embarazada y yo no trabajaba. Eso no nos lo había enseñado mi padre: él siempre decía que heredaríamos todo lo que tenía. Pero cuando me enteré de que no había nada, el mundo se me vino encima como un balde de agua helada, y lo único que pensé fue en lo que mamá se había negado hacer.

—¿Matar a su propio hermano? Manuel, eso está mal, usted está mal de la cabeza. ¿Cómo pudo hacer eso?

—Realmente solo aproveché lo que ocurrió. La luz se había ido, y ese día mamá se había enterado de que estaba saliendo con Aminta y con la otra chica por unos chismes que le llegaron, pero no sabía que estaba embarazada; apenas nos habíamos enterado. Esa noche salió a golpes de aquí, luego de lanzarme un montón de cosas dentro de la casa, y me maldijo diciendo que traería la miseria a la Casa Amarilla. Me emputé demasiado, y de la arrechera que me dio, le metí un golpe a la pared de la casa y al parecer llegué a unos

fusibles que hicieron corto. La luz se fue por completo por un instante

—carraspeo Manuel para continuar—. Le partí el cuello a Tayler y lo metí en el armario de su cuarto.

—¿Cómo sabía que el armario tenía doble fondo?

—Mis padres mandaron a traer los armarios de nuestro país, por lo que algunos tenían eso. Además, Tayler solía esconderse allí a menudo, así que me fue fácil encontrar un lugar donde meterlo que nadie supiera que existía, ni mis padres.

—¿Nadie vio lo que usted hizo?

—No hubo sangre, fue un golpe seco. Arrastré el cuerpo rápido y lo metí en el armario.

—¿Aminta sabía lo que ocurrió?

—Fue inevitable. Ella me ayudó a tapar rápidamente todo. Hizo demasiado ruido cuando pasó. Le dije que tenía que gritar y hacer un escándalo, como desesperada, para que nadie se tomara el atrevimiento de culparnos de eso. Fue bastante excitante y, en medio de la adrenalina, le prometí que seríamos ricos con eso.

—Pero ¿usted nunca cumplió su palabra? Porque, si sepa, Aminta es una mujer bastante pobre...

Carolina le ayuda. Yo me fui alejando hasta que hicimos un pacto para que ella nunca hablara de eso.

—¿Qué clase de pacto, Manuel?

—Yo sigo en la secta en la que mi mamá estaba metida.

—Entonces me imagino que si a usted le pasa algo, Aminta desaparecerá.

—Es lo más probable, coronel.

—Usted sabe que realizó un delito muy grave, Manuel.

—Claro que lo sé. Pero esa familia empezó a meterse en la historia de mi familia y tenía que sacar el cuerpo de allí. Lo intenté, pero fue imposible. Siempre estaban o llegaban de imprevisto. Con una copia de la llave principal entré, y cuando vi que estaban llegando, me metí por el sótano, por la puerta que daba directamente al cuarto de abajo. Me escabullí como pude y reventé la pared que daba hacia afuera.

—¿Por eso cojea? ¿Por la bala que le metió Roberto el día que se metieron en su casa?

—No sé cómo se despertó la carajita esa. Era imposible. Había echado un gas para que estuviera dormida y así poder sacar el cuerpo sin problema.

—Pero lo descubrieron, Manuel. Por haber asesinado a su hermano tendrá una pena aproximada de treinta años. Además, el hecho de haber movido el cuerpo en diferentes ocasiones le sumará unos tres años más, o incluso más. Y otros ocho años por ser partícipe de tráfico de órganos. Eso añadido a que tuvo una persona implicada en el caso. No sabría decir cuántos años pasará su cuerpo en esta vida, pero supongo que morirá metido en el hueco, ¿sabe?

—Ya no queda de otra, coronel. Hice lo que mi familia necesitaba, y no me arrepiento de eso. Pasaron muchos años en los que sufrí la pérdida de mi hermano, pero, créame, el dinero a veces sí cubre las necesidades de la mente. Fui feliz hasta este momento, hasta enterarme de que el secreto de mi familia saldría a la luz. Hicimos que el barrio tuviera electricidad, mi familia logró muchos cambios en las calles y en todo. Pero no es suficiente para este pueblo que vive de miserias; siempre querrá más. Puede que esto arruine la reputación de mi apellido, pero estoy orgulloso de lo que pudimos hacer por otros. La muerte de mi hermano favoreció el crecimiento de una parte de este inmundo país que se está yendo a la completa mierda, mientras que otros son ricos. Nosotros lo fuimos y usamos ese dinero para que otros también fueran un poco más felices. Pero ¿quién soy yo? Solo soy un Yellowstone más.

—Manuel, estará en prisión de esta alcabala hasta que el juez venga y pueda dictar un veredicto. Pasaré todo el expediente al juzgado del estado y esperemos qué sucede.

—¡Que Dios lo ampare en su gracia, coronel!

—¡Y que me proteja de gente como usted, Manuel!

—Como yo, hay muchos más. Porque uno caiga, miles más se alzarán. Recuerde eso.

—Sí, sí, Manuel. Usted se quedará acá y el mundo seguirá adelante.

La puerta se cerró, y nunca más volvieron a ver a Manuel. El coronel Carlos Serrano les dio la noticia sobre lo que sucedió con Tayler Yellowstone, pero no sin antes avisarles de que tendrían que arrestar a Aminta por ser cómplice del homicidio del menor. Roberto, luego de oír la noticia, salió directamente con su esposa e hija hacia la casa de Carolina y su tía para darles la noticia. Al llegar, justamente, se llevaron una sorpresa que les llenó los ojos de lágrimas.

CAPÍTULO X

LA JUSTICIA TARDA, PERO LLEGA

Cuando la familia Arias llegó al barrio, encontraron la casa de Aminta rodeada de gente, asomada detrás de la pared que habían construido para no mirar al interior. Solo había una pared de cemento a medio hacer, con dos huecos que funcionaban como ventanas y una puerta en el centro, cerrada con una reja de metal. Al fondo, vieron a Carolina llorando al teléfono.

Roberto se abrió camino entre la multitud, con Esther agarrada de la mano y Estephany en brazos. La adrenalina al límite, llegó hasta la reja verde que bloqueaba el acceso, mientras la muchedumbre afuera se agolpaba para ver lo que había sucedido.

Carolina vio a Roberto entre las rejas y soltó el teléfono para abrirle paso. Las personas alborotadas comenzaron a gritarle, pero ella hizo caso omiso y abrió la reja a la familia.

—¡Roberto! ¡Aminta! —dijo Carolina, entre llanto y mocos.

Roberto la vio con ropa de casa, las cholas a medio poner y al revés, mientras sostenía un cuchillo en la mano.

—¿Qué sucedió, Carolina? ¿Dónde está su tía?

Esther la agarró de los hombros y le gritó:

—¡Mujer, cálmate! ¿Qué pasó con la señora Aminta? ¿Dónde está?

Carolina, con la mirada algo distraída, vio a la esposa de Roberto y le recordó:

—Esther, hola..., mucho tiempo.

Esther hizo una mueca, pensando que en medio de tan raro suceso, aquella mirada era casi matadora, de esas que te hacen recapacitar en lo que estabas haciendo.

—Aminta... Esther, Aminta se colgó.

Roberto respiró profundamente, dejando caer la pregunta que le quemaba en la garganta:

—Usted la bajó, ¿cierto, Carolina?

—Antes de que me quedara dormida, escuché que sonaba el teléfono de la casa y ella lo contestó —dijo Carolina, suspirando y limpiándose los mocos. Tomó aire y continuó—. Luego la escuché irse al cuarto donde reza; empezó a hacer lo de todos los días: prender sus velas a los santos... y me quedé dormida.

Estephany se llevó las manos a la cabeza:

— Carolina... ¿y ese cuchillo?

Carolina lanzó el cuchillo lejos, hacia las matas del jardín, y se dejó caer al suelo para abrazar a la pequeña.

—Lo conseguimos, consiguieron a Tayler, pero Aminta se nos fue.

Estephany la miró, completamente extrañada:

—¿Si encontramos a Tayler y encerraron a Manuel...?

—Encerraron a Manuel —Carolina se llevó las manos a la boca, sorprendida.

—¿Cómo que encerraron a Manuel, Roberto? ¿iUsted qué hizo!?

—El cuerpo apareció entre el armario del cuarto de Estephany y llamamos a la policía —dijo Roberto, haciendo una pausa para asegurarse de que Carolina no se sintiera involucrada en todo lo sucedido— ¿Usted sabía dónde estaba Manuel?

Carolina se mordió el labio, pero entre el bullicio de la gente y la pregunta de Roberto, se despeinó un poco y con la mano desenredó su cabello. Del bolsillo de su ropa de casa sacó una coleta y se lo amarró con cuidado.

—Venga usted y deje aquí a la niña con su mujer— le hizo una seña a Roberto para que entrara. Dejaron a Esther sentada en las sillas de mimbre afuera, rodeada por el ruido de la multitud que intentaba ver lo que sucedía dentro, detrás de la reja verde.

Caminando por la casa, llegaron al cuarto de rezo de la tía. Carolina había hecho todo lo que pudo: cortó la soga alrededor del cuello de Aminta y la acostó en el suelo, colocando una almohada bajo su cabeza.

—¿Cómo la bajó? —preguntó Roberto, con voz temblorosa.

—Con la fuerza que Dios me dio, para no verla allí colgada... —respondió Carolina, entre sollozos.

Roberto tocó el cuerpo, buscando calor, pero pronto se dio cuenta de que ya estaba helado.

—¿Hace cuánto la bajó? —preguntó.

—Hace unas horas, menos de dos —respondió ella con la voz entrecortada.

Carolina se echó al piso al lado de su tía, sobándole las manos. Miró a Roberto, pero las palabras no salieron de inmediato; pensó mucho antes de hablar.

—¿Esto es lo que se decía, que los Yellowstone estaban metidos en malas cosas? —dijo ella, llorando, con la voz entre lágrimas—. Ella había hecho un pacto con Manuel.

Roberto se metió las manos en los bolsillos.

—Yo estoy metido aquí en un rollo entre familias, la desaparición de un niño y la secta en la que se metieron para tapar lo que sucedió —respondió.

—Pero ¿qué tenía que ver mi tía con esto? —preguntó Carolina, angustiada—. ¡Ella no tenía nada que ver con lo que le pasó al niño!

—Es ahora la palabra de Manuel contra la de ella —explicó Roberto—, y, al parecer, era aceptar lo que Manuel confesó a la policía o aceptar las condiciones del pacto que hicieron con la secta.

Carolina se levantó del suelo, con el rostro empapado en lágrimas.

—Ya... ya estoy cansada de tantos misterios —dijo—. Ella no tenía que hacer esto.

—Quizás no había otra escapatoria. Puede que ya no hagan nada para dañarlas —respondió Roberto.

—Antes de venir acá, vi las cosas removidas en su cuarto y me puse a chismear lo que había buscado. Al parecer, se desesperó bastante cuando la llamaron, y estos son los papeles que encontré.

Al parecer, a pesar del tiempo que llevaban conociéndose Manuel y mi tía, hicieron las cosas muy bien para evitar que el barrio se enterase de esto. Había Allí una carta notarial, firmada por Manuel, Aminta y la señora Yellowstone. De la misma fecha de la desaparición del niño, junto al cheque que le entregaron a mi tía Aminta, y que nunca llegó a cobrar.

—Como nunca vivieron con ese dinero, se habrían marchado de aquí hace mucho —dijo roberto.

—Puede que la culpa no la dejara vivir en paz, sin importar la cantidad que dice ese papel —se secó las lágrimas, echando hacia atrás los mocos que le bajaban—. Yo... lo que creo es que la amenazaron y prefirió colgarse.

Roberto se rascó la cabeza.

—¿Ya llamó a la policía? —preguntó.

—Es lo primero que hice. De vuelta me llamó el coronel Carlos Serrano. Me dijo que mi tía iba a ir a la cárcel, pero se enteró de que se había colgado y, aparte de insultarme, también me dijo que estuviese tranquila.

—Es él quien llevaba el caso desde que empezó a ser policía. Al parecer se tomó muy a pecho que el niño no apareciera; puede que también ayude con lo que pasó con tu tía.

—Ya no quiero saber nada de eso, Roberto. Puede que coja la poca plata que tengo guardada, venda la casa —porque mi tía también dejó las escrituras a mi nombre— y me vaya para otra parte. Usted sabe que el país ya no da para vivir. Además, no tengo hijos; puede que me vaya bien. Allí tengo el título de enfermera, puede que sirva para algo ahora.

—Haga lo mejor que pueda, Carolina. La casa amarilla tiene otro cuarto; le puedo ayudar por un tiempo para que no esté metida aquí.

—Tranquilo, Roberto. Usted y su familia ya han hecho mucho por la mía. No puedo echarle la culpa de que mi tía se haya colgado, pero ¿qué puedo hacer? Ya la bajé, le di coñazos para ver si respondía, pero nada. Debo esperar que venga el forense a tomar fotos y llevársela de aquí.

Roberto miró los papeles y se los pasó a Carolina.

—Vaya al Banco de Venezuela y revise si aún se pueden retirar los fondos del cheque. La familia fue importante; puede que hayan dejado algo por si esto saliera a la luz. Puede que aún exista eso.

—¿Qué me van a dar, Roberto? Han pasado casi cuarenta años de eso.

—Qué sé yo, Carolina, puede que haya cambiado algo.

Se escucharon afuera las sirenas de la policía. La gente permitió el paso a los cuerpos del CICPC hasta la entrada de la casa. Esther fue quien abrió la reja verde para que pudieran ingresar sin problema. Le preguntaron sobre la situación, pero aun así le tomaron los datos a ella y a su hija. Un policía quedó con ellas, mientras que los otros tres siguieron adentro hasta acercarse a Roberto y Carolina.

—Buenas noches —dijo Pérez—. Mi nombre es inspector Pérez, del CICPC. Hemos sido llamados para levantar pruebas y asegurar la escena. Según los primeros reportes, la víctima es la señora Aminta, hallada colgada, según el informe del coronel Carlos Serrano.

—¿En qué le ayudamos, inspector? —preguntó Roberto.

—Primero necesitamos que nos indiquen cómo se encontró a la víctima y quién tuvo contacto directo con la escena —explicó Ramírez—. Esto nos ayudará a establecer la cadena de custodia.

—Fui yo —dijo Carolina, pasando los papeles al inspector—. La descolgué con un cuchillo, cortando el lazo que la sostenía.

—Bien. Entonces ustedes permanecerán afuera con la señora Esther y su hija, señor Roberto, mientras tomamos fotografías generales y de detalle de la escena. Necesitamos documentar todo: la posición del cuerpo, el lugar donde estaba colgado, cualquier objeto o indicio alrededor.

—Luego procederemos a tomar huellas —continuó Ramírez—. Necesitamos las de todos los que tuvieron contacto con el cuerpo o con la habitación, para asegurar que la cadena de custodia quede clara. También se recogerán muestras de fibras, polvo y cualquier otra evidencia que pueda ayudar al forense a determinar las circunstancias de la muerte.

Roberto levantó la mano para explicar que él también había tocado el cuerpo, solo para percatarse si estaba caliente o frío. El inspector le indicó que estaba bien y le agradeció la información, pero le pidió que permaneciera tranquilo. Carlos le había explicado todo lo ocurrido con anterioridad, de ahí la tardanza para llegar.

Luego de realizar todas las inspecciones, tomar fotos y levantar huellas, le dijeron a Roberto que podía quedarse; no hacía falta que fuera con Carolina en la patrulla, y que permaneciera tranquilo con su familia.

—¿Qué van a hacer con Carolina? —preguntó.

—Como fue ella quien bajó el cuerpo, debemos llevarla por protocolo para que verifique los datos de la víctima y proporcione toda la información necesaria para que el forense en turno levante el acta de defunción.

Carolina abrazó fuertemente a Roberto, se despidió con un beso de Esther y miró a la niña con ternura, dándole la mano mientras le daba las gracias por encontrar al niño y le decía que, de alguna manera, todos los implicados merecían su karma.

—La justicia tarda, pero se hace —le dijo Estephany sonriendo.

Carolina dejó caer unas lágrimas y salió con la policía, sin necesidad de ser atada. Atrás quedó Roberto, cerrando toda la casa de Aminta y apagando la última luz. Pasó la llave al inspector Pérez y se despidió por última vez de Carolina.

Los chismosos del barrio preguntaron de todo a la familia Arias, pero Roberto se negó a dar muchas explicaciones; solo les informó que habían encontrado a Aminta muerta en su casa y que Carolina estaba muy afectada por eso. Sin embargo, lo pensó bastante y, reuniendo fuerzas para solo llevar a su familia a la casa.

CAPÍTULO XI

LOS MISTERIOS DE MI TIERRA

—Uno, dos, tres... acción —gritó el camarógrafo principal antes de que la luz roja del aire se encendiera.

Un misterio que azotaba a un barrio de la localidad de Zorca fue descubierto por una adolescente y su familia. Algo que nunca logró resolver ni siquiera el cuerpo policial de aquel año. Todos los involucrados fueron detenidos y acusados por la desaparición del pequeño niño de ocho años de la familia Yellowstone.

Tayler era su nombre. El niño fue declarado desaparecido en 1982 y, luego de casi cuarenta años, se encontró el paradero de su cuerpo, hallado en el doble fondo de un armario de la época, traído desde el país de origen de sus padres. Según los informes, los Yellowstone habían llegado a Venezuela tras las guerras en Segovia, buscando refugio, y se encontraron con la propiedad que ahora todos conocen como la Casa Amarilla.

Tras un rato de escuchar cómo ocurrió todo, cómo fue encontrado el cuerpo y lo que el forense destacó al respecto, se reveló que el esqueleto del niño presentaba signos claros: a pesar del paso del tiempo, se concluyó que su cuello había sido partido. Un hecho fatal. Después de eso, el noticiero pasó a transmitir las declaraciones de Roberto y de Estephany, el día que encontraron a Aminta.

—Sé que somos nuevos por aquí, pero la casa en la que mi familia vive fue habitada por la familia Yellowstone, a los que ustedes llamaban los amarillos, en la casa amarilla de aquí arriba, a unas cuadras. —Hizo una pausa, sujetando con fuerza la mano de Esther. así se vio en el video—. Encontramos el cuerpo del pequeño niño que desapareció en 1982. Al parecer, fue asesinado para salvar a su familia de la ruina. Puede que muchas personas no recuerden lo

ocurrido, pero los que llevan muchos años viviendo aquí deben mantener la memoria de esto.

Ese fue el breve corte que grabaron esa noche algunos vecinos. Luego mostraron la imagen de la hija de Roberto, que le tomó la mano a su padre para comenzar a hablar.

—Señores, cuando llegamos al barrio, dejando en claro que vivimos en la casa amarilla, sabíamos que existía esta historia sobre Tayler. Me enfoqué en descubrir qué pasaba o qué había sucedido, y mi papá me apoyó en todo este misterio. En tan solo un poco de tiempo nos dimos con todas las pistas, y no pensaba que los Yellowstone fueran tan buenos luego de la repentina muerte de Tayler.

—Quizás para algunos pueda parecer algo malo. Sí, fue una pérdida enorme, y pudo deberse a un problema mental o a algo más, pero, de alguna manera, eso también trajo un poco de felicidad a todos. Puede que no haya sido perfecto, pero lo ocurrido permitió que muchos disfrutaran de algo, aunque fuera solo por un corto tiempo.

—Dondequiera que esté ese pequeño, a mí me salvó de que Manuel me hiciera daño. Él pudo hacerlo, pero Tayler me despertó aquella noche, cuando se metieron en nuestra casa para sacar su cuerpo y evitar que descubriéramos la verdad. Lamentablemente, todo eso arrastró a muchas más personas.

—Sin embargo, alguien a quien debemos recordar es a él: el niño que desapareció y que hizo que este lugar se uniera para buscarlo. Su cuerpo nunca se encontró, y su familia —a pesar de lo que hicieron para conseguir dinero— también ayudó a muchos aquí.

—No sé si estuvo bien o mal. Apenas estoy descubriendo lo que es el mundo. Pero si algo tengo claro es que la justicia llegó demasiado tarde para Tayler, y a nadie más debería ocurrirle algo así.

La multitud, entre dudas, respeto y la falta de respuestas, rompió en un aplauso para Estephany.

—Eso fue lo que sucedió en la casa amarilla, en un pequeño barrio de Zorca —comenzó Rebeca a relatar, con el fondo de las imágenes del día que encontraron el cuerpo de Tayler y el siguiente el de Aminta—.

Aún se desconoce el paradero de la secta en la que estaban involucrados los Yellowstone, y tampoco se sabe dónde está la señora Carolina, sobrina de doña Aminta, quien también estuvo implicada en la desaparición del pequeño Tayler.

Las imágenes se apagaron y el silencio llenó la sala hasta que Rebeca se sentó y se giró hacia Esther.

—Me encanta lo que has hecho, Esther.

—Ay, Rebeca, lo hice por mi familia, por contar lo que sucedió en nuestra casa.

—Cuéntanos, Esther, ¿qué sientes ahora, al despertar cada día en la casa amarilla?

Esther no pudo contenerse. Las lágrimas le nublaron los ojos frente a las cámaras.

Se cubrió la nariz con un pañuelo que Rebeca le pasó y, respirando hondo, se dirigió directamente a la lente.

—Después de encontrar a Manuel, de ver el cuerpo del niño, de lo que pasó con Aminta, que se colgó... —su voz se quebró—, mi hija quedó muy... afectada por eso. —Esther hizo una pausa, le faltaba el aire. Rebeca le daba suaves palmadas en la espalda, animándola a soltarlo todo—. Luego de aquello pasaron semanas y ella no lograba recuperarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Esther? —intervino Rebeca con cautela.

—Dime.

—¿Qué sucedió con Leonardo al final?

Esther bajó la mirada.

—Bueno..., los cuentos vuelan. Él se presentó en los canales de Caracas, pero nada de lo que dijo tenía pruebas. Así que no me consta que mi hija pudiera haber hecho eso.

—Pero Esther, tu hija...

—Antes de que sucediera lo de Estephany, él fue aislado. Al parecer, la presión la llevó a hacer ese video... aunque nunca encontramos su celular.

Rebeca frunció el ceño.

—Pero, Esther, en ese video ella mostró los mensajes que le envió a Leonardo. Todo estaba en el teléfono de Estephany. Se veía

bastante real: los mensajes que se enviaron por Messenger y por WhatsApp. Vas a decir que esas pruebas que tu hija mostró en su *live* fueron bastante convincentes.

Esther respiró hondo, con la voz quebrada.

—No hay nada que pueda decir que cambie los hechos.

—Entonces ¿podría decirse que es verdad lo que ocurrió con él?

—No me consta... —tragó saliva—. La psicóloga, por razones laborales, y por el hecho de que todo lo que se habla con los pacientes es completamente confidencial, tampoco informó de que estaba en peligro o tenía miedo de algo realmente como para desaparecer por sí misma.

—Eso lo tenemos bastante claro. Pero dime, Roberto, ¿tú crees que se haya marchado o que le ha pasado lo mismo que a Tayler Yellowstone? —le dijo a Roberto, mientras era enfocado por el camarógrafo dos.

—No puedo asegurar nada. Había muchas cosas más que no logramos averiguar de la casa o de la familia de los Amarillos. Pero sí hay algo que puede que hayamos pasado por alto: esa secta en la que ellos estaban metidos.

—Entonces ¿usted no está seguro de si fueron ellos los que raptaron a su hija?

Roberto dejó caer unas lágrimas.

—Raquel, si puedo aprovechar este espacio para decir unas palabras...

La chica asintió con la cabeza y, con un gesto de su mano, le cedió el turno.

—Dondequiera que estés, hija, quiero que sepas que te sigo buscando. Y a todas esas personas que estén involucradas con la secta en la que estaba la familia Yellowstone, los encontraré y les haré pagar por todo el daño que han causado. No solo a mi familia, sino también a las demás desapariciones que han ocurrido en esta región.

—Esther, ¿quieres decir algo antes de despedir este segmento?

—Con el permiso de mis compañeros y de los directivos de este canal, quiero agradecer la oportunidad de estar hoy aquí, en este maravilloso programa, *Misterios de mi tierra*.

Mi hija siempre fue fanática del misterio... tenía una sensibilidad especial para lo paranormal y lo inexplicable. Desde pequeña le inculcamos este tipo de programas, y tal vez por eso desarrolló esa intuición tan grande.

Hoy no vengo solo como madre. Vengo como alguien que no descansará hasta encontrarla. Si usted, que nos está viendo, está pasando por algo similar —si perdió a un hijo, un hermano, un familiar—, quiero que sepa que aquí estamos para dar voz a esas historias y para que nadie más tenga que sufrir en silencio.

—Amigos televidentes, si alguno de ustedes ha visto a esta adolescente, comuníquese a los números que aparecen en pantalla. La familia, junto con colaboradores, ha logrado reunir una recompensa de cien mil dólares. Cualquier información, por pequeña que parezca, puede ser clave en esta búsqueda.

Rebeca mencionaba la nota, mientras la imagen de Estephany llena la pantalla:

—Su nombre es Estephany Victoria Arias Navarro. Fue vista por última vez saliendo de clases, en dirección a su hogar, a pocas calles del Liceo Nacional de Zorca. Vestía su uniforme escolar. Si la ha visto o reconoce a alguien parecido, no dude en llamar de inmediato.

La cámara regresa al set. Esther y Roberto se toman de las manos, visiblemente conmovidos.

El camarógrafo hace la seña: están fuera del aire.

LA CASA AMARILLA
